



DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Primera Edición del texto restituido

Con Notas y una Introducción

por

JAIME FITZMAURICE-KELLY

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y JUAN ORMSBY

I

Primera Parte

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA

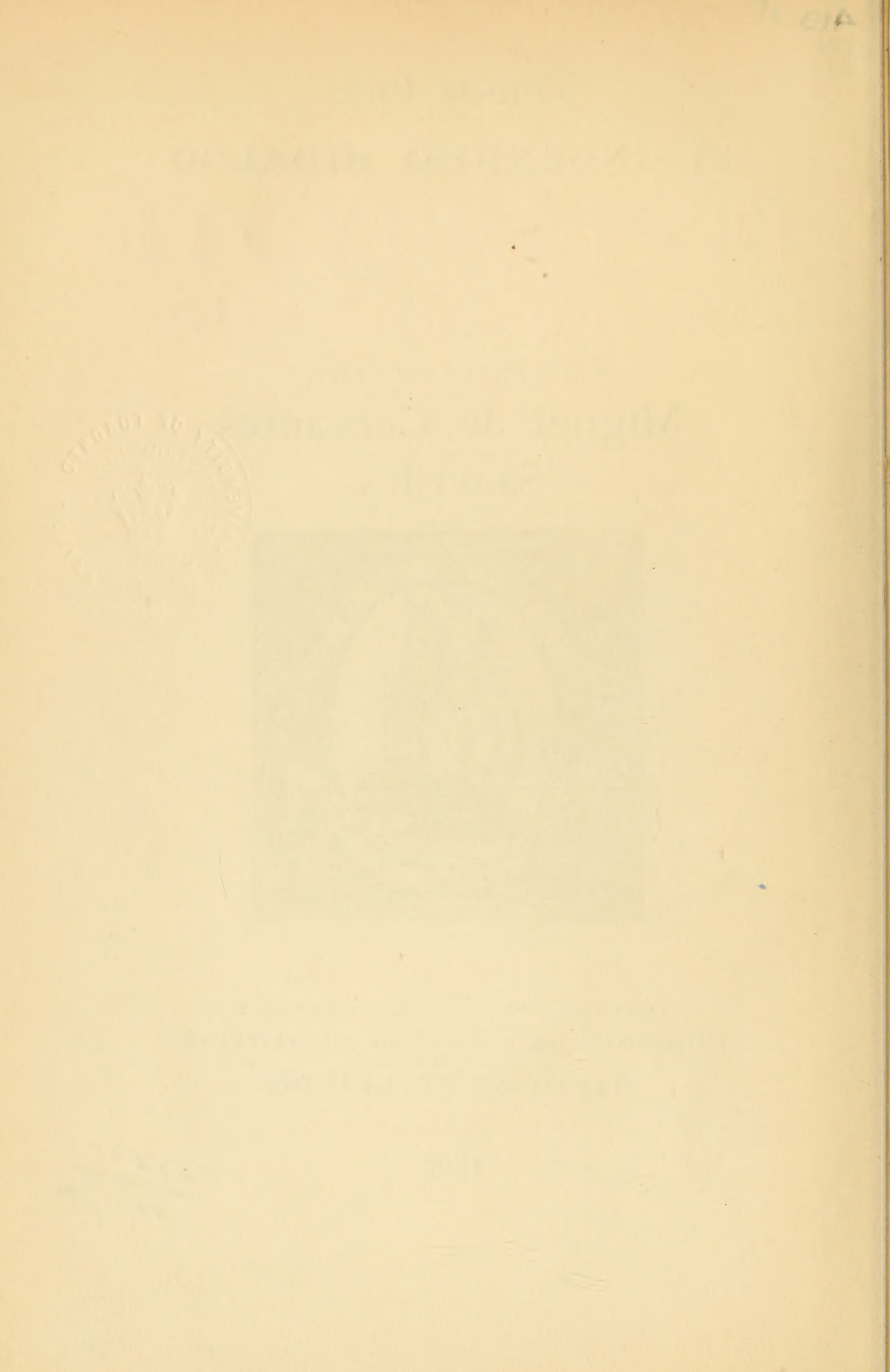
COMPVESTO POR

Miguel de Cervantes Saavedra



EDIMBURGO
IMPRESO POR T. Y A. CONSTABLE
IMPRESORES DE CÁMARA DE SU MAJESTAD.

DAVID NUTT, EDITOR.
LONDRES
1898



Tirada de cuatrocientos ejemplares.

Número 198.

J. A. C.

AL SEÑOR

DON GUILLERMO ERNESTO HENLEY

ILUSTRE POETA Y CRÍTICO

SE DEDICA ESTA EDICIÓN DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA

EN PRENDA DE

CARIÑOSO RECONOCIMIENTO

TABLA DE MATERIAS

TABLA DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTA FAMOSA HISTORIA DEL VALEROSO CABALLERO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

[a] 1. famoso y valiente hidalgo.

DON QUIXOTE

---

[a] 1. om. *y grande.*

[b] 1. om. *Don Quixote de la Mancha.*

[c] 1. sustituye '&c.' en vez de las palabras '*con otros sucesos dignos de felice recordacion.*' [Omitimos la frase '*Parte segunda del Ingenioso Hidalgo Don Quixote*' por motivo de las razones indicadas en la nota al pié de la pág. 73 del texto.]

[d] 1. Capítulo décimo de lo que más le avino á Don Quixote con el Vizcaíno, y del peligro en que se vió con una caterva de Yangüeses. [Véase nuestra nota, pág. 77.]

DE LA MANCHA

[a] 1. om. *no esperados.* [Omitimos las palabras que se intercalan en el original : '*Tercera parte del ingenioso Don Quixote de la Mancha.*' Véanse las notas, pág. 73 y pág. 107.] [b] 1. se imaginaba.
[c] 1. om. '*en la venta . . . castillo.*'
[d] 1. om. *con otros acontecimientos famosos.* [Sustituyéndole '&c.']
[e] 1. om. *de la Mancha.*
[f] 1. om. '*con otras cosas . . . caballero.*' [Sustituyéndole '&c.']

---

[a] 1. desdichados galeotes.
[b] 1. om. '*que mal de su grado . . . ir.*'
[c] 1. se cuenta.
[d] 1. Sierra Morena. Dize la historia que era grandissima la atencion con que Don Quixote escuchaua al astroso cauallero de la sierra, el qual prosiguiendo su platica dixo: Quien quiera que seays, &c. [En esta citación del texto, el impresor ha omitido las palabras '*Por cierto, señor,*' despues de 'dixo.' Véase pág. 212 l. 4.]
[e] 1. om. *en esta grande historia.* [Omitimos les palabras '*Quarta parte de la historia del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha.*'
[f] [Véase la nota (*b*) pág. 275.]

DE LA MANCHA

---

[a] [Véanse las notas (*a*) pág. 275, y (*b*) pág. 288. Se ha sustituido en la tabla '*discrecion*' por '*discordia*' que corre en el encabezamiento del texto.]
[b] [Véase la nota (*g*) pág. 348. En el epígrafe y en la tabla de la primera edición se lee igualmente '*Donde se da fin á la novela del curioso impertinente.*']
[c] [El epígrafe y la tabla de la primera edición corresponden perfectamente. Véase la nota (*c*) pág. 356.]
[d] 1. Capítulo treinta y siete que prosigue.
[e] 1. om. *curioso.*

DON QUIXOTE

---

[a] 1. om. *de la Mancha.*

DE LA MANCHA

[a] l. al valiente Don Quixote.

FIN DE LA TABLA.

INTRODUCCIÓN

EN esta edición de *Don Quixote* hemos procurado presentar el texto limpio de las arbitrarias alteraciones introducidas por nuestros antecesores. Hemos seguido de cerca el plan de *The Cambridge Shakespeare*, imprimiendo íntegramente el texto de la primera edición, salvo patentes errores de imprenta, añadiendo en las notas las variantes de más importancia y rechazando toda enmienda conjetural cuando nos parece que el texto primitivo expresa mejor la intención del autor. Es claro que las circunstancias que concurrieron en la impresión de las obras de Cervantes y de Shakespeare eran distintas. La impresión de las obras de Shakespeare se debe al celo particular de algunos humildes eruditos, mientras que el texto de Cervantes fué arreglado por la Real Academia Española. Si esta ilustre Corporación, con pleno conocimiento de los hechos, se hubiera declarado en favor de cualquiera de los textos conocidos, nada más llano que aceptar tan autorizado juicio. Pero las notas de sus ediciones demuestran que la Academia no tenía idea cabal de la historia bibliográfica del libro. Increíble parece que los representantes oficiales de la literatura castellana ignorasen en 1780 lo que en 1777 sabía ya el cura de una

aldea inglesa: á saber, que existían dos ediciones del *Quixote* con fecha de 1605 [a]. Pero así es; é ignorando esto, la Academia tomó desgraciadamente la segunda edición por la primera. Las consecuencias de esta equivocación se pondrán de manifiesto procediendo á un examen detallado de la cuestión.

Sin recursos suficientes para publicar el *Quixote* por su propia cuenta, Cervantes vendió los derechos de autor á Francisco de Robles, librero del Rey. Robles envió el manuscrito á la imprenta de Juan de la Cuesta y, acabado de estamparse el 1° de Diciembre de 1604, el libro debió de salir á la venta á principios de 1605. Tanto por la calidad del papel como por la excelencia tipográfica, esta primera edición dista mucho de otras primeras ediciones de la época. Es muy inferior á la del *Guzmán de Alfarache* así como á las demás que salieron de la misma casa de Cuesta. Véanse, si no, el *Marcos de Obregón* de Espinel, y las *Novelas Exemplares* del mismo Cervantes. Dudoso del buen éxito de su empresa, Robles gastó en ella lo menos posible. Persuadido de que un libro de este género no llamaría la atención de los falsificadores de provincia, se contentó con obtener un Privilegio para Castilla, dejando á la suerte sus derechos en Aragón y en Portugal. Poco tardó en darse cuenta de su error. El manuscrito de Cervantes había pasado por muchas manos antes de llegar á las de Cuesta. Dos meses antes de su impresión, Lope de Vega hablaba al Duque de Sesa del *Quixote* como de un

[a] Véanse las páginas 33-34 de *A Letter to the Reverend Dr. Percy, concerning a new and classical edition of Historia del Valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha*, escrita por Bowle y publicada en Londres el año 1777 por B. White.

libro que ambos conocían perfectamente[a]; y Andrés Pérez en *La Pícara Justina* (obra anterior al *Quixote*) dice de éste que su fama merece compararse con la de las tres narraciones más populares de España, ó sean la *Celestina*, *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*[b]. Las palabras de Lope de Vega demuestran que los poetas tenían en poco el *Quixote*; y es fácil que tan franco menosprecio destruyera la vacilante confianza de Robles. Á pesar de estos prejuicios, corría el rumor de que la obra de Cervantes era algo amena; y entonces, en lo referente á lecturas de pasatiempo, el público no se cuidaba, como no se cuida ahora, de las disputas de escuela ni de los refinamientos de cultura. No es de extrañar que los editores de fuera se apresurasen á reimprimir el *Quixote* inmediatamente después de su aparición. Cervantes habla de una edición barcelonesa, y son muy de creer sus informes. No les faltaban á los libreros catalanes ni el atrevimiento ni el sentido práctico. El buen barcelonés Sebastián de Cormellas tenía por costumbre reimprimir, dentro del año de su publicación, todo libro interesante: fuera *Guzmán de Alfarache*, la *Arcadia* y el *Peregrino* de Lope de Vega, ó *La Pícara Justina* y el *Marcos de Obregón*. ¿Cómo podía escapársele el *Quixote*? Ya se sabe que hay dos ediciones lisbonenses con fecha de 1605, y era de toda evidencia que, si Robles hubiese seguido titu-

[a] *Nachträge zur Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien* von Adolph Friedrich von Schack (Frankfurt-am-Main, 1854), pág. 33. Lope escribió esta carta en Toledo con fecha de 4 de Agosto de 1604.

[b] Rivadeneyra, *Biblioteca de Autores españoles* (Madrid, 1854), Tomo xxxiii. pág. 143. El Privilegio de la *Pícara Justina* tiene fecha de 22 de Agosto de 1604: el del *Quixote* es de 26 Septiembre, 1604.

beando, todas las Españas habrían sido invadidas por ejemplares fraudulentos. En su propio interés, Robles obtuvo los Privilegios necesarios para Aragón y Portugal, y con toda prisa preparó la segunda edición legalmente autorizada. Ignórase si ésta se anticipó á la dicha edición barcelonesa, de la cual no se ha descubierto hasta hoy un solo ejemplar: quizás por haber sido secuestrados todos antes de ponerse en venta. Sea como fuere, lo cierto es que Robles venció fácilmente á los libreros de Lisboa con obtener un Privilegio para Portugal el 9 de Febrero de 1605, casi tres semanas antes de sus competidores. Échase de ver la presteza con que se hizo esta segunda edición madrileña, por dos chocantes erratas en la misma portada del libro; pero se corrigieron algunos olvidos y erratas de la primera. Cervantes no tenía parte alguna en este asunto, pues vivía en Valladolid á tres ó cuatro jornadas de Madrid; y la falta de tiempo no permitía que las pruebas pasasen de una ciudad á otra. También conviene notar que, en aquella época, después de vender sus derechos cesaban los autores de intervenir en la suerte de sus obras. Según lo declara Lope, '*una vez pagados los ingenios del trabajo de sus* '*estudios, no tenían acción sobre ellas*'[a]; y lo mismo tocaba al editor el corregir el texto como el escoger los tipos, el papel y la forma. Las quejas que se leen en los prólogos de autores coetáneos testifican el frecuente abuso del poder editorial, y las correcciones (digámoslo

[a] Véase el *Prólogo al lector* de la Parte décimo séptima de las *Comedias* de Félix Lope de Vega Carpio. Lo reimprime Rivadeneyra, Tomo lii., pág. xxiii.

así) hechas en la segunda edición del *Quixote*, revelan que no carecen de fundamento tales lamentaciones. En la primera, las erratas se desprecian con la airosa declaración de que ninguna hay que valga la pena de mencionarse ; en la segunda aparece una modesta lista de tres errores, cuyo número sería fácil acrecentar, sin agotarlos, hasta trescientos. Una de estas tres 'mejoras' indica el método arbitrario de Robles. Dice en el séptimo capítulo que el Cura y el Barbero determinaban que '*murassen y tapiassen*' el cuarto donde coleccionaba sus libros el Ingenioso Hidalgo. El sentido es clarísimo. No obstante, el editor agrega algo de su propia cosecha, aconsejando que se lea '*mudassen*' en vez de '*murassen*.' Aunque no lo dé á entender, quizás el editor se propuso hacer la mudanza del mismo Don Quixote y no la del cuarto, siendo esto penosa tarea. Piadosamente pensando, es de creer que tal fué su propósito. Pero una mirada á diez líneas más arriba le hubiera convencido de la poca necesidad del cambio, puesto que el espejo de la caballería manchega permaneció siempre en otro cuarto de la casa. Hay más : en el capítulo vigésimo tercero, cuando Sancho propone huir de la Santa Hermandad, contesta Don Quixote que él está pronto á afrontar solo 'á los hermanos de las doce tribus de Israel, y *á* '*los siete Macabeos*, y á Cástor y á Pólux, y aun á todos 'los hermanos y hermandades que hay en el mundo.' No sabiendo quiénes eran los hijos de Eleazar, y conforme á su doctrina invariable de creer que todo lo que no entendía él era error de Cervantes ó del cajista, el editor sustituyó '*Macabeos*' por '*Mancebos*.' Este

cambio, falto por completo de sentido, ha sido aceptado sin escrúpulo alguno por la mayoría de sus sucesores, entre otros por la Academia, por Pellicer y por Clemencín, aunque este último confiesa que si la alusión se refiere á Sadrac, Mesach y Abed-nego la enmienda no es para alabarse: 'no eran *hermanos*, y su 'mención no viene á cuento; ni eran siete sino tres.'

Nótase en el capítulo vigésimo segundo otro procedimiento no menos estrafalario. Uno de los galeotes habla de '*tres precisos de gurapas*': en la segunda edición aparece '*precios*' en vez de '*precisos*,' y como esto no tiene pizca de sentido, la tercera imprime '*años*.' Decir que esto es traducción ó como se quiera, puede pasar; pero de ningún modo es enmienda, pues no se concibe que '*precisos*' se hubiese escrito de tal modo que representara '*años*' á los ojos del cajista. No cabe duda que Cervantes quiso decir lo que dejó escrito: tampoco cabe duda que escribió lo que quiso decir, y lo que queda admirablemente expresado en la primera edición. Todo este capítulo es un verdadero tesoro de frases de germanía (la jerga de los ladrones), en el uso de la cual sobresalió Cervantes, como es de observar en *Rinconete y Cortadillo* y en otras obras. Derívase gran parte de esta jerigonza del castellano corriente que usaban los pícaros en sentido más ó menos figurado. Llámase así á la horca '*la balanza*,' al cadáver pendiente de ella '*el ramo de uvas*,' al escondrijo del botín '*la aduana*,' al tormento penal '*el molino*,' á la sentencia de muerte '*la noche*,' y á la misma muerte '*la cierta*.' En un lenguaje de esta índole, '*precisos*' sería un vocablo á propósito é

inevitable para indicar años de trabajo forzado en las galeras. Ni es éste un caso aislado. En *Rinconete y Cortadillo* análoga torpeza del editor le ha hecho dar traspiés en más de una palabra rufianesca. '*Vilhán*' y '*Vilhanesca*,' por ejemplo, en todas las ediciones, salvo dos ó tres, se disfrazan como '*villano*' y '*villanesca*.' De este modo el buen sentido se convierte en sandez, y juntamente se destruye un curioso fragmento de *folk-lore*. Los editores de esta laya vienen á ser una calamidad pública cuando ponen la burda mano en un gran artista, un genio humorístico como era Cervantes. Para ellos, los magistrales toques que expresan la vida y la verdad no son sino inadvertencias ó, más bien, errores debidos á su mala letra. Solo casi entre sus contemporáneos Cervantes hace hablar á sus ganaderos y belitres, no el discreto lenguaje cortesano, sino el que emplean en la vida real, con abundante mezcla de arcaísmos, solecismos y barbarismos. Esta verosimilitud es para sus editores causa de engaños sin cuento. No se acierta á adivinar cuántas de las 'prevaricaciones' de Sancho, como decía Don Quixote, estaban rectificadas según el concepto del 'corrector' de la primera edición ; nuestras notas prueban que no pocas de las que éste dejaba con vida llegaron á ser víctimas del celo de sus sucesores. Un solo ejemplo bastará para apoyar nuestro aserto. Después de la brava y descomunal batalla con los cueros de vino tinto, Sancho buscaba la cabeza del gigante protestando que 'la ví cortar por mis *mismísimos* ojos.' Este grotesco y cacofónico superlativo, corresponde cabal-

mente á la gravedad y agitación que en aquel caso tenía el engañado escudero. Al corrector de la segunda edición, pareciéndole rareza de la pluma del autor, ó bien antojo del cajista, resolvió cambiarlo por el manoseado '*mismos*' que ocupa el sitio desde entonces. Este modo de enmendar ha sido respetado por muchos editores modernos. Cualquiera frase que se aparta del estilo chabacano, inclina el entendimiento editorial á sospechar un error; y si los desatinos de Sancho no fuesen tan evidentes en la obra, también hubiesen sido desechados por los furibundos gramáticos. Si el reparo del Duque no hiciera callar á la crítica, la exclamación de Sancho—: '*¡Abernuncio!*' habría sugerido al estólido comentador el añadir: 'error de caja 'manifiesto, pues no hay duda que *abrenuncio* escribiría 'aquel Príncipe de Ingenios, El Manco de Lepanto.'

Todavía peor que el impertinente cambio de palabras es el menoscabo del sentido por medio de interpolaciones, truncamientos y mudanzas. El capítulo décimonono ofrece un caso típico de la libertad que el editor se permite al querer rectificarlo. Cuando el malaventurado Bachiller Alonso López vuelve á montar en su mula, Sancho le manda decir á sus compañeros que su vencedor se llama 'El Caballero de la Triste Figura.' El Bachiller se va, y Don Quixote pregunta á Sancho Panza el por qué del apelativo. Sancho se lo explica y Don Quixote resuelve adoptar aquel título. En la primera edición se leen estas palabras:—'*Olvidábaseme de decir que 'advierta vuestra merced que queda descomulgado por 'haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada,*

'juxta illud: si quis suadente diabolo, etc. *No entiendo* '*ese latin, respondió Don Quixote; mas yo sé bien que no* '*puse las manos, sino este lanzon. . .*' El Ingenioso Hidalgo procede luego á demostrar que nada hay que reprocharle y, terminado su relato, se acaba el lance con esta frase: '*En oyendo esto el bachiller se fué, como* '*queda dicho, sin replicarle palabra.*' Para quien quiera que leyere este pasaje resultará evidente por el mismo contexto, que de uno ú otro modo ha habido traslado de frases. La intención del autor es tan clara que al más bisoño no se le escaparía. Ya al retirarse se le ocurre al Bachiller lanzarle á Don Quixote la última rociada de palabras, amenazándole con la excomunión por haber asaltado á un clérigo. La lógica, el buen sentido y el ejemplo de casos acaecidos en otras épocas, le hacen callar; y cuando el Bachiller se retira, Don Quixote vuelve á Sancho con la pregunta referente á la Triste Figura. Indudablemente, la frase que principia con las palabras '*Olvidábaseme de decir*' forma parte de un diálogo entre el Bachiller y Don Quixote. Es fácil comprender que debería seguir después de las palabras '*el bachiller se fué.*' Puede quizás achacarse á un error del copista cuando preparaba la primera copia para presentarla al censor. Cualquiera persona de mediana experiencia en copiar documentos sabe que, cuando se encuentran dos veces idénticas frases en la misma página, lo que sigue en una parte corre el riesgo de transferirse á la otra, como sucedió en el caso presente. También es posible que sea desliz del impresor. Sin embargo, la explicación más natural de todo esto es que la disputa con

 el Bachiller fué un pensamiento posterior á la redacción primitiva de aquel pasaje (cosa frecuente en *Don Quixote*); y que Cervantes en su manuscrito no indicó, con la claridad debida, el verdadero sitio del lardón. La incoherencia del diálogo tal como salió primeramente, asombró desde luego al corrector de la segunda edición: pero éste empeoró el asunto. En sus manos, lo que era sólo incongruencia llega á ser disparate. Por poner la acusación en boca de Don Quixote, y no en la del Bachiller, hace aparecer al Hidalgo acusándose neciamente de sacrílego; y esto sólo para refutar su propio argumento. Á esto se añade el segundo absurdo de que, mientras Don Quixote y Sancho discuten sobre lo de la Triste Figura y el sacrilegio, el Bachiller permanece en silencio; oye hasta el fin de la plática, y entonces se va '*sin replicarle palabra.*' ¿Para qué y á quién había de '*replicarle palabra*'? Nadie le dijo nada al Bachiller. Don Quixote hablaba á Sancho, á Sancho solo.

Es éste un excelente ejemplo de confusión de confusiones; y para producir tan buen efecto, el editor cambió las palabras de Cervantes por las suyas propias. Quitó '*Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda,*' y puso '*Yo entiendo Sancho, que quedo,*' omitiendo enteramente la advertencia sobre el latín del Bachiller. Caso capital es éste de falsificaciones del texto á expensas del autor, pues aquí no se puede alegar la defensa de otras muchas variaciones: á saber, que Cervantes hubiese hecho advertencias especiales al impresor, ó que el pasaje se leía así en el manuscrito original. Otra

invención ajena (pues no cabe duda que sea así) algunas páginas después ha traído sobre Cervantes la sospecha de que era un tanto chapucero: cargo que, como la ignorancia geográfica de Shakespeare, ó la incapacidad ministerial de Áddison, lisonjea el amor propio de la turba de tontos de capirote. La acusación es que, habiéndosenos dicho en el capítulo vigésimo tercero que Ginés de Pasamonte robó, por la noche, el asno de Sancho, olvidara el autor tan completamente el suceso que pintase á Sancho, diez líneas más adelante, cabalgando contentísimo en la bestia ya robada; la cual, por otra parte, estaba en su posesión, como se ve por tres referencias en el mismo capítulo, y por otras tres en el capítulo vigésimo quinto. Así se halla este incidente en la segunda edición y en todas las siguientes, exceptuándose la de Hartzenbusch. En la primera edición no hay incoherencia, porque no se menciona el robo; ni hay tampoco alusión á él antes de llegar al promedio del capítulo vigésimo quinto. Allí casualmente sabemos que el rucio fué robado por alguna persona desconocida, y que Don Quixote, movido por la pena de Sancho, le prometió tres pollinos por vía de compensación. Lo que puede afirmarse desde luego es que el relato del robo, en el capítulo vigésimo segundo de la segunda edición, está evidentemente fuera de su lugar. Dejando á un lado todas las siete referencias contradictorias respecto al asno robado, hay prueba de que Cervantes no intentó introducir tan pronto el incidente. La interpolación en el texto de la segunda edición principia así: ‘*Aquella noche llegaron á la mitad*

de las entrañas de Sierra Morena.' Con todo, á la mañana siguiente se dice que Don Quixote '*entró por aquellas montañas.*' Aún más: la aventura con los galeotes ocurría, según la indicación del *Quixote*, antes de las diez de la mañana, en un sitio '*junto*' á la Sierra. De aquí se deduce que todo el día lo ocupó en recorrer una distancia, poco más ó menos, de tres cuartos de legua (como se ha puesto en el capítulo vigésimo nono): distancia tres veces recorrida por el mal caminante Sancho Panza desde las tres de la tarde hasta la puesta del sol. Es evidente que, según el escritor distribuye el tiempo, el hallazgo de la maleta, las idas y venidas en busca de su dueño, la entrevista con el cabrero, y el cuento de Cardenio, debían haber sucedido la noche antes del robo del rucio, y no la noche después. Por consiguiente, se ve que Cervantes no tuvo responsabilidad alguna en poner el pasaje inserto donde, por lo regular, se encuentra en el texto que corre; y, por lo tanto, salta á la vista que estaba tan inocente de los desatinos que le echan en cara como sus mismos críticos lo están. Ocurre luego el problema de cómo obtuvo Robles este trozo interpolado. No puede ser que estuviera en el manuscrito original, porque en tal caso su omisión sería inconcebible. Una de dos cosas, pues. Ó fué enviado de Valladolid por Cervantes á petición de Robles, quien quiso corregir el defecto de la primera edición; ó Robles mismo (quizá también su corrector ó impresor) tomó sobre sí llenar el vacío, sin consultar á Cervantes y sin pérdida de tiempo. Hay dificultades que nos impiden

aceptar la primera hipótesis. No puede conciliarse con lo que dice Cervantes en la Segunda Parte. En los capítulos tercero y vigésimo séptimo de ella, el autor dice que no ha sido declarado en la Primera Parte quien fué el individuo que robó el rucio. De fijo que él no hubiera dicho semejante cosa, ó á lo menos habría modificado (y en gran manera) sus palabras, en el caso que, para complacer á Robles, hubiese escrito y enviado á Madrid para insertarla en la segunda edición la historia en la cual Ginés de Pasamonte está expresamente designado como el ladrón. INTRODUCCIÓN

Ofrécense otras consideraciones de peso. Aunque sea cosa de novedad para los comentadores, es ciertamente sandia invención el hacer á Ginés de Pasamonte robar el asno sólo para devolverlo dos días más tarde. Tan desdichada idea no debe atribuirse de ligero á Cervantes; sobre todo, cuando él mismo la repudia, como en efecto lo hace en dos capítulos de la Segunda Parte. En ambos casos manifiesta que el *modus operandi* fué el único motivo para la invención del robo. Ginés de Pasamonte adoptó la traza de Brunelo en el *Orlando Innamorato*. Hallando á Sancho roncando sobre el rucio, suspendió la silla en el aire con cuatro estacas, y luego sacó el jumento por debajo del escudero dormido. Si se considera bien la primera alusión á la pérdida del asno, resulta evidente cómo se le ocurrió á Cervantes tal idea. En la línea inmediatamente anterior, Don Quixote acaba de decir de Rocinante que no le 'igualó en 'ligereza el hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado 'Frontino, que tan caro le costó á Bradamonte.'

Frontino fué el caballo robado de esta manera á Sacripante por aquel bellaconazo de Brunelo. El nombre de Frontino recordó á Cervantes su famosa historia; y no le costó mucho hacer de ello una imitación burlesca, porque ya estaba poniendo en caricatura el *Amadís*, y la penitencia '*muy á su sabor*' en la Peña Pobre. De aquí nació la ocasión de imitar otra fábula favorita, sustituyendo con Ginés de Pasamonte á Brunelo, con el rucio á Frontino y con Sancho Panza á Sacripante. Si no es ésta una de las mejores creaciones de Cervantes, fué al menos una invención que le satisfizo. Débese notar que el asno, al recibir la dignidad de par, tomó un título. Hasta ahora no ha sido más que 'el asno' ó 'el jumento.' Llámase el rucio después de ser reconocido representante del nombrado Frontino, y conserva este emblema de nobleza hasta el fin del cuento.

Sólo podemos conjeturar cómo llegó á omitirse este pasaje en la primera edición. Tiene escasísima probabilidad la suposición de que Cervantes, por inadvertencia, olvidara insertarlo. Más verosímil es que alguna dificultad al colocarlo en el lugar debido le indujera á escribirlo en una cuartilla suelta que fácilmente pudo extraviarse, por cuanto el manuscrito pasaba por varias manos antes de llegar á Robles. Por supuesto, no se habla de la devolución del asno en el capítulo trigésimo de la primera edición. No sabiendo nada en cuanto al robo del jumento, el editor tuvo á bien omitir la historia de su recobro; y en su inhábil manera la restituyó, ó al menos hizo cuanto pudo y cuanto juzgó necesario, procurando remediar el daño

según sus propias luces, en la segunda edición. Sea como fuere, el propósito de Cervantes no admite duda. En el pasaje inserto en el capítulo vigésimo tercero, no hay rastro alguno de su idea original; ni tampoco se encuentra una palabra acerca de la estratagema hecha con la silla de Sancho, dejándole á horcajadas como Sacripante á Albraca. Aceptar esta interpolación como obra de Cervantes, es creerle capaz de un despropósito que excede por mucho á la enormidad de los yerros y negligencias que tan á menudo le censuran. Venimos á parar en esto: el suponerle tan zafio que, cuando Robles le pidió que diese relación del incidente, se olvidara poner el único episodio inspirador de la historia que había movido á su autor á inventarla, y sin el cual el cuento queda en el aire. ¿ Qué es, pues, lo más probable? ¿ Que Cervantes se ofuscara de una manera tan incomprensible, ó que un editor (quien, como hemos visto, no vaciló en interpolar sus propias palabras é ideas) tomase sobre sí el vencer la dificultad dando una relación de hechos salida únicamente de su propio entendimiento, sin consultar al autor, y con el auxilio de las indicaciones ya sólo ofrecidas en el texto? Pero seamos justos: tal vez no fuese posible otro procedimiento al editor, para quien cada minuto valía mucho. Nótase que el trozo inserto no ofrece un solo rasgo que sea característico de Cervantes; pero, sí, sugiere la idea de que sea de un imitador por el estilo de Avellaneda, con menos talento que éste. Las insípidas vulgaridades relativas á 'la suerte fatal' y al desagradecimiento de los malos son muy ajenas del tono de Cervantes; y aunque éste era bastante

descuidado en la composición de su obra, con todo, no pudo haber escrito aquella incorrecta frase según la cual el asno llora por Sancho en vez de Sancho por el asno[a].

Lo que dice Sancho Panza de su lamento (en el capítulo cuarto de la Segunda Parte) puede ser tenido por algunos como prueba, en cierto modo, de que el pasaje fué escrito por Cervantes; pero, como advierte Hartzenbusch, las palabras de Sancho no pueden aplicarse á la mezquina lamentación que figura en el texto. Viene por último la obvia pregunta: '¿cómo es 'que todos los editores y comentadores no sospecharon 'lo que VV. dicen ahora?' Séanos lícito contestar con otra pregunta no menos directa: '¿cómo es posible que 'se les ocurriera?' Jamás sospecharon que la edición que creyeron ser la primera no fuese sino la segunda, é ignorantes todos de otro texto primitivo, infirieron que el contenido entero de aquella era obra de Cervantes. Nada más natural. El silogismo era lógico: mas no es justa la conclusión, por estar equivocadas las premisas. Bowle conocía la existencia de dos ediciones de 1605; pero ignoraba la relación que media entre ambas, y ni siquiera vió la primera de ellas[b]. La Acade-

[a] Véase el apéndice Cap. xxiii. pág. 211 (Parte Primera): '*Salió el aurora 'alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza porque halló menos su rucio; 'el cual, viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo.*' Según todas las reglas de gramática y de construcción '*su rucio*' es antecedente de '*el cual.*'

[b] *A Letter to the Rev. Dr. Percy*, etc., pág. 34: 'But there is also another edition of the first Part the same year and place; and there were two more, one in Lisbon, in 4to, and in Valencia, in 8vo, the first year of its appearance: these three last have never yet come to my inspection, nor that of Madrid three years after in 1608 in 4to. These, and any subsequent editions in the life of the Author, I should be glad to peruse.'

mia, en 1780, creyó que la segunda edición era la única publicada por Robles en el año 1605. Pellicer, no sabiendo más de lo que pudo aprender de Bowle, se empeña en llamar á la segunda edición 'la primera,' y á la tercera 'la segunda'[a]. En esto, Clemencín sigue á Pellicer con invencible perseverancia. En su cuarta edición de 1819 (realmente es la segunda, pues las llamadas segunda y tercera no son sino reimpresiones de la primera), la Academia reconoció que se hicieron dos tiradas del *Quixote* en 1605. Mas, infortunadamente, invirtió el verdadero orden, tomando la primera por la segunda y la segunda por la primera. ¡ Extraño caso, que una Corporación tan ilustrada, al dar á luz una edición oficial, no hubiese cotejado los dos textos ! Aunque decía haber 'confrontado cuidadosa-'mente la presente edición, no sólo con la primera, sino 'también con la segunda,' no lo hizo ; y la prueba de ello consta en sus propias notas. En 1863, cuando Hartzenbusch preparaba su impresión, las dos primeras ediciones fueron confrontadas concienzudamente ; con esto el hecho de la prioridad se demostró para siempre, y las grandes diferencias textuales se indicaron por primera vez.

Por lo que hace al trozo intercalado en la segunda edición, Hartzenbusch se inclina á creer que, al principio, formaba parte del capítulo vigésimo quin-

[a] Véase pág. I. del *Discurso Preliminar* de Pellicer, en el primer tomo de su edición del *Quixote*, publicada en Madrid en 1797-8. '*El* '*ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha* se divide en dos partes. De la 'primera se hicieron dos impresiones en tiempo del autor, ambas en Madrid 'y ambas por Juan de la Cuesta : la primera el año de 1604 : la segunda 'el de 1608.'

to[a]. Según él, Cervantes prefirió después colocarlo en el capítulo vigésimo tercero, y dió á Robles instrucciones en aquel sentido, las cuales, siendo mal comprendidas, ocasionaron el error de la primera edición. Á esta teoría no le falta ingeniosidad; pero como ya se ha dicho, la hipótesis es incompatible con el relato. Además, aceptarla es culpar á Cervantes de insensatez. Otra teoría, sugerida por D. Ramón León Máinez, es que la idea del robo no se le había ocurrido á Cervantes hasta la entrega de su manuscrito; entonces mandó los pasajes desde Valladolid para ser incluídos, y se omitieron, ó por la negligencia editorial, ó porque la impresión estaba ya demasiado adelantada[b]. Esta hipótesis es *ab initio* inadmisible. En el capítulo vigésimo quinto, y en los siguientes, hay en relación con este lance alusiones que, según el Señor

[a] Edición de Argamasilla de Alba de 1863, Tom. i. pág. 341, *nota* 176.

[b] Conviene citar textualmente la nota del Sr. Máinez en la pág. 6 del tercer tomo de su edición (Cádiz, 1877).

'Descuido del editor ó del impresor es lo que aquí vemos, y presentaremos 'observaciones que inducirán al convencimiento.

'Cervantes en su primitivo manuscrito, el que vendió á Francisco de 'Robles, no describió el lance anterior. Reflexionando despues sobre las 'aventuras que habia narrado en su obra, le pareceria oportunísimo y 'gracioso el robo del rucio por uno de los libertados galeotes; escribiria 'lo que le dictó su inventiva y como que el manuscrito de su obra lo 'habia entregado ya al editor, que vivia en Madrid, y Cervantes se hallaba 'entónces en Valladolid, enviaria á aquel los párrafos que deseaba añadir, 'encargándole el lugar que habian de ocupar y encareciéndole la mayor 'exactitud. Pero el editor, ya fuese por descuido, ya porque el impresor 'tuviese estampada la página que comprendia la primera edición, no inter- 'caló en el texto primitivo las modificaciones que su autor queria; y las que 'hizo, fueron desatentadísimas, pues se aludió en algunas líneas de los 'sucesivos capítulos al robo del rucio, sin haberlo mencionado antes y 'con manifiesta contradiccion en el texto.'

Máinez, se deben al editor. El corolario ineludible es que éste, aunque demasiado torpe ó negligente para insertar la verdadera relación escrita de puño y letra de Cervantes, se tomó sin embargo la molestia de fabricar una cadena de referencias con eslabones tan numerosos é intrincados, que casi se puede decir que escribió otra vez la mayor parte de los seis capítulos. Siempre según tan peregrina suposición, los escribió en el estilo más acabado de Cervantes, de que es ejemplo la escena en donde Sancho se entera de que no tiene consigo 'el librillo de memoria ricamente guarnecido.' Muy difícil sería inventar explicación menos verosímil; y en efecto, no se puede dar con una hipótesis razonable para poner á Cervantes en relación con el pasaje mencionado. Sólo queda el recurso de suponer que este trozo es obra de un editor de pocos escrúpulos, que deseaba no perder tiempo. Y así es.

Otro punto sobre el cual editores y comentadores difieren (y en este caso nos daría luz el cotejo entre la primera y segunda edición), es si la tercera, publicada por Robles en Madrid á mediados de 1608, fué corregida ó no por Cervantes mismo. Bowle no nos da su parecer sobre esto porque no la vió; pero positivamente no cree que esta edición tenga autoridad especial. En su primera, segunda y tercera edicion, la Real Academia Española concuerda con Bowle. Creyendo con error que la segunda madrileña era la sola edición publicada en 1605, la Academia naturalmente tomó ésta como base del texto, mencionando sólo en sus notas las variantes de la tercera (que, para la Academia, era la segunda)

INTRO-DUCCIÓN

El primero en pretender que la edición de 1608 era de autoridad superior, fué Pellicer[a]. Presumió éste que cuando la Corte pasó de Valladolid á Madrid en 1606, Cervantes se trasladó con ella; y dice ingenuamente que, dos años más tarde, Cervantes 'determinó reimprimir su *Ingenioso Hidalgo*': cosa tan fuera de su poder como lo estaban las condiciones de tregua en los Países Bajos. En su edición cuarta, de 1819, la Academia adoptó, sin más ni más, el infundado aserto de Pellicer respecto á la residencia de Cervantes en Madrid durante el año 1608; adoptó también la declaración de Pellicer en cuanto á la parte que tomó Cervantes en producir la edición de aquella fecha. Partiendo de este supuesto, fué natural que la Academia diese la preferencia á la tercera edición, poniéndola como base de su propio texto[b]. Preciso es añadir que, al mismo tiempo, la Academia manifestó su buen instinto crítico rechazando muchas de las desacertadas lecciones admitidas por Pellicer (y después por Clemencín) con fe ciega, cual si hubieran sido autori-

[a] Véase pág. ii del *Discurso Preliminar* de Pellicer.

[b] Véase Tom. i. pág. [6-7] de la edición de 1819. 'Sabida cosa es 'que Cervantes, despues de haberse dado á luz la primera parte del *Quijote* 'en Madrid el año de 1605, mientras se hallaba establecido en Valladolid, 'volvió á imprimirla en el de 1608, corrigiendo y retocando algunos 'pasages. Esta es la edicion que la Academia ha elegido para texto de 'la actual, considerándola como la postrera voluntad de su autor, y como 'acreedora á obtener la preferencia sobre la primera, que ni se hizo á su 'vista, ni recibió su última mano. Sin embargo la Academia ha confrontado 'cuidadosamente la presente edicion, no solo con la primera, sino tambien 'con la segunda que se hizo en Madrid el mismo año de 1605, y por 'el mismo impresor Juan de la Cuesta: edicion que por esta igualdad de 'circunstancias no se habia discernido bien de la otra hasta ahora que se 'han tenido entrambas á la vista.'

zadas por Cervantes mismo. En primer lugar, es ridículo creer con Pellicer (si es que lo creía de veras) que Cervantes, á pesar de haber vendido á Robles sus derechos por el espacio de diez años, tenía autoridad para preparar la edición nueva. Pero, sí, se puede decir que, si él estuvo en la ciudad donde se dió á luz la tal edición, no es imposible que corrigiera las pruebas de ésta. Por de pronto, esto no es una consecuencia necesaria, pues en el siglo décimo séptimo las relaciones entre autor y editor no eran las mismas que hoy. Parece asímismo que ni Cervantes ni Robles hubieron de mostrarse intransigentes en la exactidud literal del texto. Ya se ha manifestado que la autoridad ficticia de esta tercera edición se funda sólo en la residencia hipotética de Cervantes en Madrid por aquella época. Hasta hoy, nadie se ha atrevido á afirmar que Cervantes la hubiera corregido estando fuera de Madrid. Ahora bien: cuando un hecho depende de otro, según las máximas elementales de todo sistema legal, el antecedente debe probarse antes de que sea admisible cualquier argumento sobre el segundo hecho. Para llenar esta condición en el caso que nos ocupa, es forzoso probar que Cervantes vivía en Madrid en la primavera de 1608. Pero no se puede alegar el menor testimonio que lo demuestre; y, sin prueba irrefutable de este hecho anterior, se desvanece toda la fingida teoría de la responsabilidad de Cervantes en la edición tercera. El aserto más audaz se limita á esto: que era posible ('*muy regular*,' dice Fernández de Navarrete) que Cervantes hubiera seguido á la Corte desde Valladolid en el año

1606 ó poco después. El razonamiento de algunos de sus biógrafos sobre este punto no carece de gracia. Navarrete, por ejemplo, arguye primero que Cervantes debía haber corregido la tercera edición por hallarse en Madrid cuando ésta se estaba imprimiendo, en 1608 [a]; poco después, alega que Cervantes debió hallarse en Madrid en 1608 por haber corregido la tercera edición en dicho año [b]. A la verdad, esto no es un argumento ; pero como círculo vicioso no tiene igual. De la misma manera, D. Jerónimo Morán cita, como testimonio fehaciente de que Cervantes vivió en Madrid el año 1608, 'el dato' (así lo llama él) de la reimpresión hecha á su vista en aquella época [c]. Esta incapacidad para distinguir entre suposiciones y hechos, es un defecto constitucional en muchos de los biógrafos de Cervantes. La hipótesis de que él '*podía*' haber hecho esto y lo otro, se convierte con demasiada facilidad

[a] *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Martín Fernández de Navarrete (Madrid, 1819), pág. 116. 'En el año siguiente de 1606 se 'restituyó la corte á Madrid, y es muy regular que la siguiese Cervantes, 'fijando su establecimiento en esta villa, no solo por continuar sus agencias, 'ó proporcionarse otros medios de subsistir, sino para estar más inmediato 'á Esquivias y á Alcalá, donde tenia sus parientes. Asi lo testifican cuantas 'memorias se han conservado, de las cuales consta que á mediados de 1608 'se reimprimió *á su vista* la Primera Parte del *Quijote*, corregida de 'algunos defectos y errores, imprimiendo unas cosas y añadiendo otras, con 'lo que mejoró conocidamente esta edicion.'

[b] Idem, pág. 497. 'La Licencia del corrector Francisco Murcia de la 'Llana . . . está firmada en Madrid á 25 de Junio de 1608 ; y como *ya 'entonces vivia Cervantes de asiento en esta villa*, pudo corregir por sí mismo 'muchos yerros de la anterior, y mejorarla conocidamente suprimiendo 'unas cosas y añadiendo otras.'

[c] *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* por Don Jerónimo Morán (Madrid, 1863), pág. 133.

en el '*debe*' haberlo hecho; y cuando este '*debe*' se transforma en el histórico '*hizo*,' el incauto cervantófilo acepta la historia, sin más detenido examen, creyéndola fundada en laboriosas indagaciones. Tales ilusos pierden de vista dos puntos de suma importancia: primero, que toda la carga de las pruebas pesa sobre ellos; segundo, que no corresponde á los que disienten de su opinión probar la negativa. Por casualidad, apenas se conoce más que un hecho referente á la vida de Cervantes en los años de 1605 y 1609; y es de notar que este dato lo publicó por primera vez Fernández de Navarrete, aunque no reconoció su importancia como prueba de que Cervantes no residía en Madrid el año 1608 [a]. Es un auto de llamamiento del Tribunal de Contaduría Mayor de Madrid, con término de diez días, contra Cervantes y su fiador Francisco Suárez Gasco. El documento tiene fecha 6 de Noviembre de 1608 y, se lee en Navarrete, 'en 24 de dicho mes y año se notificó al dicho 'Miguel de Cervantes, y respondió que lo oía.' Como le fué concedido más tiempo, es menester admitir que existía justa causa para esta prórroga. La tardanza en llegar el auto á Cervantes, y el hecho de aceptar su respuesta en lugar de su comparecencia personal, muestran á las claras que el estar Cervantes lejos de la Corte fué la verdadera causa de tal concesión. Cervantes era incapaz de abandonar á su fiador para esconderse. Suponer que estaba en Madrid, y que procedía con él de tan mala fé,

[a] *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* por D. Martín Fernández de Navarrete, pág. 440.

sería acusarle de increíble perfidia: y adviértase cómo la idolatría no siempre prevé las consecuencias de su ciega adoración. Nótase, además, que el auto llama á Francisco Suárez Gasco 'residente en esta corte'; pero no dice lo mismo de Cervantes. Si previamente hubiera vivido dos años en Madrid, como lo creen gratuitamente la Academia y Pellicer, ocupándose en negocios de escribano, su presencia en la villa (relativamente pequeña entonces) no se les habría escapado á las autoridades. Por último, hay certidumbre absoluta en lo que toca á su residencia en Madrid desde el año 1609 hasta la hora de su muerte: las calles, las casas donde vivía, son conocidas. No existe en cambio convincente testimonio de que Cervantes residiera allí en fecha anterior á 1609. Cervantes parece haber ido á Madrid, como había ido á Valladolid seis años antes, para 'satisfacer el alcance'; y en ambos casos le fué forzoso permanecer por falta de dinero.

Otros datos confirman la natural inducción de que él no tuvo parte alguna en la tercera edición de 1608. Ni una sola vez siquiera se hace mención de ella ó de sus variantes en las ediciones anteriores al año 1780. Navarrete y Ticknor tuvieron por cierto que la edición de Bruselas de 1611 adoptó algunas de sus 'correcciones'; mas están equivocados Navarrete y Ticknor. La edición belga de 1611 no es sino reimpresión de la original de Bruselas de 1607. Una edición se publicó en Milán en 1610, otra en Barcelona en 1617: aspiraron ambas á la corrección, y en ambas se ignora por completo el

texto más reciente de Madrid (á pesar de ser tan asequible) y se acude al de Valencia de 1605. No menos peso debe atribuirse á la recusación unánime de la edición de 1608 por todos los editores madrileños de época posterior. Las primeras ediciones completas de ambas Partes juntas, en 1637, 1647, 1662 y 1668, adoptaron algunas enmiendas juiciosas del texto valenciano de 1605, mientras que las alteraciones de la edición de 1608 fueron desechadas con justo menosprecio. Si verdaderamente Cervantes hubiera corregido ó revisado esta tercera edición, es increíble que noticia alguna de ello no hubiera llegado á oídos de los libreros y editores madrileños que no distaban mucho de ser sus coetáneos. No es menos inverosímil que, si existía tal tradición, ningún editor en todas las Españas hubiese mostrado ni aun sombra de respeto á los cambios que creyeron haber sido hechos (ó al menos, sancionados) por Cervantes mismo. También parece de todo punto improbable que Mayáns y Siscar y Pineda ignorasen la tradición (si es que existía) cuando prepararon el primoroso *Quixote* de Tonson en 1738. El traductor francés, César Oudin, fué el único de su época que conocía el *Quixote* de 1608, sirviéndose de él para su versión de 1614; mas él no pretende que tenga ninguna supremacía. Oudin lo tomó como el texto más fácil de hallar: todos los demás editores lo consideraron como edición de librería, sin autoridad siquiera. Las variantes, en sí mismas, no se oponen á esta opinión. Verdad es que no siempre un autor mejora su obra, revisándola; y el hecho de que las alteraciones introducidas

casi siempre ofuscan el sentido, no demuestra por sí solo que Cervantes no las hiciera. Mas no es probable que, después de exponer sus ideas claramente al principio, se tomara el trabajo de convertir el buen sentido en extravagancia y hacer decir todo lo contrario de lo que el contexto requiere. Que es tal el efecto de muchas enmiendas en la tercera edición, puede verse en nuestras notas. Todavía es más difícil creer que Cervantes hubiera, con maligna deliberación, mutilado una de sus pinturas más felices. Pocas cosas hay en el *Quixote* tan patentes como el deleite que halla su creador en la figura de Sancho Panza. Cervantes parece dibujar al escudero con gozo infinito, no sólo en contraste con su atolondrado amo, sino también por su propio atractivo. De las muchas veces que nos pinta á Sancho, en ninguna parte le ha presentado con más brillantez y fuerza que en la descripción del amo y criado caminando juntos por las asperezas y soledades de la Sierra Morena, tal como se lee en el capítulo vigésimo tercero de la primera y segunda edición. Excitada su fantasía por el paisaje, Don Quixote cabalga adelante esperando encontrar á cada momento á aquellos gigantes y dragones que pululan en su cerebro. Por vía de contraste, Sancho, seguro de no ser perseguido, piensa sólo en satisfacer su estómago y 'así iba tras su amo, 'sentado á la mujeriega sobre su jumento, sacando de 'un costal y embaulando en su panza los relieves que 'del despojo clerical habian quedado. Y no se le 'diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba 'de aquella manera, un ardite.' Desde la primera

hasta la última página no hay imagen más firme y luminosa de la pareja ; y el retrato de Sancho Panza es (por decirlo así) un Hogarth traducido en palabras.

Pero en la tercera edición, para evitar la inconsecuencia de presentar á Sancho sobre el animal que (según el editor) le había sido robado durante la noche, el escudero sale marchando afanosamente á pié y '*cargado con todo aquello que había de llevar el rucio.*' Sancho tenía aversión al andar á pié, casi tanta como á la poca comida, según dice el autor ; y no obstante le encontramos á pié con pesada carga, muy contento con este modo de andar. ¡ Y todavía hay algunos que insisten en que Cervantes cometió esta dañosa necedad ! Para quien tenga sentido común, no puede menos de ser inconcebible que el pintor estropeara tan estúpidamente este cuadro exquisito tan rico de gracia y de carácter, únicamente para deshacer un desatino que no era obra suya : desatino que, con dos plumadas, podía conformarse con su intención primitiva. No es dogmatismo decir que es imposible el asenso de Cervantes á esta destrucción de su propia obra.

Aun más : muchos de los cambios introducidos en la segunda edición emanan, sin duda alguna, de las erróneas interpretaciones de parte del editor. Si Cervantes hubiera corregido la tercera edición, es razonable suponer que, al menos en algunos casos, hubiera restituído el texto original. Tiene más peso todavía el lenguaje del mismo Cervantes en la Segunda Parte del *Quixote.* Interpretando de manera sencilla y natural sus palabras en los capítulos tercero, cuarto y vigésimo segundo, dedúcese que ignoraba en absoluto

las alteraciones ya hechas. No se ha sabido, dice, quién robó el rucio, ni cómo ni cuándo tuvo lugar el robo; y que ésta es la impresión de Cervantes, se puede ver por su anhelo en reparar la omisión. De aquí que él declare dos veces (en los capítulos cuarto y vigésimo séptimo de la Segunda Parte) que el ladrón fué Ginés de Pasamonte. Si hubiera sido él el corrector que hizo apear á Sancho, no hubiera podido ignorar que la indicación que creyó tan necesaria había sido hecha algunas líneas más arriba. Vese á las claras que Cervantes ignoraba hasta las diferencias entre la primera y la segunda edición; y es de suma posibilidad que ni supiera de la existencia de esta última. En el tercer capítulo de la Segunda Parte, dice que 'se le olvida de contar quién fué el 'ladron que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se de- 'clara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, 'y *de allí á poco* le vemos á caballo sobre el mismo 'jumento sin haber parecido.' La primera de las objeciones se refiere sólo á la primera edición, en la cual no se habla del robo: el segundo reparo sólo puede referirse á la segunda edición en donde, inmediatamente después del relato interpolado, encontramos á Sancho 'sentado á la mujeriega sobre su jumento' ya robado. Cervantes dice esto sin advertir siquiera la incompatibilidad de una y otra objeción; sin fijarse en que '*de 'allí á poco*' significa algo después de la misma relación, la falta de la cual forma la base del primer reparo. Ninguno que hubiera visto el pasaje impreso podía haber escrito de este modo. Á los escritores de hoy parecerá quizás extraño que un autor fuese tan negli-

gente para su propia obra; pero la historia literaria y bibliográfica demuestra que el prurito de verse en letras de molde no se había generalizado tanto entre los escritores de los siglos décimo sexto y décimo séptimo. No otra cosa sucedía en España, y de todo lo que sabemos de Cervantes es probable que ὃ γέγραφα γέγραφα hubiese sido su norma general en lo tocante á las producciones de su pluma.

Que Cervantes tuviera la menor responsabilidad en el texto publicado en 1608, es tesis absolutamente insostenible bajo todos aspectos; por consiguiente, no sólo las alteraciones verificadas en el texto de 1608, sino las introducidas antes en la segunda edición de 1605, deben mirarse como destituídas de autoridad. No se pretende, ni en verdad cabe en los límites de la posibilidad racional, que Cervantes pudiera haber corregido la segunda edición; y las pretensiones de sus variantes estriban sólo en la presunción de que, al revisar las pruebas de la tercera edición, el autor debía haber repasado las lecciones anteriores. Pero como esto no se puede probar, las enmiendas de la segunda y tercera edición deben recibirse ó rechazarse sólo por mérito propio, como enmiendas conjeturales en la misma línea de las de la edición de Valencia de 1605, de la de Bruselas de 1607, de la de Madrid de 1637, ó las de cualquiera otra estimable edición antigua. Como texto de autoridad no tenemos sino la *editio princeps*. Ésta, como las demás, no tuvo la ventaja de imprimirse bajo la inspección del autor; y puede ser que el copiante y el impresor se equivocaran de

vez en cuando. Para esto no hay remedio. Lo que sí puede remediarse es la injusticia cometida con Cervantes, atribuyéndole absurdos que jamás escribió, ni que en su vida pudo haber escrito: dislates que actualmente han acarreado á Cervantes algo así como una reputación universal de escritor obscuro y ligero.

Indudablemente, hay excusas válidas para los editores antiguos que, sin propósito deliberado, lanzaron esta impertinencia contra el hombre de ingenio á quien deseaban honrar. El corto espacio de tiempo que pasó entre la primera y la segunda, hizo que fácilmente se confundieran las dos ediciones; y cuando se notaron las diferencias, se atribuyeron, con más ó menos probabilidad, á las correcciones hechas cuando las pruebas pasaban por la imprenta. La bibliografía depurada, único medio para distinguir la diferencia entre una edición y otra, es atildamiento de los tiempos modernos. Lo poco que se sabía de Cervantes no dió luz sobre este asunto, que se oscureció aún más por la relativa rareza de la primera edición: rareza que nos hace sospechar que Robles, por timidez, imprimió menos ejemplares de la primera que de la segunda edición. De otro modo sería notable coincidencia que tantos editores, críticos y comentadores del *Quixote* dieran con la segunda, y tan pocos con la primera. Á la Academia de 1819 es más difícil disculparla. En 1780, cuando podría estar más al cabo del asunto, la Academia llegó sólo á saber de una edición de las dos madrileñas de 1605, y según estas deficientes luces arregló un texto de mérito. En 1819 sabía de dos ediciones de Madrid

del año 1605, y ambas las tuvo á la mano. Es incomprensible que un editor, en tal caso, dejase de comparar las dos ediciones, estableciendo de este modo sus diferencias, las causas de estas diferencias y la relación mutua entre una y otra. Desgraciadamente, la Academia no cumplió con este deber y, por lo tanto, su edición de 1819 (excelente por varios conceptos) se aleja mucho del modelo ideal. La más somera comparación de las portadas del libro habría sido suficiente para demostrar que la Academia se equivocaba en cuanto al asunto de prioridad; y el más leve vestigio de la duda debió haberse desvanecido al mirar la fecha del Privilegio para Portugal (9 de Febrero) colocado al principio de la que se tenía por primera edición. Como se ignoraba el valor de estas diferencias, no es de extrañar que las otras esparcidas por el texto no fuesen apreciadas debidamente. Con su error extravió la Academia á muchos: tanto, que hay quienes dicen que los bibliógrafos están indecisos en fijar cuál es la primera edición de *Don Quixote*. Hay aun quien va más lejos, afirmando que todos los editores hasta el tiempo de Hartzenbusch (1863) han creído que Cervantes corrigió la tercera edición de 1608. Lo cual es precisamente lo contrario. La autenticidad de la primera edición está fuera de la más leve sombra de duda. Y las pretensiones de la tercera edición jamás llegaron á ser atendidas hasta que Pellicer en 1797 inventó la fábula.

He aquí cuanto se refiere á la Primera Parte del *Quixote*. Muy diferente es lo que respecta á la Segunda. En ella no cabe discusión sobre la

autoridad del texto. Cervantes transfirió igualmente sus derechos á Robles, quien hizo una edición ; ninguna otra se publicó durante la vida del autor y nadie pretende que exista alguna otra póstuma, corregida por él en sus últimos días. La materia se simplifica más por el cambio de condiciones bajo las cuales el libro se escribió. Aunque no se tome literalmente aquello de que la Primera Parte ‘se engendró en una ‘cárcel,’ no podemos dudar que se produjo en circunstancias no mucho más favorables. Su autor, entonces desconocido, llevaba vida azarosa, escribiendo por capricho y con arrebatos bajo el peso de incesantes ansiedades é interrupciones. La Primera Parte en sí fué empresa temeraria con cuyo buen éxito apenas contaba su autor: empresa que le cansaba á veces. Cuando escribió la Segunda Parte, aunque distara de ser rico, gozaba por lo menos de algún bienestar. Libre de las necesidades de emplear su pluma en asuntos de escribanía, Cervantes no era ya el pobre vagabundo de antes, sin techo y sin crédito. El buen éxito de la Primera Parte llevó su nombre más allá de los Pirineos y le dió importancia á los ojos de los libreros madrileños. Vese el resultado de esto en la composición de la Segunda Parte. Exceptuando los últimos doce capítulos en donde se enfada con Avellaneda, el estilo es siempre el propio de quien escribe sin desconfianza, seguro de sus lectores y de sí mismo. Aquí el estilo es verdaderamente suyo, limpio de los conceptos y afectaciones de su época, libre de la cultilatiniparla y rodeos de la escuela de moda, cuyos atractivos le vencían á menudo en la

Primera Parte. La Segunda se escribió, como demuestran las fechas, muy despacio: harto despacio, como él tuvo que reconocer con amargura antes de llegar al fin. Tales consideraciones inducen á creer que, para el copista y el impresor, la tarea era más fácil en la Segunda que en la Primera Parte. Seguramente la letra del autor no había mejorado en los diez años transcurridos ; pero había menos necesidad de conjeturas, menos ocasión para dudar de su significación. Ni debe pasarse por alto que Cervantes estaba á la sazón en Madrid. No hay para qué suponer que él y Robles exigiesen una pedantesca exactitud del texto; tampoco que para lo usual y corriente Robles hubiera consultado á Cervantes: pero como autor distinguido, de asiento en la capital, se le podía consultar en casos de dificultad. De todas suertes, ello es que los editores, por regla general, han encontrado comparativamente poco que corregir ó alterar en la Segunda Parte.

En la edición académica de 1819, por ejemplo, las notas relativas al texto de la Primera Parte están á razón de ocho por una comparadas con las de la Segunda. Además, en términos generales, las correcciones y cambios de la Segunda Parte pertenecen á la clase de enmiendas innecesarias, aunque pretenden mejorar el sentido. La Academia ha propuesto con sabia discreción tales variantes, y hay casi siempre una excusa racional para las pocas introducidas. Sin embargo, el camino más seguro—el único seguro—que debe seguirse es el de no admitir enmienda alguna, por ingeniosa que sea, cuando existe presunción razonable de que el autor escribió la palabra

(ó las palabras) que figuran en el texto primitivo. Con todo, hay que tener en cuenta que la fuerza de tal presunción depende de la idiosincracia del autor. Hay palabras y frases que se tendrían por terminantes en la obra de un escritor concienzudo y que no serían pruebas convincentes en la de otro que compusiese á la ligera y con descuido. De todos los editores del *Quixote*, nadie ha prescindido tanto de esta precaución como Clemencín y Hartzenbusch. Grande como es nuestra deuda para con ambos, no puede negarse que aplican de continuo á Cervantes reglas que sólo pueden aceptarse tratándose de un escritor metódico; y esto, no obstante de manifestar en sus propias obras que nuestro autor distaba de ser así. Clemencín, de ordinario, se contenta con decir en una nota lo que supone que Cervantes debía haber escrito. Hartzenbusch, menos conservador ó más irreverente (por tener excesiva confianza en sí), se pasa de listo incorporando en el texto sus conjeturas. Tenía Hartzenbusch la posibilidad (ventaja que llevó á todos sus predecesores) de dar un texto que fuese definitivo; pero no podía detener su pluma entrometida, y en vez de darnos una edición que hubiera sido recibida con aplauso general por los hispanófilos del mundo entero, produjo una que es—en el artículo capital de la fidelidad—en absoluto la peor que jamás se haya impreso, dicho sea sin ofensa: pues Hartzenbusch era hombre de gran valía y, para nosotros, sumamente simpático. Pero el hecho está fuera de toda duda. En su edición, nadie puede estar seguro de que no se leen las palabras de Hartzenbusch en vez de las palabras de Cervantes. El engaño de los correctores de esta índole es que el

mejoramiento justifica la reforma. Es posible que alguna vez la lección propuesta sea una verdadera mejora; y quizás Cervantes la hubiera adoptado si Clemencín y Hartzenbusch hubieran podido sugerírsela. Pero, como Cervantes no tuvo esta ventaja (no pudiendo esperar dos siglos y medio), debemos aceptarle tal cual era: como hombre de ingenio, trabajando á solas. Después de todo, por raro que parezca, los lectores del *Quixote* desean leer á Cervantes: no desean tanto leer á Clemencín ó á Hartzenbusch. De lo contrario, comprarían los libros de estos, y no el libro de Cervantes.

Un ejemplo ilustrará el caso mejor que cualquier argumento. En el capítulo décimo octavo de la Primera Parte, '*camino real*' es, en cierto modo, preferible á la lección original, '*campo real*.' Á primera vista, el sentido de '*campo real*' no es de lo más claro. Además, el discurso de Don Quixote había sido pronunciado en el camino real, y su observación puede interpretarse cabalmente en el sentido de que hubo en la edad heróica muchos caballeros que pudieron en el momento oportuno pararse á improvisar una arenga tan fácilmente como cualquier bachiller ó doctor. Pero el verbo '*pararse*,' además de su significación corriente de terminar todo movimiento tiene también la de 'estar pronto á,' ó 'hacer una acción con sosiego.' Es posible que aquí se haga referencia á la actitud del caballero que se dirige á una asamblea de Reyes, príncipes y guerreros reunidos en consejo, ó en un trance semejante al que causó la mediación de Sobrino cuando

estalló la discordia en el campo del Rey Agramante. No hay pues razón suficiente para rechazar '*campo real*' como frase sin sentido y que el autor no pudo haber escrito. Recordemos el refrán antiguo: '*Más vale migaja de rey que merced de señor.*' Mientras haya causa legítima para creer que una palabra ó una frase es del autor, debe preferirse á cualquier enmienda, por feliz que ella resultara. Cuando quede bien probado que no pudo haber salido de la mesa del autor, entonces, sí, nos entregaremos á la merced del comentador. Pero no antes.

Las líneas anteriores fijan los principios generales que forman la base de la presente edición. Los detalles pueden resumirse en pocas palabras.

(1) La *editio princeps* de Madrid de 1605 es la base del texto.

(2) La presente edición ha sido cotejada con las de Valencia de 1605, Bruselas de 1607, Madrid de 1605, 1608 y 1637, y con las reimpresiones madrileñas de 1647, 1652, y 1668. No consideramos las ediciones de Bruselas de 1611 y 1617 sino como reproducciones serviles de la publicada en la misma ciudad en 1607. Las dos ediciones lisbonenses de 1605 son simplemente reimpresiones de pacotilla, mientras que la edición milanesa de 1610 es sólo una copia mecánica de la valenciana de 1605. La relación entre las principales ediciones de la Primera Parte va señalada en el apéndice.

(3) Hemos considerado con el respeto debido las

lecciones sancionadas por la Academia en sus ediciones de 1780 y 1819, y las propuestas por Bowle, Pellicer, Clemencín, Hartzenbusch y D. Ramón León Máinez.

(4) Siempre que hay posibilidad razonable para creer que Cervantes escribió lo que aparece impreso en la *editio princeps*, rechazamos toda enmienda.

(5) Cuando nos ha parecido indispensable una corrección adoptamos la más sencilla entre todas las posibles, dando preferencia á la que implica el menor cambio de palabras ó de letras, pues cabe entonces más fácilmente el suponer que se trata de un simple error de lectura debido á inadvertencia del cajista.

(6) Las variantes de importancia están indicadas en las notas: de las meras erratas de imprenta no hacemos caso.

(7) La puntuación ha sido revisada.

(8) El texto va distribuído en párrafos, de nuevo. Imprímese el diálogo en forma dialogal, y no en párrafos largos, según la forma antigua y la práctica común. Como quizá más de la mitad del libro se compone de diálogo, es de esperar que la adopción de este recurso mecánico haga más fácil la lectura.

(9) No teniendo Cervantes principios fijos en cuanto á la ortografía, no seguimos el sistema (ó mejor dicho, la falta de él) de la *editio princeps*. No nos parece que las extravagancias de Robles, de Cuesta ó de sus ayudantes deban respetarse como cosas sagradas. Para conveniencia de los lectores, seguimos la costumbre de algunos predecesores nuestros modernizando la ortografía. En dos casos excepcionales en que no se ha hecho alteración alguna—en los discursos del Ingenioso

 Hidalgo y en toda caricatura de los libros de caballerías,—hemos seguido la manifiesta intención del autor, según nuestra regla general. Así todo arcaísmo deliberado se conserva como parte íntegra del texto, pareciéndonos preferible ser tachados de inconsecuentes que de bárbaros. Imprimimos, pues, '*fablar*' y '*fazañas*' por estar conforme con el humor y espíritu de Cervantes. Hemos resistido á la tentación de imprimir *x* por *j*, salvo en los casos del nombre del héroe y en palabras tales como *exemplo* ó *exército* donde, en nuestro sentir, la ortografía corriente anda extraviada. Cabe alegar que el título *Don Quixote*, como lo escribía Cervantes, pertenece no sólo á su patria propia sino al mundo entero.

(10) En cuanto á los acentos, nos encontramos en situación difícil. Diríase que en muchos libros modernos se ha tratado de emplear tantos acentos como fuere posible. Seguimos la opinión contraria: que los acentos se hicieron para la lengua, y no la lengua para los acentos. No se puede discutir en este prólogo el problema general de la acentuación. Baste decir que no existe hoy en España sistema uniforme; que muchos de los más distinguidos escritores contemporáneos (varios de ellos Académicos) no siguen el plan de la Academia; y que la Academia en su *Diccionario* no aplica con precisión lógica las reglas enunciadas en su *Gramática*. No existiendo ni lógica ni uniformidad en este punto, no hemos podido dar con ellas; necesariamente transigimos con la inseguridad de las reglas. Las palabras agudas que acaban en *s* se acentúan en la vocal final; acentúanse

también los verbos en la tercera persona de singular del pretérito de indicativo, y cada palabra esdrújula se acentúa en la sílaba tónica. Estas indicaciones darán una idea general del plan seguido.

(11) Imprímense los pasajes interpolados en apéndices al fin del capítulo en donde se hizo la interpolación.

(12) Las notas editoriales, tan pocas y breves como nos ha sido posible hacerlas, van entre corchetes [ ].

Este resumen, con las observaciones antecedentes, contiene los principios de nuestra profesión de fe. Si hemos alcanzado á realizar todos sus términos, séanos lícito decir, sin ningún espíritu de arrogancia, antes bien como humilde expresión de un hecho, que esperamos ofrecer en estas páginas por primera vez, el texto íntegro de una obra maestra inmortal y de la novela más popular del mundo.

JAIME FITZMAURICE-KELLY.
JUAN ORMSBY.

Posdata.—La muerte del Sr. Ormsby ha privado á las letras castellanas de un crítico sagaz, un erudito acabado, un experto conocedor en todo lo referente á Cervantes, dejándome solo en la tarea de arreglar el texto que él conocía mejor que nadie. Los primeros veinte y cinco capítulos los revisamos él

y yo, y como quiera que ellos constituyen una de las mayores dificultades de nuestra empresa, me felicito de haber logrado tal ayuda. Por consiguente, su nombre figura aquí con el mío como editor.

Breves palabras por lo que toca á un punto de la *Introducción*. D. José M. Sbarbi [a] ha señalado un documento, reimpreso más tarde por D. Julio de Sigüenza [b], y que pretende ser la capitulación matrimonial de la hija de Cervantes con Luis de Molina. Si fuera cierto el parentesco entre la Isabel de este convenio y el autor de *Don Quixote*, quedaría probado que Cervantes estuvo en Madrid el día 28 de Agosto de 1608, ó sea *después* de imprimirse la tercera edición. Este hecho no basta, sin embargo, para evidenciar que Cervantes tuvo parte alguna en ella. Para que esto tenga fundamento razonable sería preciso probar (1) que Cervantes estuvo en Madrid antes del 25 de Junio de 1608, y (2) que él introdujo el sistema de corregir pruebas. Con todo, el parentesco entre Cervantes y la Isabel del documento, aunque posible, no está probado. En este asunto, como en tantos otros, la conjetura y la hipótesis hacen oficio de pruebas. Los consabidos métodos de adivinanza y de aserto no producen sino daño y confusión. Prescindiendo de sus costumbres antiguas, los cervantistas deben someterse, como cada hijo de vecino, á las reglas de buena probanza, fijando

[a] Véase la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, dedicada al cuerpo facultativo del ramo.* (Madrid, 15 de Junio de 1874), Tomo iv. pág. 162-165.

[b] Vease *La Ilustración Española y Americana.* (Madrid, 8 de Mayo de 1882), pág. 286-287.

la exactitud de los hechos antes de permitirse inducciones basadas en ellos ; puesto que en este, como en todo otro caso dudoso, son de exigir igual índole y peso de pruebas.

Entre tanto, como ya queda apuntado en otra parte[a], hay previas dificultades que resolver. La Isabel del pacto era hija legítima, sabía escribir, aparece como viuda de un tal Diego Sanz y, al casarse en segundas nupcias, tenía un hijo de ocho meses. Ahora bien: consta que la hija de Cervantes era hija bastarda de Ana de Rojas, mujer de Alonso Rodríguez; que era soltera en 1605 cuando no podía aun escribir su nombre. Se nos quiere hacer creer que, habiendose casado con Sanz hacia los años 1606-7, su padre la inclinó á un segundo matrimonio, pocos meses después de quedar viuda. Faltan por completo las pruebas del presunto casamiento con Diego Sanz, y (por de contado) la matrona de Éfeso no era de estirpe castellana. Además, el contrato nos presenta al padre de la novia como persona de posición, liberal en punto á la dote, y con recursos suficientes para obsequiar á un conocido suyo, Juan de Urbina, con unos terrenos de valor. Pero se sabe á ciencia cierta que á Cervantes siempre le faltaba dinero: que sus deudas á la tesorería nunca llegaron á saldarse; que su manutención pendía en gran parte de la caridad; y que, precisamente un año antes de fallecer, su amigo Torres Márquez testificaba que era 'pobre'. Hasta que estas incongruencias se concuerden, el documento citado no puede aceptarlo ningún tri-

[a] Veâse *The Life of Miguel de Cervantes Saavedra . . .* By James Fitzmaurice-Kelly. (Londres, 1892, nota al pié de la página 288.)

bunal, y cuando se concuerden, si es que tal día llega, el padrinazgo de Cervantes para con la tercera edición, estará tan lejos de quedar probado como lo está hoy día. Falta aun por probar la residencia anterior de Cervantes en Madrid ; demostrar que Cervantes ideó el sistema de corregir pruebas cuando tal costumbre era desconocida, y que enmendó su obra por tal modo que el buen sentido se convirtió en disparate.

Ya en prensa nuestra *Introducción*, D. Cristobál Pérez Pastor[a] ha aseverado que existió una edición de *Don Quixote* con fecha de 1604. Esto sería importante, si fuera exacto. Pero sucede que el Sr. Pérez Pastor interpreta mal, porque no entiende bien, el documento que cita no del borrador, sino de una copia del borrador de 'la Hermandad de San Juan Evangelista á la Porta-Latina y de los Impresores de Madrid' á principios del siglo décimo séptimo. Para apoyar su aserto, el Sr. Pérez Pastor nos ofrece una lista de libros, los cuales, según él, se recibieron por la Hermandad el 26 de Mayo de 1604, ó antes. Entre estos tomos se encuentran dos ejemplares de *Don Quixote*. Por una casualidad, la lista contiene los títulos de dos libros más cuya historia es conocida : á saber, las *Obras* del P. Rivadeneyra y el *Romancero General*. El Sr. Pérez Pastor dice que 'todos y cada uno de los 'libros recibidos en 26 de Mayo [1604] fueron impresos

[a] Veánse *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos recogidos y anotados por el presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor.* (Madrid, 1897), pág. 286-295.

'en los años 1603-4 como se puede comprobar examinando las respectivas ediciones.'

Se puede fácilmente admitir que cada libro recibido en día determinado debe haberse impreso antes. No sale asímismo tan claro el que el Sr. Pérez Pastor haya cumplido con su deber 'examinando las respectivas ediciones,' y hasta hay motivos para creer que jamás las haya visto. Es indudable que existe una edición de las *Obras* del P. Rivadeneyra cuyo segundo tomo tiene la fecha 1604 en la portada. Pero el Privilegio se concedió en 16 de Julio de 1604, y al fin del segundo tomo, como en la portada del primero, se lee la fecha 1605. Resulta evidente que esta edición no podía haber llegado á la Hermandad en el mes de Mayo de 1604. Cierto es que el *Romancero General* lleva la fecha de 1604. Sin embargo, la lista de erratas está fechada el 25 de Agosto de 1604, la *tasa* se firmó el 11 de Septiembre, y el *Prólogo al Lector* el 30 del mismo mes: siendo esto así, no es posible que el *Romancero General* haya llegado á la Hermandad en el mes de Mayo anterior. El Sr. Pérez Pastor ha confundido erroneamente el año 1604 con el año 1605. Por consiguiente su argumento, fundado en la exactitud de las fechas, cae por el suelo, no teniendo base ninguna[a].

El texto castellano de la *Introducción* lo han

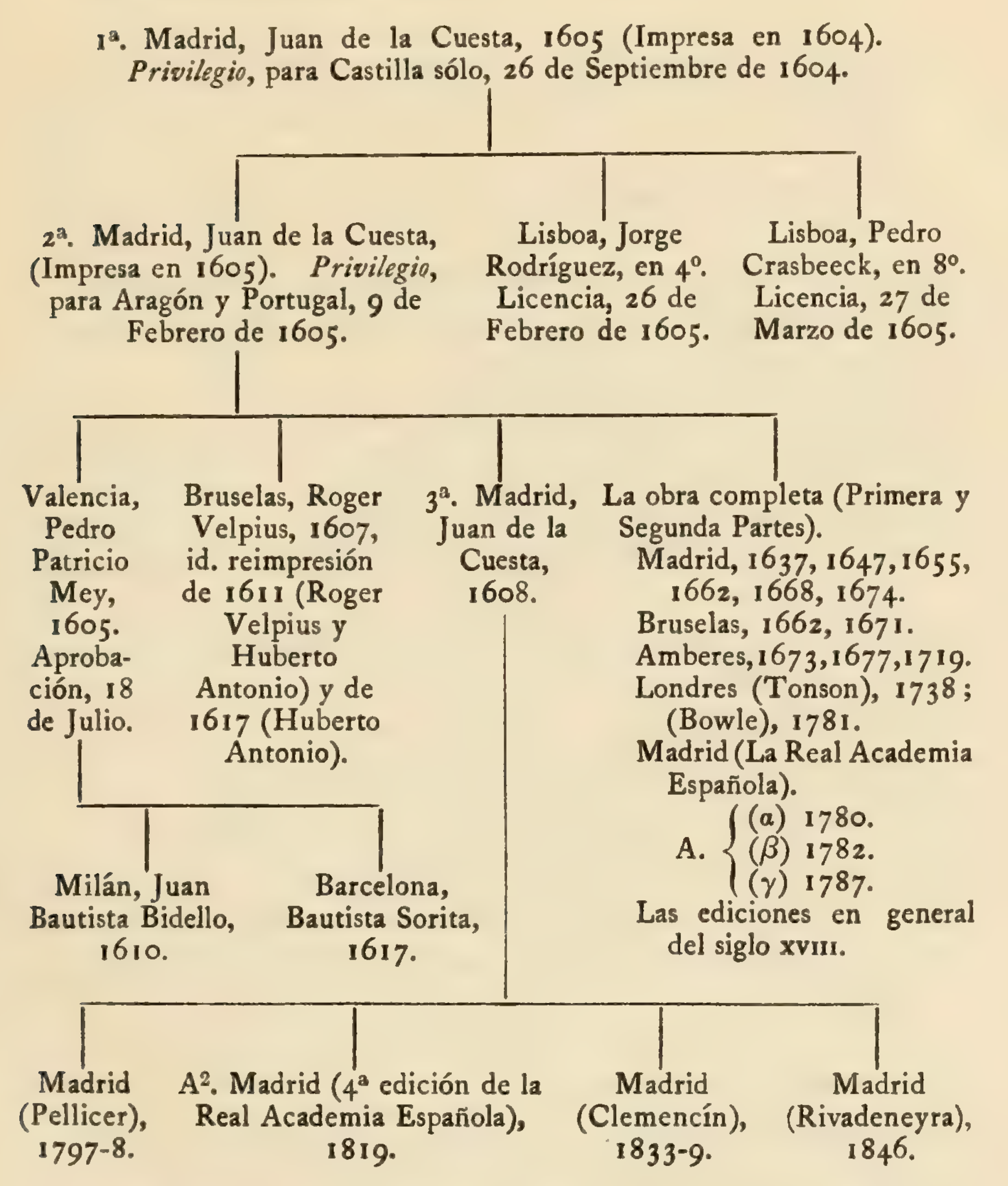
[a] Véanse la *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas é hispano-americanas* (Madrid, Julio de 1897), pág. 202-204; *The Athenæum* (Londres, el 17 de Julio de 1897); y la *Revue Hispanique* (París, Noviembre de 1897), pág. 215-234.

repasado los Sres. Foulché-Delbosc, Webster, Butler Clarke, D. Ramon D. Perés y D. Rafael Altamira y Crevea. A todos, y más particularmente al Sr. Altamira y Crevea, doy las más expresivas gracias. Ofrezco también la expresión de mi sincera gratitud al Sr. Foulché-Delbosc por haber tenido la bondad de leer las pruebas del texto. Débese tener en cuenta que ninguno de estos amigos tiene la más mínima responsabilidad en la forma, en la tesis, ni en los principios que forman la base de la presente edición. En estos, como en cada detalle, la responsabilidad es exclusivamente mía.

JAIME FITZMAURICE-KELLY.

DE LA MANCHA

TABLA DE LA RELACIÓN ENTRE LAS PRINCIPALES EDICIONES DE LA PRIMERA PARTE DE *DON QUIXOTE.*



Las impresiones de Hartzenbusch (Argamasilla de Alba, 1863) y de D. Ramón León Máinez (Cádiz, 1877), aunque nominalmente fundadas en la primera edición, adoptan las lecciones de la tercera madrileña de 1608. Las adoptan, á pesar de que los editores niegan que Cervantes tuviese alguna intervención en ella.

ABREVIATURAS

EMPLEADAS EN ESTE TOMO.

1.=Primera Edición madrileña (1605, impresa en 1604).

2.=Segunda Edición madrileña (1605, con Privilegio fechado á 9 de Febrero).

3.=Tercera Edición madrileña (1608, con Testimonio fechado á 25 de Junio).

A.=Primera Edición de la Real Academia Española (Madrid, 1780).

A^2.=Segunda Edición de la Real Academia Española (Madrid, 1819).

B.=Edición de Bruselas (Roger Velpius, 1607).

Bar.=Edición de Barcelona (Bautista Sorita, 1617).

Bo.=Edición de Juan Bowle (Londres, 1781).

C.=Edición de Diego Clemencín (Madrid, 1833-9).

H.=Primera Edición de Juan Eugenio Hartzenbusch en 16° (Argamasilla de Alba, 1863).

H^2.=Segunda Edición de Juan Eugenio Hartzenbusch en 4° (Argamasilla de Alba, 1863).

L.=Edición de Londres (J. y R. Tonson, 1738).

M.=Edición de D. Ramón León Máinez (Cádiz, 1877).

P.=Edición de Juan Antonio Pellicer (Madrid, 1797-1798).

R.=Edición de Manuel Rivadeneyra (Madrid, 1846).

V.=Edición de Valencia (1605, con Aprobación fechado á 18 de Julio).

1637, 1647, 1662, 1668, &c.=Ediciones madrileñas de los años correspondientes.

corr.=correción, corrige, corrigió.

om.=omisión, omite, omitió.

sug.=sugestión, sugiere, sugirió.

sup.=suple, suplió.

DON QUIXOTE
DE LA MANCHA

TASA

YO Juan Gallo de Andrada, Escribano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fe, que habiendo visto por los señores dél un libro intitulado *El ingenioso Hidalgo de la Mancha* compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra: tasaron cada pliego del dicho libro á tres maravedís y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que á este precio se pueda vender: y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella: y para que dello conste dí la presente en Valladolid, á veinte dias del mes de Diciembre, de mil y seiscientos y cuatro años.

JUAN GALLO DE ANDRADA.

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

ESTE Libro no tiene cosa digna que no corresponda á su original: en testimonio de lo haber correcto dí esta fe. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de Diciembre de 1604 años.

EL LICENCIADO FRANCISCO MURCIA DE LA LLANA.

POR EL REY

POR cuanto, por parte de vos Miguel de Cervantes, nos fué fecha relacion, que habíades compuesto un libro intitulado *El ingenioso Hidalgo de la Mancha,* el cual os habia costado mucho trabajo, y era muy útil, y provechoso, Nos pedistes, y suplicastes, os mandásemos dar licencia y facultad, para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, ó como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del Nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premática últimamente por Nos fecha, sobre la impresion de los libros dispone, fué acordado, que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos, en la dicha razon, y Nos tuvímoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad, para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, intitulado *El ingenioso Hidalgo de la Mancha* que de suso se hace mencion, en todos estos Nuestros Reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuenten desde el dicho dia de la data desta Nuestra cédula. So pena que la persona, ó personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, ó vendiere, ó hiciere imprimir, ó vender, por el mismo caso pierda la impresion que hiciere, con los moldes, y aparejos della: y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís, cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte para Nuestra Cámara : y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traigais al Nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fué visto, que va rubricado cada plana, y firmado al fin dél, de Juan Gallo de Andrada, Nuestro Escri-

bano de Cámara, de los que en él residen, para saber si la dicha impresion está conforme el original: ó traigais fe en pública forma, de como por Corrector nombrado por Nuestro mandado, se vió y corrigió la dicha impresion, por el original, y se imprimió conforme á él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas, para cada un libro de los que así fueron impresos, para que se tase el precio que por cada volúmen hubiéredes de haber. Y mandamos al Impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el prima pliego dél, ni entregue más de un solo libro, con el original al Autor, ó persona á cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efecto de la dicha correccion, y tasa, hasta que antes, y primero el dicho libro esté corregido, y tasado por los del Nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucesivamente ponga esta Nuestra cédula, y la aprobacion, tasa, y erratas: so pena de caer, é incurrir en las penas contenidas en las leyes, y premáticas destos nuestros Reinos. Y mandamos á los del Nuestro Consejo, y á otras cualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta Nuestra cédula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, á veinte y seis dias del mes de Septiembre, de mil y seiscientos y cuatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor

JUAN DE AMEZQUETA.

DEDICATORIA

AL DUQUE DE BÉJAR, MARQUÉS DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

EN fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz *El Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que[a] conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

---

[a] 2. V. B. 3. L. A. Bo. P. A². C. R. H. H². no conteniéndose.

DON QUIXOTE

PRÓLOGO

DESOCUPADO lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al [a] órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podrá [b] engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre soy padrastro de Don Quixote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y [c] ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, (y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato[d]);

---

[a] 2. V. B. 3. A. A². C. la orden.
[b] 2. V. B. 3. L. A. Bo. P. A². C. H. H². podia.
[c] 3. P. A². y pues ni . . . así puedes. B. que ni. H. porque ni. [Pero no se necesita más que om. la *y*.]
[d] B. L. malo.

todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una[a] suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿como quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestas con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes[b]? Pues ¡qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oille ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro,

---

[a] M. estando aun.

[b] H. elegantes.

porque ni tengo qué acotar en el márgen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del ABC, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte, y en Zóilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas, ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor Don Quixote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento, amigo[a], en qué me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa[b], me dijo: Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estais tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir

---

[a] 2. V. B. 3. A. P. A². C. H. H². om. *amigo*.

[b] 2. V. B. 3. A. P. A². C. M. una larga risa. H. con una carga de risa.

PRÓLOGO y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quixote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia: ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? Á lo cual él dijo: Lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos: y después los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan[a] á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo el buscallos[b], como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros[c] luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamien-

[a] 1. venga. [b] 1. buscalle. [c] C. entraos.

tos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malae.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico:

> Donec eris felix, multos numerabis amicos,
> Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático: que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golias, y con sólo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golias ó Goliat fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo cómo en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro*, etc. Si tratáredes de ladrones, yo os diré[a] la historia de Caco, que la sé de coro: si de mujeres rameras, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito: si de crueles, Ovidio os entregará á Medea: si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe: si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alexandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca, *Del Amor de Dios*, donde se cifra todo

[a] 3. A. P. A². daré. [Pero fué historia que sabía *de coro*, no que tenía escrita.]

 lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay más sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro; que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo: que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fá-

bulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y período sonoro y festivo: pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad tambien que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia: y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quixote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan noble[a] y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide.

VALE.

---

[a] 1. tan noble. 2. V. B. 3. L. A. Bo. P. A². C. H. H². tan notable.

DON QUIXOTE

AL LIBRO DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA.[a]

URGANDA LA DESCONOCIDA

Si de llegarte á los bue-,
   Libro, fueres con lectu-,
   No te dirá el boquirru-
   Que no pones bien los de-:
Mas si el pan no se te cue-
   Por ir á manos de idio-,
   Verás, de manos á bo-,
   Aun no dar una en el cla-:
   Si bien se comen las ma-
   Por mostrar que son curio-.

Y pues la experiencia ense-
   Que el que á buen árbol se arri-,
   Buena sombra le cobi-,
   En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
   Que da príncipes por fru-,
   En el cual florece un du-
   Que es nuevo Alexandro Ma-
   Llega á su sombra, que á osa-
   Favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-
   Contarás[b] las aventu-,

[a] H. *Elogios* al libro de Don Quixote de la Mancha. [H. dice con tino que 'esta palabra no está en las otras ediciones, ni hace aquí falta.']
[b] 3. P. A². Cantarás [que no puede decirse de un libro en prosa.]

DE LA MANCHA

Á quien ociosas lectu-
Trastornaron la cabe- :
Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-
Que, cual Orlando furio-,
Templado á lo enamora-,
Alcanzó á fuerza de bra-
Á Dulcinea del Tobo-.

No indiscretas hieroglí-
Estampes en el escu- :
Que, cuando es todo figu-,
Con ruines puntos se empi- [a]
Si en la direccion te humi-,
No dirá mofante algu- ;
¡ Qué Don Álvaro de Lu-,
Qué Aníbal el de Carta-
Qué Rey [b] Francisco en Espa-
Se queja de la fortu- !

Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-,
Como el negro Juan Lati-,
Hablar latines rehu-.
No me [c] despuntes de agu-,
Ni me alegues con filo-,
Porque, torciendo la bo-,
Dirá él que entiende la le-,
No un palmo de las ore-
¿ Para qué conmigo flo- ?

No te metas en dibu-
Ni en saber vidas aje- :
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu- :

---

[a] H. envi-. [b] P. A². C. M. Qué el Rey. [c] C. sug. *te*.

Que suelen en caperu-
  Darles á los que grace- :
  Mas tú quémate las ce-
  Sólo en cobrar buena fa- :
  Que el que imprime neceda-
  Dalas á censo perpe-.

Advierte que es desati-,
  Siendo de vidrio el teja-,
  Tomar piedras en las ma-
  Para tirar al veci-.
Deja que el hombre de jui-
  En las obras que compo-
  Se vaya con pies de plo- :
  Que el que saca á luz pape-
  Para entretener donce-
  Escribe á tontas y á lo-.

AMADÍS DE GAULA Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA

SONETO

Tú, que imitaste la llorosa vida
  Que tuve, ausente y desdeñado, sobre
  El gran ribazo de la Peña Pobre,
  De alegre á penitencia reducida :
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
  De abundante licor, aunque salobre,
  Y alzándote la plata, estaño y cobre,
  Te dió la tierra en tierra la comida :
Vive seguro de que eternamente,
  En tanto al menos que en la cuarta esfera
  Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente,
  Tu patria será en todas la primera,
  Tu sabio autor al mundo único y solo.

DE LA MANCHA

DON BELIANÍS DE GRECIA Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA

SONETO

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Más que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente, fuí[a] arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis pies postrada la fortuna;
Y trajo del copete mi cordura
Á la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, o gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO

SONETO

¡O quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
Á Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus[b] Londres con tu aldea!
¡O quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!

[a] 3. y fuy arrogante.
[b] 1. 2. V. B. 3. A. sus Londres. P. A². C. su Londres.

¡O quién tan castamente se escapara
  Del señor Amadís, como tú hiciste
  Del comedido hidalgo Don Quixote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
  Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
  Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADÍS DE GAULA, Á SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIXOTE

SONETO

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
  Cuando en el trato escuderil te puso,
  Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
  Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
  Al andante exercicio, ya está en uso
  La llaneza escudera con que acuso
  Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
  Y á tus alforjas igualmente envidio,
  Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, o Sancho, tan buen hombre,
  Que á solo tú nuestro español Ovidio
  Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza escude-
  Del manchego Don Quixo- ;
  Puse pies en polvoro-
  Por vivir á lo discre- :

DE LA MANCHA

Que el Tácito Villadie-
   Toda su razon de esta-
   Cifró en una retira-
   Segun siente Celesti-,
   Libro en mi opinion divi-
   Si encubriera más lo huma-.

Á ROCINANTE

Soy Rocinante el famo-
   Bisnieto del gran Babie- ;
   Por pecados de flaque-
   Fuí á poder de un Don Quixo-.
Parejas corrí á lo flo-
   Mas por uña de caba-
   No se me escapó ceba- :
   Que esto saqué á Lazari-
   Cuando para hurtar el vie-
   Al ciego le dí[a] la pa-.

ORLANDO FURIOSO Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA

SONETO

Si no eres par, tampoco le has tenido
   Que par pudieras ser entre mil pares,
   Ni puede haberle donde tú te hallares,
   Invicto vencedor, jamás vencido.
Orlando soy, Quixote, que perdido
   Por Angélica ví remotos mares,
   Ofreciendo á la fama en sus altares
   Aquel valor que respetó el olvido.

[a] H. vi.

No puedo ser tu igual; que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio[a] moro
Y cita fiero domas[b]: que hoy nos llama
Iguales en amor[c] con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA

SONETO

Á vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta[d] gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, la monarquía
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quixote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sábia.

DE SOLISDAN Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA

SONETO

Magüer, señor Quixote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca sereis de alguno reprochado
Por home[e] de obras viles y soeces.

[a] H. bravo. [b] H. domes. [c] H. el amar. [d] H. Ni á tanta gloria.
[e] 2. V. B. 3. A. P. A². M. hombre.

Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conhorte sea
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

SONETO

B. ¿Cómo estais, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, Señor, que estais muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno sé es de la cuna á la mortaja.
¿Quereislo ver? Miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.
B. Metafísico estais. *R.* Es que no como.
B. Quejáos del escudero. *R.* No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?

DON QUIXOTE

CAPÍTULO I

Que trata de la condicion y exercicio del famoso hidalgo Don Quixote de la Mancha.

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicon las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algun palomino de añadidura los domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quixada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quexana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad.

Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerías, con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el exercicio de la caza, y aun la adminis-

tracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en[a] que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos, y de todos ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecian de perlas, y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos[b], donde en muchas partes hallaba escrito: *La razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leia: *Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y*[c] *os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones[d] perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianís daba y recibia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Ingalaterra ó Amadís de Gaula: mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar era Don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

---

[a] 3. A². om. *en*.
[b] H. amoríos. H². desvaríos.
[c] H. om. *y*.
[d] A. P. estas y semejantes razones.

PARTE I. CAPÍTULO I Que trata de la condicion y exercicio del famoso hidalgo Don Quixote de la Mancha

En resolucion, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio ; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia más cierta en el mundo. Decia él que el Cid Ruy Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteo[a], el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalban, y más cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia y aun á su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo ; y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su[b] república, hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras y á exercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se exercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda : y así con estos

---

[a] 2. V. B. 3. A. P. A². C. Anteon.

[b] H². la.

tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza: y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera, que declarase quién habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre y le cobrase[a] famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo exercicio que ya profesaba: y así después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar Rocinante, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando

[a] 1. y cobrase. 2. [y todas las demás.] y le cobrase.

fué rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar Don Quixote : de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se habia contentado con llamarse[a] Amadís á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla[b] famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse Don Quixote de la Mancha, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmádose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse ; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él : Si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿ no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida : Yo, señora[c], soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quixote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced[d] para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante ? ¡ Oh cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama ! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca[e] del

---

[a] H. Amadís no se habia contentado con sólo llamarse.
[b] 1. Hepila. 2. hazerla.
[c] 3. om. *señora.*
[d] 2. V. B. 3. A. P. A². C. M. ante la vuestra merced.
[e] H. en un lugar no cerca.

suyo habia una moza labradora, de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamás lo supo ni se[a] dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.

HECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza[b], segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley[c] de caballería, ni podia ni debia tomar armas con ningun caballero; y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la

[a] 1. le. 2. se. [b] H. por su tardanza. [c] L. A. P. R. á la ley.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote

ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿ Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? 'Apenas habia el rubicundo Apolo ' tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas ' hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y ' pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado ' con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, ' que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas ' y balcones del manchego horizonte á los mortales se mos-' traba, cuando el famoso caballero Don Quixote de la Mancha, ' dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo ' Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido ' campo de Montiel,' (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡ O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡O princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por

PARTE I. CAPÍTULO II Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote

vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje: con esto[a] caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, (si algunos tuviera). Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo.

Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad[b], vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que no[c] á los portales, sino á los alcázares de su redencion, le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba[d], veia ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa para llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta[e] de la venta, y vió á las dos destraidas mozas que allí estaban, que

[a] 2. V. B. 3. A. P. A². C. y con esto. [b] 2. 3. L. A. Bo. P. A². C. om. *hambre y.*
[c] 2. [acaso por descuido] om. *no.* [d] H. pasaba. [e] H. se llegó más á la puérta.

á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quixote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida. Y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quixote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro[a], con gentil talante y voz reposada les dijo: No[b] fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle[c] las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quixote vino á correrse, y á decirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de al que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaban en ellas la risa, y en él el enojo[d], y pasara muy adelante, si á aquel[e] punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo

[a] H. om. '*alzándose . . . rostro.*' [b] 1. no. 2. [y las demás.] non.
[c] 3. mirándole. [d] H. y *ella* en él el enojo. [e] L. en aquel.

lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta), respondió: Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque *mis arreos son las armas*, *mi descanso el pelear*, etc. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era Andaluz y de los de la Playa de Sanlúcar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje[a]. Y así le respondió: Segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y *su dormir siempre velar*: y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche. Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quixote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped, que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quixote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quixote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

[a] 2. V. B. 3. [y las demás.] ni menos maleante que estudiante ó paje.

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi çaballo, y Don Quixote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazon; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra; sólo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quixote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viernes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quixote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto más que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal [a] remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento [b] como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera[c], no podia poner nada en la boca con [d] sus manos, si otro no se lo daba y ponia, y así una de aquellas señoras servia deste menester. Mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada.

---

[a] H. de mal. [b] H. pan muy negro y tan reciente.
[c] H. y era alta la babera. [La mejor enmienda sería '*atada la visera*.']
[d] H². bien con.

Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces: con lo cual acabó de confirmar Don Quixote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que más le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la órden de caballería.

CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse caballero.

Y ASÍ fatigado deste pensamiento abrevió[a] su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole: No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero, que vió á su huésped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quixote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos,

[a] R. abrió.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse caballero

como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que como está dicho era un poco socarron y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oirle[a] semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia[b], y que tal prosupuesto[c] era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba; y que él asímismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riaran[d], Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde habia exercitado la lijereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España: y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, sólo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien, que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió Don Quixote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los

[a] 2. V.B.3. oyr. [b] 3. om. *y pedia*. [c] R. propuesto. [d] 1. Reayan. 2. Riaran.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse caballero

hubiese traido. Á esto dijo el ventero que se engañaba ; que puesto caso que en las historias no se escribia por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron ; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asímismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido[a] : mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse : y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas[b], y que veria cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle Don Quixote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba ; y rocogiéndolas Don Quixote todas, las puso sobre

---

[a] V. 1668. L. A. Bo. A^2. C. como si mal alguno no hubiesen. P. mal ninguno hubiesen. [b] 1. 1637. L. C. referidas. 2. V. B. 3. A^2. recibidas.

una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse [a] de tan extraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero [b] con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos.

Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quixote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: O tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quixote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero.

Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma in-

---

[a] 3. A². Admirándose . . . locura, fuéronselo. [b] 3. P. A². C. om. *pero.*

tencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quixote palabra y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza; y sin hacerla pedazos hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quixote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: ¡ O señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio: ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo! Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quixote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. Tambien Don Quixote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno; tirad, llegad, venid y[a] ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar, y darle la negra órden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese: y así llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien

[a] A. om. *y*.

castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer ; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto más que él habia estado más de cuatro. Todo se lo creyó Don Quixote, y dijo [a] que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese ; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quixote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que decia alguna devota oracion), en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen [b] golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenian la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora : Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. Don Quixote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviria

[a] 1. [por descuido] om. *y dijo.* 2. y dixo.

[b] 3. Bo. P. A². C. gran.

y le tendria por señor. Don Quixote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó Don Quixote que se pusiese don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quixote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agredeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buen hora.[a]

CAPÍTULO IV

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

LA del alba seria cuando Don Quixote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especial[b] la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un

[a] 1. á la buen hora. 2. a la buena hora. H. H². en buen hora.

[b] C. en especial. H. especialmente. [Á primera vista la enmienda parece buena; mas no es necesaria. Citemos en favor del texto la autoridad del P. Gregorio Garcés, acérrimo purista y, según nuestro doctísimo amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, 'dique grande contra la incorrección y galicismo.' Véase el *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua caste-*

labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo.

No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba, y apenas las hubo oido, cuando dijo: Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda; y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra[a] un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato. Y viendo Don Quixote lo que pasaba, con voz airada dijo: Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada[b] la yegua), que yo os haré conocer ser de

---

llana, expuesto el en propio y vario uso de sus partículas (Tomo I. página 120), donde dice el sabio presbítero que (*a*) *especial*, (*b*) *en especial*, y (*c*) *especialmente* son 'adverbios de un mismo significado, que entra cada uno donde lo pide el número.' Véase también la voz *especial* en el *Diccionario* de la Real Academia Española.]

[a] H. H.[2] á otra.

[b] 1. M. arrimada la yegua. 2. V. B. 3. A. P. A[2]. &c. arrendada. [La repetición de '*arrimada*' parece inadvertencia del copista.]

cobardes lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor caballero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo Don Quixote: por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó Don Quixote que cuánto le debia su amo. El dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y halló que montaban sesenta[a] y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello.

Respondió el medroso villano que para[b] el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo.

Bien está todo eso, replicó Don Quixote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado; así que por esta parte no os debe nada.

El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

¿Irme yo con él, dijo el muchacho, más? ¡Mal año! no

---

[a] 1. 2. V. B. 3. setenta. L. A. &c. sesenta.
[b] 1. 2. V. B. 3. Bo. para. L. A. &c. por.

señor, ni por pienso, porque en viéndose solo, me desollará [a] como á un San Bartolomé.

No hará tal, replicó Don Quixote, basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha [b] recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

Importa poco eso, respondió Don Quixote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras.

Así es verdad, dijo Andrés; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

No niego, hermano Andrés, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho un real sobre otro, y aun sahumados.

Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quixote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais más que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quixote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena [c] pronunciada.

Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andrés, y díjole: Venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.

---

[a] 1. me desuelle. 2. &c. desollará. H.[2] desuella.

[b] R. he.

[c] H. so la pena pronunciada. H[2]. so pena de la sentencia pronunciada.

Eso juro yo, dijo Andrés, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y execute lo que dijo.

Tambien lo juro yo, dijo el labrador ; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto.

Llamad, señor Andrés, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios; vereis cómo no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que executase la pronunciada sentencia.

Andrés se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quixote de la Mancha, y contalle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas ; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo ; y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quixote.

El cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz : Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra[a], ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quixote de la Mancha, el cual (como todo el mundo sabe), ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel despiadado[b] enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante.

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las[c] encrucijadas donde los

[a] 2. V. B. 3. &c. sobre la tierra. [b] 2. V. B. 3. &c. desapiadado.
[c] H.[2] lo de las encrucijadas.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta

caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quixote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis[a], y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres[b] mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quixote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer: y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que se[c] pudieron ver y oir, levantó Don Quixote la voz, y con ademan arrogante dijo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la simpar Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son destas razones, y á ver la extraña figura del que las decia, y por la figura y por las razones[d] luego echaron de ver la locura de su dueño: mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno dellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea[e] esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

Si os la mostrara, replicó Don Quixote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar,

[a] H. H.² cuatro. [b] H. dos. [c] H.² le.
[d] 2. V. B. 3. A. A.² &c. y por ellas.
[e] 1. 2. V. B. 3. L. Bo. H. H.² M. sea. A. P. A². C. es.

afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ora[a] vengais uno á uno como pide la órden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo.

Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oida, y más siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado. Y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced diremos en su favor todo lo que quisiere.

No le mana, canalla infame, respondió Don Quixote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podia, estaba diciendo: Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que

---

[a] 1. aora vengays [Véase cap. xviii.: 'ora se pierda ó no,' pág. 145.]

allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quixote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovia, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines, que tal le parecian[a]. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual después que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO, pues, que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovinos y del Marqués de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montiña[b]: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no más

[a] H. que tal le paraban.
[b] 1. 2. V. B. 3. Bo. C. montiña. [Forma antigua de '*montaña.*'] L. A. P. A². H. H². montaña.

PARTE I. CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero

verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y así con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar[a] por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿ Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora;
Ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance hasta aquello versos que dicen:

O noble Marqués de Mantua,
Mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. Don Quixote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mantua, su tio, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del emperante, con su esposa, todo de las misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que le tenia cubierto[b] de polvo, y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: Señor Quixana (que así se debia de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿ quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal[c] alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno,

[a] H.² revolcar. [b] 2. V. B. 3.&c. lo tenia lleno. [c] H.² herida.

PARTE I. CAPÍTULO V
Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero

y se encaminó hácia su pueblo bien pensativo de oir los disparates que Don Quixote decia; y no menos iba Don Quixote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese[a] qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos; porque en aquel punto, olvidándose de Baldovinos, se acordó del moro Abindarraez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendió y llevó cautivo[b] á su alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje[c] respondia á Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que el habia leido la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan á propósito[d], que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale[e] priesa á llegar al pueblo por excusar el enfado que Don Quixote le causaba con su larga arenga. Al cabo de la cual dijo: Sepa vuestra merced, señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean[f] ni verán en el mundo. Á esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, ¡ pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narvaez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino, ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixana.

Yo sé quién soy, respondió Don Quixote, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias.

[a] H. H.² om. *le dijese*. [b] 3. A.² C. preso. [c] L. Abindarraez.
[d] 2. V. B. 3. &c. tan de propósito.
[e] 1. 2. V. B. 3. Bo. A. P. A². dábale. L. C. H. H². dábase.
[f] H. H.² ven.

PARTE I. CAPÍTULO V
Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo y en la [a] casa de Don Quixote, la cual halló toda alborotada, y estaban [b] en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quixote, que estaba [c] diciéndoles su ama á voces: ¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el cura), de la desgracia de mi señor? Tres [d] dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio, que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre sí que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que habia en toda la Mancha.

La sobrina decia lo mismo, y aun decia más: Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las feridas que habia recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos desco-

[a] A. P. A.² om. *la*. [b] H.² que estaban. [c] H. H.² y estaba.
[d] 2. V. B. 3. L. A. Bo. P. A.² C. seis dias. H. H.² dos dias.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero

mulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes.

Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quixote[a], con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor Marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda que cure y cate de mis feridas.

Mirá en hora maza[b], dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon, del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urgada[c] le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced.

Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez [d] jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

Ta, ta, dijo el cura; ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche.

Hiciéronle á Don Quixote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á Don Quixote. Él se lo contó todo, con

[a] H. H.[2] om. *y Don Quixote* [imprimiendo '*estaba*' por '*estaban.*']
[b] A. P. A.[2] C. H. H.[2] en hora mala. [c] 3. A.[2] &c. Urganda.
[d] H.[2] trece.

los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de Don Quixote.

CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

EL cual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento[a] donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: Tome vuestra merced, señor licenciado, rocie este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de las[b] que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojallos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos.

Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gaula*, y dijo el cura: Parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fué

---

[a] H. H.[2] Pidió á la sobrina las llaves del aposento.

[b] 1. 2. V. B. &c. las. 3. la.

el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y orígen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

No, señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar.

Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.

Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

Adelante, dijo el cura.

Este que viene, dijo el barbero, es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel, y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

Dese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina.

Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

¿Quién es ese tonel? dijo el cura.

Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura*.

El autor de ese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardin de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor menos mentiroso: sólo sé decir, que este irá al corral por disparatado y arrogante.

Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero.

¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora ama.

Que me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría executaba lo que le era mandado.

Este es *El Caballero Platir*, dijo el barbero.

Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca vénia; acompañe á los demás sin réplica, y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El Caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo: este es *Espejo de Caballerías*.

Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalban, con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo.

Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el cura; y aquí le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro y todos los que

se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, exceptuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna.

Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo.

Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra*, lo cual visto por el licenciado, dijo: Esa *Oliva* se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alexandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propriedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.

Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de más importancia; para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno.

Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse

PARTE I.
CAPÍTULO
VI
Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia más gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decia: *Historia del famoso Caballero Tirante el Blanco.* ¡ Válame Dios! dijo el cura dando una gran voz, ¡ que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Quirieleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalban, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz enamorada de Hipólito su escudero[a]. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con estas[b] cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades[c] de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevadle á casa y leedle, y vereis que es verdad cuanto dél os he dicho.

Así será, respondió el barbero; pero ¿ qué haremos destos pequeños libros que quedan?

Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería, sino de poesía; y abriendo uno vió que era *La Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento[d] sin perjuicio de tercero.

¡ Ay, señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced

[a] H.[2] el escudero.
[b] 2. V. B. 3. &c. con otras cosas.
[c] H. H.[2] hizo ciertas necedades sino.
[d] 1662. A.[2] H. entretenimiento.

mandar quemar como á los demás; porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sábia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda* del Salmantino; y este otro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

Pues la del Salmantino, respondió el cura, accompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde.

Este libro es, dijo el barbero abriendo otro: *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos.*

Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar.

Este que viene es *El Pastor de Fílida.*

No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero: *Tesoro*[a] *de vàrias poesías.*

Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras más heróicas y levantadas obras que ha escrito.

Este es, siguió el barbero, *El Cancionero* de Lopez Maldonado.

Tambien el autor de ese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él?

La Galatea de Miguel de Cerbantes, dijo el barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cerbantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

Que me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana,* de don Alonso de Ercilla; *La Austriada,* de Juan Rufo, jurado de Córdoba; y *El Monserrate,* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

Todos esos[b] tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el cura de ver más libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen, pero ya tenia

---

[a] 1647. 1668. &c. Tesorero. [b] 1. 2. V. B. &c. esos. 3. &c. estos.

abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica.*

Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quixote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comenzó á dar voces Don Quixote diciendo: Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos *La Carolea* y *Leon de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila[a], qui sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron á Don Quixote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo: Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la vitoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo

---

[a] H. H.[2] [no sin razón] Zapata.

PARTE I. CAPÍTULO VII
De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quixote de la Mancha

que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo Don Quixote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalban, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo.

Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refran en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen[a] y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase, no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quixote, y lo primero que hizo fué ir[b] á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra[c]; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros.

El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de

---

[a] 1. 3. Bo. P. &c. murasen. 2. V. B. 1647. L. A. mudasen. [Esta 'enmienda' dañosa se encuentra en la segunda edición, no en el texto sino en la lista de erratas donde se lee: '*Fol. 23. lin. 25. diga mudasen.*' Su autor debe ser el Licenciado Francisco Murcia de la Llana.]

[b] 1. [por descuido] om. *ir*. 2.[r] &c. fué ir.

[c] H. H.[2] los ojos pasmado, sin decir palabra.

responder, le dijo: ¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche después del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se [a] hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos [b] á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton.

Freston [c] diria, dijo Don Quixote.

No sé, respondió el ama, si le llamaba Friston [d] ó Friton; sólo sé que acabó en *ton* su nombre.

Así es, dijo Don Quixote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede, y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

¡O sobrina mia, respondió Don Quixote, y cuán mal que estás en la cuenta! primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle más porque vieron que se le encendia la cólera.

[a] 3. Bo. P. A.[2] &c. om. *se*.
[b] H. H.[2] acudimos.
[c] H. H.[2] Friston.
[d] 2. V. 3. Freston. B. Frestron.

PARTE I.
CAPÍTULO VII
De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quixote de la Mancha

Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que más necesidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó Don Quixote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede[a] dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quixote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer é hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quixote órden en buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó[b] una razonable cantidad. Acomodóse asímismo de una rodela[c] que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que sí llevaria, y que asímismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho[d] á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco Don Quixote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo eso determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer

[a] R. se le puede.
[b] H. H.[2] allegó.
[c] H. H.[2] lanza.
[d] 1668. H. hecho. L. echo.

descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quixote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese: en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, con [a] mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quixote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado [b] en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban.

Dijo en esto Sancho Panza á su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.

Á lo cual le respondió Don Quixote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falta tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos, algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo menos [c] de marqués de algun valle ó provincia de poco más ó menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho [d], que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun más de lo que te prometo.

Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey

[a] 2. [y todas las demás.] y con. [b] H. H.² camino que él habia tomado:
[c] 1. H. H.² mucho. 2. &c. menos. [d] H. H.² á milagro.

por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutierrez, mi oislo, vendria á ser reina y mis hijos infantes.

¿Pues quién lo duda? respondió Don Quixote.

Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no yale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun—Dios y ayuda.

Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quixote, que él dará lo que más te convenga[a]; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado.

No haré, señor mio, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

EN esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quixote los vió, dijo á su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

[a] 1. él dará lo que más le convenga. 2. V. B. L. A. Bo. P. A.² C. él le dará lo que más le convenga. H. H.² él te dará lo que más te convenga. M. él le dará lo que más convenga.

Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento

¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino.

Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quixote, dijo: Pues aunque movais más brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

Calla, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que las

cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decia Don Quixote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: Yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco[a], y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó[b] tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus decendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á vellas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas.

Á la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caida.

Así es la verdad, respondió Don Quixote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se que-

---

[a] H. brancon. H.[2] trancon.

[b] H.[2] machucó.

Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento

jara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reir Don Quixote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su [a] espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quixote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quixote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon por parecerle que no llevaba camino de remediar tan presto su

[a] 2. V. B. 3. &c. om. *su.*

PARTE I.
CAPÍTULO
VIII
Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento

falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron.

Aquí, dijo en viéndole Don Quixote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras ; mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme ; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced seá[a] muy bien obedecido en esto, y más que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias : bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

No digo yo menos, respondió Don Quixote ; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus.

Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino ; mas apenas los divisó Don Quixote, cuando dijo á su escudero : Ó yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya[b] visto, porque

[a] C. será.

[b] A. ha.

Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento

aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podrian[a] oir lo que dijese, en alta voz dijo: Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas Princesas que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de Don Quixote, como de sus razones, á las cuales respondieron: Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas.

Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo Don Quixote; y sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo[b] de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña más lijero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose lijeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los habitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y

[a] A. P. A.[2] C. H. H.[2] podian.

[b] Bo. costilla [enmienda desacertada, como á simple vista se ve.]

preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quixote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quixote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.

Don Quixote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, caballero andante y aventurero[a], y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mi habeis recibido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que Don Quixote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quixote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera: Anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

---

a. P. A². C. om. *y aventurero.*

Entendióle muy bien Don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: Si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. Á lo cual replicó el vizcaíno: ¿Yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

Ahora lo veredes, dijo Agrajes, respondió Don Quixote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno con determinacion de quitarle la vida.

El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quixote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ¡O señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un gol solo[a]. El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien

[a] 1. Un gol solo [frase picaresca, á nuestro sentir]. 2. &c. un solo golpe.

entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quixote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, Don Quixote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba asímismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas[a] suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de Don Quixote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la Segunda Parte[b].

---

[a] H^2. dueñas ó criadas.

[b] L. en el segundo libro.

DE LA MANCHA

CAPÍTULO IX[a]

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

DEJAMOS en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso Don Quixote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte

[a] [La primera edición tiene el siguiente encabezamiento: '*Segunda Parte del Ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha.*' El hecho es que hay dos Partes del *Quixote*, la primera y la segunda. No hacemos caso de las cuatro partes de la *Primera Parte* que Cervantes anuló después con dar el título de *Segunda Parte* á la continuación de su obra.]

PARTE I. CAPÍTULO IX Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

me parecia, que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de celos*, y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quixote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y exercicio de las andantes armas, y al de [a] desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follon ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quixote [b] de continuas y [c] memorables [d] alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia: aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran[e], el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas [f] podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero[g]; y como yo [h] soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion

[a] 1. [por descuido] om. *de*. 2. &c. de desfacer.
[b] H. H.² Don Quixote.
[c] H. H.² om. *y*.
[d] H. H.² innumerables.
[e] 1. ayudan. 2. &c. ayudaran.
[f] H. gusto que, buena cantidad de horas. H.² gusto que, bien seguida ahora.
[g] 1. sedero. 2. V. B. 3. &c. escudero. 1637. sedero. [Antonio Puigblanch dice en sus *Opúsculos gramático-satíricos* (Adición última, pág. 4. s. n.) que la voz *escudero* 'ocurre dos veces en el *Quijote*, hablándose del arte de la seda.' Ya se ve que tal idea es inadmisible.]
[h] 2. &c. om. *yo*.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y víle con caractéres que conocí[a] ser arábigos, y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio y leyendo un poco en él, se comenzó á reir: preguntéle yo[b] que de qué se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa, dijo: Está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: *Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha.* Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quixote. Con esta imaginacion le dí priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.* Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recibí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándoseles al sedero compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quixote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar más el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda[c] del mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero

[a] L. que parecian. [b] 2. &c. om. *yo.* [c] H.[2] lo tradujo todo.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los pies escrito el vizcaíno un título que decia: *Don Sancho de Azpeitia*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quixote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la aficion no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre[a] es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que

---

[a] H. H.[2] imágen.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su [a] rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡ Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello : pero con todo eso sacó [b] los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quixote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha lijereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se

[a] C. sup. *la.*

[b] H.[2] pero con todo el dolor, sacó.

rindiese, si no, que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal[a], segun estaba ciego Don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan grande merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. Á lo cual Don Quixote respondió con mucho entono y gravedad: Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís ; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la simpar doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.

Las temerosas y desconsoladas señoras[b], sin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedia y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado.
Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPÍTULO X[c]

YA en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quixote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle victoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya

---

[a] 2. &c. muy mal.

[b] 1. 2. V. B. 3. L. Bo. La temerosa y desconsolada señora. A. &c. las temerosas y desconsoladas señoras.

[c] [Algunas veces Cervantes dejaba de poner epígrafes á sus capítulos. No puede ser suyo el que está aquí en las primeras ediciones (1. 2. V. B. 3.) : '*De lo que más le avino á Don Quixote con el Vizcaíno, y del peligro en que se vió con una turba de Iangüeses.*' La Academia (1780) le sustituyó

acabada la pendencia y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo: Sea vuestra merced servido, señor Don Quixote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. Á lo cual respondió Don Quixote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.

Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante; y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quixote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: Paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.

Calla, dijo Don Quixote: ¿y dónde has visto tú ó leido jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido?

Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad

---

lo siguiente: '*De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero.*' Mas, en 1738, la edición de Londres le había anticipado con el siguiente epígrafe: '*Del discurso que tuvo Don Quixote con su buen Escudero Sancho Pança.*']

tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.

Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quixote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Hermandad. Pero díme por tu vida, ¿has visto[a] más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leido en historias otro que tenga ni haya tenido más brio en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le[b] va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quixote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza.

Es un bálsamo, respondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y así cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer), bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis

---

[a] A. P. A.[2] C. H. H.[2] has tú visto. [b] 2. &c. se le.

muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle.

Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quixote.

Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele?

Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento, mas cuando Don Quixote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo.

Oyendo esto Sancho, le dijo: Advierta vuestra merced señor Don Quixote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó[a] ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito.

Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quixote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero. Y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto

[a] H. cumple lo que se le deja. H.[2] cumpliere lo que se le deja.

mismo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.

Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no, dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida.

Engáñaste en eso, dijo Don Quixote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella.

Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta [a] ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa[b], que te vendrán como anillo al dedo, y más, que por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.

Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.

¡Qué mal lo entiendes! respondió Don Quixote: hágote

---

[a] 1. 2. V. B. 3. L. Bo. esta. A. P. A.[2] C. H. H.[2] M. esa.

[b] 1. Soliadisa. 2. &c. Sobradisa.

saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano: y esto se te hiciera cierto si hubieras leido tantas historias como yo; que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demás dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras [a] tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé, ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca, y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero; y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

No digo yo, Sancho, replicó Don Quixote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian y yo tambien conozco.

Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento.

Y sacando en esto lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar donde [b] alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el

[a] 1. 2. querras. 3. &c. quieras.

[b] A. P. A.² &c. adonde.

sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí[a]; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.

FUÉ recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban. Y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis[b] dellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quixote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quixote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo: Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y

[a] H. pasar la noche allí. H.[2] de parar allí. [b] H. H.[2] cinco.

bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice[a], que todas las cosas iguala.

¡Gran merced! dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pie y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que estas, (aunque las doy por bien recibidas), las renuncio para desde aquí al fin del mundo[b].

Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él[c] se sentase.

No entendian los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quixote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los

---

[a] 1. que del ama, se decir. 2. &c. que del Amor se dize.
[b] H. H.[2] las renuncio desde aquí para el fin del mundo.
[c] 1. junto del. 2. &c. junto á él.

antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio.* Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil[a] cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos[b] y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban[c] los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los

---

[a] H. H.² feliz. [b] 2. &c. hojas de verdes lampazos. [c] H. H.² declaraban.

concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras[a], sin temor[b] que la ajena desenvoltura y lascivo intento las[c] menoscabasen, y su perdicion nacia[d] de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huerfanos y á los menesterosos. Desta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el gasajo[e] y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley naturel están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asímismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Más tardó en hablar Don

[a] 1. 2. sola y señora. A. M. solas y señoras. P. A.[2] solas y señeras.
[b] H. H.[2] sin temer. [c] 1. 2. le menoscabasen.
[d] 3. perdicion nacida. H.[2] y supeditaran el que nacia.
[e] 1. gasaje [=gasajo, forma antigua de agasajo.]

PARTE I. CAPÍTULO XI
De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros

Quixote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con prompta[a] y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que[b] tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien.

Que me place, respondió el mozo: y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida[c],
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.

---

[a] 2. &c. pronta. [b] 1. 2. V. B. quien. 3. &c. que.
[c] H.[2] Porque te quiero y lo sabes.

Bien es verdad que tal vez
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches
Y honestísimos desvíos
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
Mi fe[a], que nunca ha podido
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
Más de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lunes
Lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
Andan un mismo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.

[a] H. H.[2] sug. *Mi amor.*

Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo :
Tal piensa que adora á un ángel
Y viene á adorar á un jimio ;

Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.

Desmentíla, y enojóse ;
Volvió por ella su primo :
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía,
Que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo :
Pon tu cuello en la gamella,
Verás como pongo el mio.

Donde no, desde aquí juro
Por el santo más bendito,
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quixote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oir canciones. Y así dijo á su amo : Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que pasen las noches cantando.

Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

Á todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.

[a] 1. adora á un ángel. 2. &c. adora un ángel.

No lo niego, replicó Don Quixote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo esto[a] seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dijo: ¿Sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros?

¿Cómo lo podemos saber? respondió uno dellos.

Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela[b], la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

Por Marcela dirás, dijo uno.

Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del Alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan,

[a] 1. 2. V. B. esto. 3. A. P. A.[2] &c. eso.   [b] H. H.[2] moza del aldea.

porque parecen de gentiles. Á todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver: á lo menos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar.

Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos.

Bien dices, Pedro, dijo[a], aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otra dia me paso este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel, y que pastora aquella. Á lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna.

Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo: Asímismo adivinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil.

Estéril quereis decir, amigo, dijo Don Quixote.

Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: Sembrad este año cebada, no trigo;

---

[a] A. sup. *uno de ellos.*

en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite, los tres siguientes no se cogerá gota.

Esa ciencia se llama *astrología*, dijo Don Quixote. No sé yo como se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabia y aun más. Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su cayado[a] y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado[b] en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Después se vino á entender que el haberse mudado de traje no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza; quizá y aun sin quizá no habreis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais más años que sarna.

Decid Sarra, replicó Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que

---

[a] 1. cayado. 2. V. B. 3. A. &c. ganado. L. A.[2] cayado. [b] R. heredero.

me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

Perdonad, amigo, dijo Don Quixote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora[a] gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios, que tan hermosa la habia criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera que, así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él (que á las derechas es buen cristiano), aunque quisiera casarla luego, así como la via[b] de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casa-

[a] 1. 2. B. 3. A. hora de hora. V. 1668. C. hora de aora.
[b] 1. 2. V. B. 3. 1637. A. como la via. 1667-8. la vido. L. C. vió. M. veia.

miento. Y á fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura : y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.

Así es la verdad, dijo Don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con muy buena gracia.

La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabreis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo más en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora : y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningun[a] recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato ; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra,

---

[a] 1. 2. V. B. ó de ningun. L. ó ningun.

que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podré alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace más daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embebecido y transportado en sus pensamientos le halló[a] el sol á la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y de estos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan

[a] H.[2] halla.

averiguada verdad, me doy[a] á entender que tambien lo es lo que nuestro zagal dijo, que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo; y así os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar á aquel donde manda enterrarse, media legua.

En cuidado me lo tengo, dijo Don Quixote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento.

¡O! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPÍTULO XIII

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

MAS apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quixote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quixote, que otra cosa no deseaba,

[a] 3. P. &c. me lo doy.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos

se levantó y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asímismo dos gentiles hombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortésmente, y preguntándose los unos á los otros donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo: Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor como de la pastora homicida.

Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle.

Preguntóles Don Quixote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado[a] con aquellos pastores, que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera: que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á Don Quixote habia contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quixote qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo cual respondió Don Quixote: La profesion

---

[a] 1. entrado. 2. &c. encontrado.

de mi exercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso[a], el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes.

¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Quixote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente[b] en nuestro romance castellano llamamos el rey Artús, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos, ha de volver á reinar[c] y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen rey, fué instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fué aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famo-

---

[a] H. H.[2] porte. [b] 3. &c. comunmente. [c] H. volver á su ser.

sos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero Don Belianís de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la más peligrosa que la suerte me deparare en ayuda de los flacos y menesterosos.

Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quixote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba al llegar[a] á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase más adelante con sus disparates. Y así le dijo: Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.

Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quixote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en execucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos

---

[a] C. R., á llegar. H. H.[2] para llegar.

del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en execucion sino sudando, afanando y trabajando[a], síguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen porqué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que los[b] ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á Gentilidad.

Señor, respondió Don Quixote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante que, al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras

[a] 3. &c. trabajando excesivamente. [b] R. les.

entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.

Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y tomar una buena pieza del campo: y luego sin más ni más, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto más que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

Eso no puede ser, respondió Don Quixote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas: y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladron.

Con todo eso, dijo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo), haber leido que Don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero.

Á lo cual respondió nuestro Don Quixote: Señor, una

golondrina sola no hace verano, cuanto más que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.

Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion ; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria[a] por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.

Aquí dió un gran suspiro Don Quixote, y dijo : Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo ; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser[b] de princesa, pues es reina y señora mia ; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas ; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas.

El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber, replicó Vivaldo.

Á lo cual respondió Don Quixote : no es de los antiguos

[a] H. tendrá. [b] C. R. ha ser.

PARTE I. CAPÍTULO XIII Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos

Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña; ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Zerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando[a], que decia:

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos.

Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote.

Con gran atencion iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quixote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido deste su nacimiento, y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamás á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso[b]. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que después parecio, eran cual de tejo y cual de ciprés. Entre seis dellos traian unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de

[a] L. Rolando.

[b] H. aunque la tenia de gente del Toboso. [H. dice en su nota que '*no es esta variante de las más necesarias.*' ¡ Efectivamente!]

Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo, que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortésmente, y luego Don Quixote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto vestido[a] como pastor, de edad al parecer de treinta años ;—y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados ; y así los que esto miraban, como los que abrian la sepultura, y todos los demás que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron, dijo á otro: Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que[b] quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida, y aquí en memoria de tantas desdichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don Quixote y á los caminantes, prosiguió diciendo : Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo

[a] 2. V. B. 3. &c. y vestido.
[b] 1. [por descuido] om. *que*.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos

lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado: rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes; cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.

De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en execucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, qui si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos[a] la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de reme-

[a] H.[2] Ha poco supimos.

dialla si pudiéramos, te rogamos, o discreto Ambrosio, á lo menos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.

Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo: Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de abrasar[a] los que quedan es pensamiento vano.

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada.*

Oyólo Ambrosio, y dijo: Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura.

Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia:

CAPÍTULO XIV

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.

1. abrigar. 2. 3. V. B. A. H. H.[2] M. quemar. [' *Abrigar*,' claramente errata por *abrasar*; véase seis líneas más arriba, 'dejando de *abrasar* estos papeles,' y cap. xiv. pág. 116 '*abrasados* los papeles.']

Y al par de mi deseo, que se esfuerza
Á decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oido,
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir[a] del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro[b] de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable;
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arullar; el triste canto
Del envidiado[c] buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera.
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas;
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;
Ó ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,

---

[a] 1. El rigor. 2. &c. El rugir.
[b] 1. 2. V. B. 1637-47-62-68. Balando. 3. A. &c. Baladro. [Enmienda muy discutible.]
[c] A. M. enviudado. H.[2] infamado. [Enmienda que su autor rechaza en sus notas.]

Ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Libio[a] llano;
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desden; atierra la paciencia,
Ó verdadera ó falsa, una sospecha;
Matan los celos con rigor más fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta[b] inevitable muerte:
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Celoso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
No[c] yo desesperado la procuro;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro celo[d] está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas,
¡O amarga conversion! ¿verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh en el reino de amor fieros tiranos

[a] 1. 2. V. B. libro. 3. P. A.[2] Nilo. A. libre. C. Libio.
[b] 1. cuenta. 2. &c. cierta. [c] 1. 2. V. B. A. M. No. 3. A.[2] &c. Ni.
[d] H. si el duro ceño. H.[2] si el desengaño.

Celos! ponedme un hierro en estas manos,
Dame, desden, una torcida soga:
¡Mas ay de mí! que con cruel victoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es más libre el alma más rendida
Á la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace.
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene;
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza[a] á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De cómo alegre á tu rigor me ofrezco,
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.

---

[a] R. mueve.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio traya[a] su buitre, y asímismo
Con su rueda Egion[b] no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.

Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta[c] su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó, dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. Á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los más escondidos pensamientos de su amigo : Para que, señor, os satisfagais de su[d] duda, es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien él[e] se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así

---

[a] 1. traya. 2. V. B. 3. &c. trayga. [b] H.[2] Ixïon.
[c] 1. 2. V. B. 3. &c. aumentas. C. aumenta.
[d] 1. de su. 2. [y todas las demás.] desa. [e] 2. &c. om. *él.*

le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo: ¿ Vienes á ver por ventura, o fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado[a] Nero[b], el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Tarquino[c]? Dínos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que más gustas; que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

No vengo, o Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun

[a] 1. 2. V. B. despiadado. 3. &c. desapiadado.
[b] H. H.[2] M. Neron.
[c] H. H.[2] su padre Servio Tulio.

vosostros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decís y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso,[a] á amar á quien le ama; y más que podria acontecer[a] que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras[b] enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habian[c] de parar; porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es

[a] B. om. *á amar . . . acontecer*. [b] L. C. H. las hermosuras. [c] A.[2] &c. habrian.

PARTE I. CAPÍTULO XIV Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos

amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que, por sólo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. Á los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el fin de ninguno dellos,[a] bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa.[b] Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo, aun hasta ahora, no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion, es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan, de su[c] particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno

[a] [Según la opinión de la Academia (1780-1819), 'sobran las palabras *el fin de ninguno dellos*, ó, lo que es más regular, faltan otras.' La conjetura es poco verisímil.] H. H.[2] el sí de ninguno dellos.

[b] H. H.[2] que de su culpa se me dé á mí la pena.

[c] H. H.[2] en su.

debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los[a] buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á este, ni solicito aquel,[b] ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.

Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discrecion como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por Don Quixote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo: Ninguna persona, de cualquier[c] estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes[d] razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisós-

[a] H. H.[2] no los.
[b] L. C. á aquel.
[c] A. &c. cualquiera.
[d] 3. A.[2] C. om. *y suficientes*.

PARTE I. CAPÍTULO XIV Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos

tomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola[a] la que con tan honesta intencion vive.

Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quixote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera :

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras,[b] que en cada calle tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despejado[c] todas aquellas sierras de ladrones malandrines,[d] de quien era fama

[a] H. pues es menester que en el halle estima. H.[2] pues merece que él halla estima.
[b] H. acomodado para aventuras.
[c] 1. [y todas las demás] despojado [Véase cap. xxxviii. 'despejan los mares,' pág. 379.]
[d] H[2]. ladrones y malandrines.

que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle más, sino tornándose á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quixote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

CAPÍTULO XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Iangüeses.[a]

CUENTA el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quixote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron.

[a] 2. V. B, 3. &c. gallegos. [H. dice que en este capítulo, 'donde habia de leerse *yangüeses*, se halla impreso, una porcion de veces, *gallegos*.' ¿Porqué 'habia'? Tampoco 'una porcion de veces,' sino todas que son cinco. Omitimos antes de 'Capítulo xv.' el encabezamiento '*Tercera parte del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.*']

PARTE I. CAPÍTULO XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Iangüeses

No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme,[a] que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros gallegos, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quixote, era muy á propósito de los gallegos. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así, como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á[b] su dueño, tomó un trotico[c] algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debian de tener más gana de pacer que de ál, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas,[d] y quedó sin silla en pelota: pero lo que él debió más de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto Don Quixote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo Don Quixote á Sancho: Á lo que yo veo, amigo Sáncho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros[e] sino uno y medio?

Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote, y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los gallegos, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del exemplo de su amo; y á las primeras dió Don Quixote

---

[a] H. H.[2] que muy pocas veces duerme.

[b] 1. [por descuido] om. *á*.

[c] 2. V. B. 3. &c. trotillo.

[d] H[2]. que á pocos lances le rompieron.

[e] C. H. H.[2] y aun quizá no somos. [*nosotros* parece repitición mecánica. H. Véase cap. xli. pág. 411].

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Iangüeses

una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda.

Los gallegos, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quixote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aun no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los gallegos el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: Señor Don Quixote, ¡ ah señor Don Quixote!

¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quixote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas.

Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió Don Quixote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa), la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.

¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza.

De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quixote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que, en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas que se me diese

PARTE I. CAPÍTULO XV
Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Iangüeses

este castigo; por lo cual, Sancho Panza,[a] conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno.

Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar: así que séale á vuestra merced támbien aviso (pues no puede ser mandato), que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó[b] baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptar estado ni condicion alguna.

Lo cual oido por su amo, le respondió: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonas[c] las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué seria de tí, si ganándola yo te hiciese señor della, pues lo vendrás[d] á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío? Porque has de saber que en los reinos y pro-

---

[a] 2. V. B. 3. &c. por lo cual, hermano Sancho.
[b] H. H.2 ora.
[c] 1. llevandonos 2. llenandonos.
[d] H. H.2 vendrias.

vincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tengan[a] temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquiera[b] acontecimiento.

En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento: jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y sino fuese porque imagino, ¿que digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aquí me dejaria morir de puro enojo.

Á esto replicó el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que la

---

[a] 1. 2. V. B. tengan. 3. &c. tenga.

[b] 2. &c. qualquier.

PARTE I. CAPÍTULO XV Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Iangüeses

vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está[a] en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia ; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias ; porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio ; y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice que, habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, y[b] al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo ; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos ; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas : que si el zapatero da á otra con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal.

No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase

---

[a] H. están.

[b] H. om. y.

en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que la [a] muerte no le consuma.

Pues ¿ qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas [b] en buen término siquiera.

Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quixote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que, á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de [c] qué maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tan buen [d] caballero andante; [e] de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.

Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo Don Quixote : dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y más que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

---

[a] 1. om. *la*.
[b] H. H². ponernos.
[c] H. H.² om. *de*.
[d] 1. tan buen. 2. &c. tambien
[e] H. H². caballería andante.

PARTE I.
CAPÍTULO XV
Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Iangüeses

Verdad será que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho ; pero hay grande [a] differencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. Á lo cual respondió Don Quixote : Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan ; así que, Panza amigo, no me repliques más ; sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme, de la manera que más te agradare, encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado.

Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.

Eso es, dijo Don Quixote, cuando no pueden más, ó cuando están enamoradas [b] y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadís, cuando llamándose Beltenebrós se alojó en la Peña Pobre,[c] ni sé [d] si ocho años ú ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta ; basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana : pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.

Aun ahí seria el diablo, dijo Sancho ; y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse ; y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia : levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos

[a] R. gran. [b] H.[2] están desfavorecidos en sus amores.
[c] 1. Peña Polio. 2. &c. Pena Pobre. [d] H. H.[2] no sé.

hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin más averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

EL ventero, que vió á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus próximos; y así acudió luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asímismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demás faltas: no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el[a] cual

[a] I. en la cual. A. en el cual.

tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quixote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quixote, que sólo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban [a] de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quixote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana: y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dijo que aquello más parecian golpes que caida.

No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal; y tambien le dijo: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos.

¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer?

No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

Bien podra [b] ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido.

Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con poco menos cardenales que mi señor Don Quixote.

¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes.

---

[a] 1. semejanza. 2. &c. semejaban. [b] 1. 2. V. B. podra. 3. podria.

Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.

¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras [a] se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendria [b] dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado?

Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es, que si mi señor Don Quixote sana desta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quixote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: Creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: sólo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare: y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que

---

[a] P. dos paletas.

[b] 1. tendria. 2. &c. tendra.

PARTE I. CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo

todas se encaminaban á ofrecimientos[a] y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanse y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza, que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que sólo contenia una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran[b] doce, lucios, gordos[c] y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete[d] Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras,[e] no las quiso pasar en silencio: de donde podran tomar exemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más sustancial de la

---

[a] 1. 2. V. B. 3. ofrecimiento. C. ofrecimientos.
[b] H^2. y que eran.
[c] A. muy gordos.
[d] 1. 2. V. B. Cide Mahamete.
[e] 1. 2. V. H. rateras. 3. A^2. raras [corr. dañosa].

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo

obra. ¡ Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas ! y ¡ con qué puntualidad lo describen todo !

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas ; y Don Quixote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que, colgada en medio del portal, ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de sus desgracias, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden ; y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza : y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama[a] Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero ; pero apenas llegó á la puerta, cuando Don Quixote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su fermosa

---

[a] A. A². dueña [' como en otros varios pasages escribe siempre el autor *dueña* Quintañona ha creido la Academia que debe corregirse en este.']

doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Quixote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol oscurecia; y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático;[a] y finalmente él la pintó en su imagniacion de la misma traza y modo que lo habia[b] leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al malferido caballero, vencida[c] de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir:

Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible, y más que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la simpar Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse

---

[a] H². le pareció un olor suave y aromatico que arrojaba de su boca.

[b] 1. 2. V. B. 3. &c. traza y modo lo que habia. A². traza y modo que lo habia. H². traza y modo que él habia.

[c] 2. V. B. 3. &c. vencido.

tan asida de Don Quixote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coíma por la puerta la sintió; estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quixote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia,[a] y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendio: ¿Adónde estás, puta? Á buen seguro que son tus[b] cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero á la lumbre del candil del ventero cuál andaba su dama, dejando á Don Quixote acudió

[a] H. aunque mal ya dormia.

[b] 1. tres. 2. &c. tus.

á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á el, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á oscuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asímismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: Ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad; y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de Don Quixote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: ¡ Favor á la justicia! Pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo: Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados[a] Don Quixote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quixote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea,[b] donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero[c] otro candil.

---

[a] R. los dos desventurados.

[b] H². y fuele forzoso al cuadrillero acudir á la chimenea.

[c] H². om. *el caudrillero.*

DE LA MANCHA

CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó[a] que era castillo.

HABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes habia llamado[b] á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

¿Qué tengo de dormir pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.

Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quixote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber . . . mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

Sí juro, respondió Sancho.

Dígolo, replicó Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta después de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana.

¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad?

No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas.

Sea por lo que fuere, dijo Don Quixote, que más fio de tu amor y de tu cortesía; y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras

---

[a] H². pensó Don Quixote.

[b] M. hablado. H². dia antes le habia llamado á él su escudero.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta

que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡ Qué te podria decir del adorno de su persona ! ¡ Qué de su gallardo entendimiento ! ¡ Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mí señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio ! Sólo te quiero decir, que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los gallegos [a] por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes : por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí.

Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado [b] á mí, de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿ cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos ? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho ; pero yo ¿ qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida ? ¡ Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte !

¿ Luego tambien estás tú apporreado ? respondió Don Quixote.

¿ No le he dicho que sí, pese [c] á mi linaje ? dijo Sancho.

No tengas pena, amigo, dijo Don Quixote, que yo haré

---

[a] 1. gallegos. 2. &c. arrieros [véase la nota, cap. xv. pág. 117].
[b] 2. &c. om. *á mí*.
[c] 1. pesia. 2. pese.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta

ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: Señor, ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero?

No puede ser el moro, respondió Don Quixote, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no, díganlo mis espaldas.

Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quixote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aun Don Quixote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: Pues ¿cómo va, buen hombre?

Hablara yo más bien criado, respondió Don Quixote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dió á Don Quixote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado;[a] y como todo quedó á oscuras[b] salióse luego, y Sancho Panza dijo: Sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

Así es, respondió Don Quixote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas,[c] que como son invisibles y fantásticas,[d] no hallaremos de quién vengarnos aunque más lo procuremos.

---

[a] H². le dejó medio descalabrado.
[b] H². con encantados.
[c] 1. ascuras. 2. &c. á escuras.
[d] H². fantasticos.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buenescudero Sancho Panza pasaron en la venta

Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á oscuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo,[a] le dijo : Señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso ; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quixote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion ; y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta pater-nostres y otras tantas ave-marías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion : á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió, de lo que no pudo caber en la

---

[a] H². paraba el diálogo.

alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido, casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas,[a] batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quixote, y él tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora ; y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado.

Viéndole así Don Quixote, le dijo : Yo creo Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí, que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho ¡ mal haya yo y toda mi parentela ! ¿ para que consintió que lo gustase ?

En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubria, fueron más de provecho : sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de

[a] P. sug. *riñas*. C. M. riñas.

PARTE I.
CAPÍTULO XVII
Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta

las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener; pero Don Quixote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta, asió de un lanzon[a] que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de más[b] de veiente personas: mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecia que lo[c] arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor[d] que sentia en las costillas, á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen, sólo he menester que vuestra

---

[a] H. trancon. H². su trancon.
[b] H². om. *más*.
[c] 1. le. 2. &c. lo.
[d] A². C. de dolor.

merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

¿Luego venta es esta? replicó Don Quixote.

Y muy honrada, respondió el ventero.

Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quixote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra.

Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió Don Quixote, y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzon,[a] se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho.

El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recibido, no

[a] H. terciando su trancon ó lanzon.

PARTE I.
CAPÍTULO XVII
Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta

pagaria un solo cornado aun que le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenia por límite el cielo; y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose[a] á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos: mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su

---

[a] 1. determinándose. 2. &c. deteniéndose.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buenescudero Sancho Panza pasaron en la venta

asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo por ser más fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo : Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará : ves, aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas, sanarás sin duda.

Á estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores : ¿ Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche [a] ? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí. Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno ; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y así, lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó menos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

---

[a] H. H². quedaron de antes.

DON QUIXOTE

CAPÍTULO XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGÓ Sancho á su amo marchito y desmayado tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quixote, le dijo: Ahora acabo de creer, Sancho bueno,[a] que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones[b] y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de la[c] caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos: y lo que yo saco

[a] 1. 2. V. B. Sancho bueno. 3. Sancho el bueno.

[b] 1. Tellones. 2. &c. follones.

[c] 2. &c. om. *la*.

en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho; y lo que seria mejor y más acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, déjandonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.

¡Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quixote, de achaque de caballeria! Calla, y ten paciencia, que dia[a] vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este exercicio; si no, díme ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna.

Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquella, salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quixote: pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el caballero de la Ardiente Espada, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y

[a] 1. De ay vendra. 2. &c. dia vendra.

vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos.

No temas eso, Sancho, dijo Don Quixote, que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios iban Don Quixote y su escudero, cuando vió Don Quixote que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho, y le dijo: Este es el dia, o Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada[a] de un copiosísimo exército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.

Á esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asímismo otra semejante polvareda.

Volvió á mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos exércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos differentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran exércitos, que Sancho lo vino á creer, y á decirle: Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?

¿Qué? dijo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este

---

[a] H². causada.

otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantes, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

Pues ¿ por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sanchó.

Quiérense mal, respondió Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.

Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿ pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el [a] entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

Así es verdad, dijo Don Quixote: lo que puedes hacer dél, es dejarle á sus aventuras, ora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos exércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos exércitos.

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se vieran [b] bien las dos manadas que á Don Quixote se le hicieron exércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los

[a] 1. 2. &c. en. 1647. el.

[b] 1. vieran. 2. &c. verian.

pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata : el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia : el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro exército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau* :[a] que es el principio del nombre de su dama, que, segun se dice, es la simpar Miaulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo[b] del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparrraguera, con una letra en castellano, que dice así : *Rastrea mi suerte.* Y desta manera fué nombrando muchos caballeros[c] del uno y del otro escuadron, que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura. Y sin parar prosiguió diciendo : Á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones : aquí están los que beben[d] las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos[e] que pisan los masílicos campos,

---

[a] 1. 2. Miau. 3. Miu.
[b] H. H². Esparraguilardo.
[c] H. H². caballeros y gigantes.
[d] 1. bebian. 2. &c. beben.
[e] 1. mentuosos. 2. &c. mentuoses.

los que cubren [a] el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los númidas dudosos en sus promesas, los persas en [b] arcos y flechas famosas, los [c] partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos xerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡ Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos ! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: Señor, encomiendo al diablo, hombre [d] ni gigante ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo menos yo no los veo, quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

¿ Cómo dices eso? respondió Don Quixote, ¿ no oyes el

---

[a] 1. cubren. 2. &c. criban [¿ *cubren* errata por cobran? Cribar 'oro finísimo y menudo' sería perderlo.]
[b] 1. om. *en*. [c] 1. om. *los*. [d] H². si hombre.

PARTE I. CAPÍTULO XVIII Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote

relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores ?

No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros ; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

El miedo que tienes, dijo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son ; y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda ; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole : ¡ Vuélvase vuestra merced, señor Don Quixote, que voto á Dios, que son carneros, y ovejas las que va á embestir, vuélvase ! ¡ Desdichado del padre que me engendró ! ¡ qué locura es esta ! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados :[a] ¿ qué es lo que hace ? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quixote, antes en altas voces iba diciendo : Ea, caballeros, los que seguís y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos ; vereis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello ; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes :[b] ¿ Adónde estás, soberbio Alifanfaron ? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dán-

[a] H. H². azules ni entreverados.

[b] 3. sup. *decia.*

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote

dole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó malferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza, y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses [a] muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase los barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿No le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos, sino manadas de carneros?

Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno [b] que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he

---

[a] 1. 2. V. B. 3. &c. cargaron de las resas. C. om. *de*. H². cargaron con las resas.

[b] 1, 2. V. B. 3. Maglimo. 1647. maligno.

menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué a tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con qué curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuése adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo: Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas.

PARTE I. CAPÍTULO XVIII Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote

¿Cómo no? respondió Sancho, ¿por ventura el que ayer mantearon[a] era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan[b] con todas mis alhajas, son de otro que del mismo?

¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho? dijo Don Quixote.

Sí que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos qué comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas, que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados andantes caballeros[c] como vuestra merced es. Con todo eso, respondió Don Quixote, tomara yo ahora más aína un cuartel de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.

De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quixote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real,[d] como si fuera graduado por la universidad de París; de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados; que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

---

[a] H. H². el que allá mantearon. [b] H. H². alforjas que aquí me faltan.
[c] 1. andantes caballeros. 2. &c. caballeros andantes.
[d] L. H. un camino real.

Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quixote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dáme acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: ¿ Cuántas muelas solia vuestra merced tener en este parte?

Cuatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna.

Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

¡ Sin ventura yo ! dijo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la cabaliería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho; y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor le las quijadas de Don Quixote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertille diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dira en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Melandrino, ó como se llama el moro : que no me acuerdo bien.

Tienes mucha razon, Sancho, dijo Don Quixote ; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta ; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo.

Pues ¿juré yo algo, por dicha? respondió Sancho.

No importa que no hayas jurado, dijo Don Quixote : basta, que yo entiendo que de participante no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.

Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento ; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello, era que perecian de hambre : que, con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta

desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna oscuridad ; pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que, por el mismo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo : tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello ; y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecian ; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quixote, el cual, animándose un poco, dijo : Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

¡ Desdichado de mí, respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo ! ¿ adónde habrá costillas que la sufran ?

Por más fantasmas que sean, dijo Don Quixote, no consentiré yo que te toquen [a] en el pelo de la ropa ; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral ; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada.

Y si la encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿ qué aprovechará estar en campo abierto ó no ?

Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho ; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser ;

---

[a] 1. 2. V. B. 3. &c. toque. A. toquen.

y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana, y creció más el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban:[a] iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto á Don Quixote, que ya[b] Sancho habia dado al través con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun malferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca, alzó la voz, y dijo: Detenéos, caballeros, ó[c] quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais; que, segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester

---

[a] H. 'y de alli á muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente descubrieron que detrás de los encamisados venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas; que bien advirtieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban.' [H². tiene la misma lección, con la sola diferencia de que escribe '*conocieron*' en vez de '*advirtieron*'].

[b] H². y así fue, que ya Sancho habia dado.

[c] 2. 3. A. &c. om. *ó*.

que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís; y picando la mula, pasó a delante.

Sintióse desta respuesta grandemente Don Quixote, y trabando del freno, dijo:[a] Deteneos y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo.[b] Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quixote, el cual ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzon, arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió[c] con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba: que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asímismo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover; así que, muy á su salvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese: si no, que le mataria.

---

[a] H. H². trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella.
[b] H. H². dió con su dueno y consigo en el suelo.
[c] H. H². arremetió al mozo enlutado y mal sufrido, y dió &c.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto

Á lo cual respondió el caido: Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

Pues ¿quién diablos os ha traido aquí, dijo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia?

¿Quién, señor? replicó el caido; mi desventura.

Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quixote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunte.

Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

¿Y quien le mató? preguntó Don Quixote.

Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller.

Desa suerte, dijo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si á mí mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida; y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera, que me

quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

No todas las cosas, respondió Don Quixote, suceden de un mismo modo. El daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto: que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.[a]

Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

Hablara yo para mañana, dijo Don Quixote, ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo[b] lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar el señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y Don Quixote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle[c] hecho.

Díjole tambien Sancho: Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura.*

---

[a] H. H². tuve sin duda.

[b] H. Halló Sancho un talego ó costal en la acémila y recogiendo todo. H². Hizo Sancho costal de una loba que hallo en el suelo, y recogiendo todo.

[c] H². haberles.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto

Con esto se fué el bachiller[a] . . . Olvidábaseme de decir que advierta[b] vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud si quis suadente diabolo*, etc.

No entiendo ese latin, respondió Don Quixote; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto más que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Diaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra.

Y Don Quixote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entonces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto: y débelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

No es eso, repondió Don Quixote, sino que al[c] sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros

---

[a] [Á este punto en la primera edición, y en todas, menos las de Hartzenbusch, sigue el pasaje: '*y Don Quixote preguntó á Sancho que qué le habia movido . . . como habia imaginado.*' Es manifiesto que, por algun descuido ó casualidad hubo una transposición de clausulas que se ha rectificado en esta edición. El editor de la segunda procuró remediarlo, borrando las palabras '*Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda*' é imprimiendo lo siguiente: '*y díjole: yo entiendo, Sancho, que queao.*' De esta manera el editor atribuye á Don Quixote lo que decía el Bachiller. Véase la *Introducción*, pag. xx-xxiv.]

[b] H. Olvidábaseme de decir que antes dijo á Don Quixote: advierta.

[c] 1. &c. el. C. al.

pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquel *de las Doncellas*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua, y en el pensamiento ahora, que me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante: y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.

No hay para qué gastar tiempo[a] y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin más ni más, y sin otra imágen ni escudo le llamarán *el de la Triste Figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse Don Quixote del donaire de Sancho, pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado.

Quisiera Don Quixote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen en qué entender[b]: el jumento está como conviene, la montaña cerca,[c] la hambre carga; no hay que hacer sino[d] retirarnos con gentil compás de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió; y

---

[a] 3. A. P. A². No hay para qué, señor, querer gastar tiempo.
[b] 3. A. A². &c. nos diesen muy bien en que entender.
[c] 3. &c. la montaña es cerca.
[d] 3. &c. hacer mas sino.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto

á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XX

De la jamás vista ni oida aventura, que con más poco peligro fuê acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.

NO es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos[a] mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba, á tiento, porque la oscuridad de la noche no les dejaba[b] ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus

---

[a] 1. podamos. 2. V. B. 3. &c. podremos.

[b] R. deja.

oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con [a] un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran [b] pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar [c] entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero Don Quixote acompañado [d] de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon, y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y de-

---

[a] R. y con.
[b] 1. 2. V. B. 3. que pusieran. L. om. *que*.
[c] H. H². estar.
[d] H². aconsejado.

rrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos ; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras ; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que, aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate adiós, y espérame aquí hasta tres dias no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decille : Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura : ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias ; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes. Cuanto más, que yo he oido predicar [a] el cura de nuestro lugar, (que vuestra merced bien conoce) [b] que quien busca el peligro perece en él : así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro ; y bastan los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra, y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer

---

[a] 3. P. A². C. oido muchas veces predicar.
[b] 3. P. A². C. muy bien conoce.

más y no menos ; pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado ; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana : que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.

¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quixote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna?

Así es, dijo Sancho ; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco [a] de aquí al dia.

Falte lo que faltare, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero, y así te ruego, Sancho, que calles : que Dios, que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza : lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia, si pudiese : y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de manera que cuando Don Quixote

[a] H. H^2. que falta poco.

se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar[a] y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quixote, y por más que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

No hay que llorar, respondió Sancho: que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

¿Á qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo Don Quixote. ¿Soy yo por aventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres: que yo haré lo que viere que más viene con mi pretension.

No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban.

Díjole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido: á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oia; pero, con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las

---

[a] H^2. así pues querer porfiar.

historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: *y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan.

Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado.

Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastoar llamada Torralva, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico. . . .

Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dílo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.

De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida[a] que haga usos nuevos.

Dí como quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos de bigotes,[b] que parece que ahora la veo.

¿Luego conocístela tú? dijo Don Quixote.

---

[a] 1. pide. 2. &c. pida.

[b] 2. V. B. 3. &c. unos pocos vigotes.

No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo : así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad ; y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado ; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesen jamás : la Torralva, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, más que nunca le habia querido.

Esa es natural condicion de mujeres, dijo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere y amar á quien las aborrece : pasa adelante, Sancho.[a]

Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal : la Torralva que lo supo, se fué tras él, y seguíale á pie y descalza desde lejos, con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba (segun es fama), un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara. Mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, sólo diré [b] que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas : mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y

[a] 3. &c. om. *Sancho.* [b] 1. diere. 2. &c. diré.

PARTE I.
CAPÍTULO XX
De la jamás vista ni oida aventura, que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo

pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta en[a] las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte establa lleno de cieno y resbaloso; y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto, volvió por otra cabra, y otra[b] y otra.

Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quixote; no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.

Yo ¿qué diablos sé? respondio Don Quixote.

Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento: que no hay que pasar adelante.

¿Cómo puede ser eso? respondió Don Quixote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que, si se yerra una del número, no puedes seguir adelante con la historia?

No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mismo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud[c] y contento.

¿De modo, dijo Don Quixote, que ya la historia es acabada?

Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

Dígote de verdad, respondió Don Quixote, que tu has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento.

Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo

---

[a] 1, 2. V. B. en. 3. con. [b] L. otras. [c] H². de mucha verdad.

De la jamás vista ni oida aventura, que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo

de mi cuento no hay más que decir : que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante.

Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo : tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio[a] de la mañana, que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él ; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible ; y así lo que hizo por bien de paz, fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos : tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, (que no eran muy pequeñas). Hecho esto (que él pensó que era lo más que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia ; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo, al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo.

Oyólo Don Quixote, y dijo : ¿ Qué rumor es ese, Sancho ?

No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva[b] debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.[c] Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi

---

[a] H. H². del frio. [b] H². alguna cosa mala. [c] H². para poco.

por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

Sí tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quixote.

Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quixote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas (con perdon suyo) no las sabia hacer. Viendo, pues, Don Quixote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos, que ellos [a] eran castaños que hacen la sombra muy oscura: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quién lo podia causar, y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo más largo, como yo otra vez se lo habia dicho, y

[a] 2. &c. om. *ellos.*

que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que, en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad, del tiempo que hubiese servido ; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy más que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. (Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor[a] desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo.) Cuyo sentimiento enterneció algo á su amo ; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna : antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pie, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas ; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo, que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quixote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de

[a] H[2]. sacó el segundo autor.

Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche[a] los habia tenido, y eran (si no lo has, o lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando Don Quixote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa, con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quixote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga: Has de saber, o Sancho amigo, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quixote dijo la vez primera que oyeron los temorosos golpes. Viendo, pues, Don Quixote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si, como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos.

Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo.

Pues porque os burlais no me burlo yo, respondió Don

---

[a] R. la dicha noche.

De la jamás vista ni oida aventura, que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo

Quixote. Veníd acá, señor alegre, ¿ paréceos á vos que si, como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿ Estoy yo obligado, á dicha, siendo, como soy, caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batan[a] ó no? Y más, dijo,[b] que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis[c] visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

No haya más, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía: pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿ no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? Á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas.

Á lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme: pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar; y más, que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme.

Tal podria correr el dado, dijo Don Quixote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues

---

[a] 1. batan. 2. &c. batanes. [b] 2. &c. om. *dijo*. [c] R. habeis.

eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre ; y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado commigo, que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamás he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia : tuya en que me estimas en poco ; mia en que no me dejo estimar en más : sí, que Gandalin, escudero de Amadís de Gaula, conde fué de la ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*. Pues ¿ qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sólo una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero ; así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro : las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho.

Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho ; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios)[a] cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albañir.

No creo yo, respondió Don Quixote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced ; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podia[b] suceder ; que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro

---

[a] H. H². acudir á lo de los salarios. [b] 1. 2. V. B. 3. podia. A. A². podria.

mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él[a] no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.

Desa manera, replicó Don Quixote, vivirás[b] sobre la haz de la tierra, porque después de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

EN esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes;[c] mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pesada[d] burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él[e] apenas le hubo visto, cuando se volvió[f] á Sancho y le dijo: Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra otra se abre.

[a] H². que en este. [b] H. vivirás largamente. H². vivirás largo tiempo.
[c] H. se entraran en el ínterin en los batanes. H². se entraran en las casillas de los batanes. [d] 1. 2. V. B. pesada. 3. &c. pasada.
[e] B. H. om. *aun él.* [f] H². cuando alegre se volvió.

PARTE I. CAPÍTULO XXI Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

Dígolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la oscuridad de la noche: digo esto porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar [a] y aporrear el sentido.

Válate el diablo por hombre, replicó Don Quixote, ¿ qué va de yelmo á batanes ?

No sé nada, respondió Sancho, mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

¿ Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso ? dijo Don Quixote: díme, ¿ no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio, rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro ?

Lo que yo veo y columbro,[b] respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quixote: apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado.

Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes.

Ya os he dicho, hermano, que no me menteis, ni por pienso, mas eso de los batanes, dijo Don Quixote, que voto . . . y no digo más, que os batanee el alma.

Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es, pues, el

[a] 1. abatanar. 2. &c. batanar. [b] 3. &c. om. *yo*. H². yo veo ú columbro,

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

caso que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quixote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, sí;[a] y así el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una bacía de azófar: y quiso la suerte, que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase[b] el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion que[c] á Don Quixote le pareció caballo rucio, rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas la cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos: y cuando él vió que el pobre caballero[d] llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quixote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta[e] con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole[f] en las manos, dijo: Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedí; y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á

[a] 1. 2. V. B. junto á si. 3. 1637. junto á él sí. [b] H². mojase.
[c] H². la ocasion por que. [d] H. H². él pobre barbero.
[e] 1. 2. V. harta. B. 3. &c. corta. [f] 1. &c. tomándole. 3. tomándola.

PARTE I. CAPÍTULO XXI Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba dijo: Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.

¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quixote.

Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía[a] de barbero pintiparada.

¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famoza pieza deste encantado yelmo, por alguno extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad[b] para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere; que para mí, que la conozco, no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere: que más vale algo que no nada, cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria.

Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora:

---

[a] 1. 2. B. 3. no semeja si una bacía. V. no semeja sino una bacía. L. que semeja á una bacía.

[b] B. om. *otra* [Enmienda buena como muchas de la edición de Bruselas.] H. H². la una mitad.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

cuanto más, que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada; que semejantes desgracias mal se pueden prevenir: y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo, qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo: que, á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena, la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes.

Y dijo Sancho: pase por burlas,[a] pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas.[b] Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio, rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó: que, segun él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás, y ¡para mis barbas si no es bueno el rucio!

Nunca yo acostumbro, dijo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja

---

[a] 1. 2. V. 3. Y dijo Sancho por burlas. B. L. A. Y dijo Sancho: pase por burlas.

[b] H. H.[2] nunca se me quitarán de las espaldas los estacazos de los yangüeses.

PARTE I. CAPÍTULO XXI Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea: que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él.

Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro. Y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera.

En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quixote: y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.

Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi misma persona, no los hubiera menester más; y luego, habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de[a] las sobras del real que del acémila despojaron; bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirallos, tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en[b] que les habian puesto; cortada pues la cólera[c] y aun la melancolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía. Con todo esto, volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo: Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograse.

Díla, dijo Don Quixote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.

---

[a] 3. &c. om. *de*.

[b] 2. V. B. 3. &c. om. *en*.

[c] 1. cortada pues la cólera. 2. V. B. 3. que cortada la cólera. C. y cortada la cólera.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento : que visto esto del señor á quien serviéremos,[a] por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos ; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria : de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles ; aunque sé decir, que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones.

No dices mal, Sancho, respondió Don Quixote ; mas antes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo, como en aprobacion,[b] buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces diciendo : Este es el caballero del Sol ó de la Serpiente,[c] ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas : este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza ; el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años : así que, de mano en mano irán pregonando sus [d] hechos, y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará [e] á las fenestras de su real palacio el

[a] 2. &c. serviremos.
[b] H². probacion.
[c] 1. 2. V. B. Sierpe. 3. &c. Serpiente.
[d] 1. tus. 2. &c. sus.
[e] L. parecera.

rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: Ea sus, salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, á recibir á la flor de la caballería que allí viene; á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se pueda [a] hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana; y sin saber cómo ni cómo no,[b] han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton [c] de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detrás del enano viene con cierta aventura [d] hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare [e] sera tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno

---

[a] 1. pueda. 2. &c. puede.

[b] 1. sin saber como ni como. 2. V. B. 3. 1637. &c. como ni como no [véase cap. xlv. pág. 444.]

[c] 1. &c. manto. 1668. manton. [El impresor olvidó poner la tilde en la *o*. Lo mismo sucedió en cap. xxx. de la segunda Parte con *figuro*=*figuron*.]

[d] H. cierta adivinanza. H.[2] cierta armadura.

[e] H. la acertare. H.[2] al que le asentare.

le dará fin y cima, sino [a] el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que la face; y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme,[b] por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba.[c] Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos: y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar [d] la vida. Vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina y de la infanta; dícenle,[e] habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de

[a] H. le dara significacion, sino. H.[2] ninguno se dara maña a ponérsela encima, sino.
[b] H. H.[2] por las rejas del aposento donde ella duerme que caen á un jardin.
[c] C. R. fia.
[d] H[2]. que estará para acabar.
[e] 3. P. A[2]. diciéndole.

PARTE I. CAPÍTULO XXI
Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene, es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no : asegúrala[a] la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave : consuélase[b] con esto la cuitada, procura consolarse[c] por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas : vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios : no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa : muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero, en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado : casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura*.

No lo dudes Sancho, replicó Don Quixote, porque del mismo modo[d] y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores: sólo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se

---

[a] 3. A. P. A². C. H². asegura. H. asegurara.
[b] H. contiénese con esto. H². procura contenerse.
[c] 2. &c. y procura consolarse. B. L. y procura allegrarse.
[d] 1. 2. V. B. 3. om. *modo*. 1637. mismo modo.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podia [a] hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos; así que, por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propriedad, y de devengar [b] quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; [c] otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera, que está la differencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron; y podria ser yo destos que,[d] después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí entra el roballa y llevalla donde más gusto me diere: que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir: Más vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: dígolo, porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregalle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño, que en

[a] H. H². se podrá.
[b] 1. y he devengar. 2. &c. y de devengar.
[c] 1. L. pirámide puesta al revés. 2. V. B. 3. A. P. A². C. om. *puesta al revés.*
[d] H. y podria ser yo de suerte que.

tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa ; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.

Eso no hay quien lo [a] quite, dijo Don Quixote.

Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo [b] encaminare.

Hágalo Dios, respondió Don Quixote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene.

Sea par Dios, dijo Sancho ; que yo cristiano viejo soy, y para ser conde, esto me basta.

Y aun te sobra, dijo Don Quixote ; y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso : porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren : que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

Y ¡montas, que no sabria yo autorizar el litado! dijo Sancho.

Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo.

Sea así, respondió Sancho Panza : digo que le sabria bien acomadar, porque, por vida mia, que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la misma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.

Bien parecerás, dijo Don Quixote ; pero será menester que te rapes las barbas á menudo : que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

¿Que hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y

---

[a] 1. la. 2. &c. lo. [b] H². la.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

tenerle asalariado en casa? y aun si fuere menester, le haré que ande tras mí como caballerizo de grande.

Pues ¿cómo sabes tú, preguntó Don Quixote, que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos?

Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro,[a] sino que siempre andaba tras dél: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.

Digo que tienes razon, dijo Don Quixote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey y el hacerme conde.

Así será, respondió Don Quixote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII

De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

CUENTA Cide Hamete Benegeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia,[b] que después que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo XXI. quedan referidas, que Don Quixote alzó los ojos, y vió que

[a] 3. A. P. A^2. C. el otro hombre.
[b] H. H^2. dulce y nunca imaginada historia.

PARTE I. CAPÍTULO XXII
De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asímismo con ellos dos[a] hombres de á caballo y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con[b] dardos y espadas; y así como Sancho Panza los vido[c], dijo: Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras.

¿Cómo, gente forzada? preguntó Don Quixote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente?

No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras, de por fuerza.

En resolucion, replicó Don Quixote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan,[d] van de por fuerza y no de su voluntad

Así es, dijo Sancho.

Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la execucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por qué llevaban[e] aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su Majestad, que iba á galeras, y que no habia más que decir, ni él tenia más que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia; añadió á estas, otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: Aunque llevamos aquí el

[a] H. H². tres.
[b] H. H². uno de á caballo con escopeta de rueda, y los demas con.
[c] H. H². vió.
[d] H. H². esta gente, adonde los llevan.
[e] 1. 2. V. porque llevan. B. 3. llevaban.

registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenernos[a] á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue, y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren : que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que Don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió que por enamorado de aquella manera.[b] ¿Por eso no más? replicó Don Quixote; pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que, á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad : fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos[c] de gurapas, y acabóse la obra.

¿Qué son gurapas? preguntó Don Quixote.

Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó Don Quixote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico : mas respondió por él el primero, y dijo: Este, señor, va por canario : digo, por[d] músico y cantor.

Pues ¿cómo? repitió[e] Don Quixote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras?

Sí, señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

Antes he yo[f] oido decir, dijo Don Quixote, que quien canta, sus males espanta.

---

[a] 1. 2. 3. A. P. detenerles. A². C. detenernos.

[b] 2. &c. om. *de aquella manera.*

[c] 1. precisos. 2. V. B. precios. 3. A. P. A². C. años [*precisos* : probablemente frase de germanía: véase la *Introducción*, pág. xvi].

[d] 2. &c. digo que por músico. [e] H. H². replicó. [f] C. om. *yo*.

Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida.

No lo entiendo, dijo Don Quixote; mas una de las guardas le dijo: Señor caballero, cantar en el ansia se dice[a] entre esta gente non sancta confesar[b] en el tormento. Á este pecador le dieron tormento, y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; ya[c] va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque, dicen ellos, que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

Y yo lo entiendo así, respondió Don Quixote, el cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió, y dijo: Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados.

Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quixote, por libraros desa pesadumbre.

Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia, y basta.

Pasó Don Quixote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó

---

[a] H². cantar en el ansia significa.

[b] H. al confesar.

[c] 1. y. 2. &c. ya.

De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

á llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido, en pompa y á caballo.

Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

Así es, replicó el galeote, y la culpa porque le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo; en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asímismo sus puntas y collar de hechicero.

Á no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quixote, por solamente el alcahuete [a] limpio, no merecia él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas; porque no es así como quiera el oficio de alcahuete: que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia exercer sino gente muy bien nacida, y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como [b] corredores de lonja. Y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más ó ménos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca [c] experiencia, que á la más necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello: algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar. Sólo digo ahora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto [d] de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechi-

---

[a] H. H². el alcahueteo. [b] R. y como. [c] 3. &c. muy poca.
[d] 1. 2. V. B. el adsunto de su hechicero. 3. el assunto de ser hechicero. 1637. L. el adjunto.

zos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa; en lo de alcahuete no lo puedo negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna.

Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito; el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardiá que el pasado:

Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay diablo[a] que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime[b] á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí; castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida: que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena

[a] 1. diablo. 2. &c. sumista. [Enmienda del censor, según H.]
[b] 1. viame. 2. &c. vime.

presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco; venia [a] diferentemente atado que los demás, porque traia una cadena al pie, tan grande, que se la liaba [b] por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pie-de-amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en las cuales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondió la guarda: Porque tenia aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir.

¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quixote, si no han merecido más pena que echarle á las galeras?

Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

---

[a] [La puntación es la de H. Las demás ediciones imprimen el pasaje de la manera siguiente: '*metia el un ojo en el otro; un poco venia,*' etc. Pero Ginés de Pasamonte no venia '*un poco*' (sino muy) '*diferentemente atado.*']
[b] H. le liaba.

Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá[a] alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

Pues ¿no te llaman así, embustero? dijo la guarda.

Sí llaman, respondió Ginés; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay más,[b] y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

Y le pienso quitar, dijo Ginés, si quedara en doscientos ducados.

¿Tan bueno es? dijo Don Quixote.

Es tan bueno, respondió Ginés, que ¡mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren! lo que le sé decir á voacé es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede[c] haber mentiras que se les[d] igualen.

Y ¿cómo se intitula el libro? preguntó Don Quixote.

La vida de Ginés de Pasamonte, respondió él mismo.

Y ¿está acabado? preguntó Don Quixote.

¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo Don Quixote.

Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Ginés; y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro: que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho

---

[a] 1. sabia. 2. &c. sabra. [b] 2. &c. más que desear. H². más que ver.
[c] 1. pueden. C. puede. [d] 1. le. C. les.

más[a] para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

Hábil pareces, dijo Don Quixote.

Y desdichado, respondió Ginés, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

Persiguen á los bellacos, dijo el comisario.

Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco; que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda: si no, por vida de . . . basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle, y viva bien y hable mejor, y caminemos: que ya es mucho regodeo este.

Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas: mas Don Quixote se puso en medió, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua. Y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: De todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa á mi ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes

[a] H. H². om. *más.*

PARTE I.
CAPÍTULO
XXII
De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz: que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas, anadió Don Quixote, que estos pobres no han comitido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado: Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza.

Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin[a] que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió Don Quixote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herrido de una lanzada; y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á Don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaba, y sin duda lo pasara mal, si los galeotos, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran,[b] procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia,[c] no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó

---

[a] L. essa bazia. [b] 1. procuran. 2. procuraran. [c] H. aguardaba. H². atendia.

Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes ; y así se lo dijo á su amo, y lo rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.

Bien está eso, dijo Don Quixote, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga ; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo : De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y unos de los pecados que más á Dios ofende, es la ingratitud. Dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habeis recibido ; en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados desa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad ; y hecho esto, os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo : Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese ser-

vicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á poneros en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

Pues voto á tal, dijo Don Quixote (ya puesto en cólera), don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llameis, que habeis de ir vos solo, rabo, entre piernas, con toda la cadena á cuestas.

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como de el querer darles libertad), viéndose tratar de aquella manera[a] hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas piedras[b] sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quixote, que no le ascertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas,[c] y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedazos;[d] quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querrian quitar, si las grebas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado

---

[a] 3. P. A². C. tratar mal y de aquella manera.

[b] 3. P. A². tantas y tantas piedras.

[c] H². en el espaldar.

[d] B. casi la hizo pedazos. 3. P. A². &c. la hizo casi pedazos.

de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quixote; el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos;[a] Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quixote mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPÍTULO XXIII

De lo que aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIÉNDOSE tan mal parado Don Quixote, dijo á su escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.[b]

Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creido, se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se[c] excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos.

---

[a] L. zumbavan á los oidos.

[b] H. H². esçarmentar desde aqui para adelante.

[c] 1. [por descuido] om. *se*.

Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quixote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamás en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribús de Israel, y á los siete Macabeos[a], y á Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á la esperanza,[b] y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa, que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame: que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.

Subió Don Quixote sin replicarle más palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia; cosa que

---

[a] 1. B. 1637. Macabeos. 2. V. 3. L. A. Bo. P. A². C. mancebos.
[b] H. H². sobrepuja á las fuerzas.

la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron[a] y buscaron los galeotes[b].

Así como Don Quixote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado; y así, iba tras su amo, sentado á la mujeriega sobre su jumento[c], sacando de un costal y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó los ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto, que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle[d], si fuese menester; y cuando llegó, fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban[e] tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos[f], y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada[g] con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della, vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, ó otras cosas de lienzo, no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen mon-

---

[a] H. lo que miraron.

[b] [Á este punto insertó el editor de la segunda tirada el lance del robo del rucio. Véanse nuestra *Introducción*, pág. xxvi.-xlii., y el *Apéndice* de este capítulo, pág. 210-211].

[c] B. L. yua tras su amo sacando de quando en quando de un costal (que Rozinante llevaba sobre si por falta del asno). 3. P. A². &c. cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio.

[d] B. L. En esto por ver que su amo estaba parado, procurando con la punta del lançon alçar no sé que bulto que estaba caido en el suelo, pasó de aquel lado para ayudarle.

[e] 1. 2. V. B. 3. pesaba. C. pesaban.

[f] M. Sancho le ayudase á tomarlos.

[g] H². la maleta estaba cerrada.

toncillo de escudos de oro, y así como los vió, dijo: ¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! Y buscando más, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió Don Quixote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por Don Quixote, dijo: Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines, le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.

No puede ser eso, respondió Sancho; porque, si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

Verdad dices, dijo Don Quixote; y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear[a] y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género más duro de tormento.
Pero, si Amor es Dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel; pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto:
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada; si ya

[a] H. rastrearlo.

De lo que aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan

no es que por ese hilo que está ahí, se saque el ovillo de todo.

¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quixote.

Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí *hilo*.

No dije sino Fili, respondió Don Quixote; y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte.

Luego ¿tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas?

Y más de lo que tú piensas, respondió Don Quixote; y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

Lea más vuestra merced, dijo Sancho; que ya hallará algo que nos satisfaga.

Volvió la hoja Don Quixote, y dijo: Esto es prosa, y parece carta.

¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho.

En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quixote.

Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho: que gusto mucho destas cosas de amores.

Que me place, dijo Don Quixote: y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera.

'Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á 'parte donde antes volverán á tus oidos las nuevas de mi 'muerte que las razones de mis quejas. Desechásteme, ¡o 'ingrata! por quien tiene más, no por quien vale más, que 'yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no en'vidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo 'que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella 'entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. 'Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que

PARTE I.
CAPÍTULO XXIII
De lo que aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan

'los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque 'tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome 'venganza de lo que no deseo[a].'

Acabando de leer la carta, dijo Don Quixote: Menos por esta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos y llorados los otros. En tanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia[b] ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento: y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero, como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de

---

[a] H. H². no poseo.

[b] H. H². negligencia.

mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo[a], la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian[b] unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pisacorto[c] y flemático. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle; y así, mandó á Sancho que se apease del asno, y[d] atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta priesa se les habia quitado de delante.

No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

Á lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe,

---

[a] H. H². medio desnudo. [b] H. H². los muslos le cubrian.
[c] 1. 2. V. B. 3. pisacorto. C. H². pasicorto.
[d] B. M. om. *se apease del asno y.*

hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco[a].

Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quixote: que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño[b], casi delante[c], estamos obligados á buscarle y volvérselo: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo. Y así, picó á Rocinante, y siguiòle Sancho con su acostumbrado jumento[d]; y habiendo rodeado[e] parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caida muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quixote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos que quién les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras, ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase; que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote estaba, dijo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que ha seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á[f] su dueño?

No hemos topado á nadie, respondió Don Quixote, sino á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

Tambien la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la

---

[a] 1. hacia franco. 2. &c. haria franco. [b] H. H². sospechas de tener el dueno.
[c] B. L. om. *casi delante.*
[d] B. Sancho a pié y consolado de la perdida de su jumento con la esperanza de los tres pollinos. 3. A². &c. Sancho a pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte.
[e] 1. 2. V. B. habiendole rodeado. 3. om. *parte de.* [f] A. A². om. *á.*

quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil, y debajo de los pies se levanta al hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.

Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho; que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se quede como se estaba: que no quiero perro con cencerro.

Decidme, buen hombre, dijo Don Quixote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas?

Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses, poco más ó menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojin y maleta que decís que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida: dijímosle que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entrais media legua más adentro, quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entonces nunca más le vimos, hasta que, desde allí á algunos dias, salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada, se llego[a] á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á emboscar[b] en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha

---

[a] 2. V. B. 3. &c. se allego. [b] 1. emboscar. 2. V. B. entrar [véanse, cap. xxiii., pág. 209, '*se emboscó corriendo*,' y cap. xxiv., pág. 219, '*á emboscarse*.']

mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortésmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle tambien, que cuando hubiese menester el sustento sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos ; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo, á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados[a], y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche ; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera, y cuál le veíamos entonces ; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona. Que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad : y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo ; porque, por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido. Mas él nos dió á

---

[a] H. H[2]. del asalto pasado.

entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados; y todo esto hacia diciendo: ¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste: estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámosele, pues, con no poca pesadumbre, y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos, que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma[a] á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos; y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mismo que vistes pasar con tanta ligereza

[a] H. H². si no la toma.

PARTE I.
CAPÍTULO XXIII
De lo que aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan

como desnudez (que ya le habia dicho Don Quixote cómo habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra): el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle.

Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció, por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado; sólo que, llegando cerca, vió Don Quixote que un coleto hecho pedazos, que sobre sí traia, era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales habitos traia no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire, le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí; y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuvo mirando, como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló después del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XXIII.

[En la segunda edición, después de las palabras '*segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes*,' pág. 201, se intercaló el pasaje siguiente]:—

De lo que aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan

‘Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, ‘adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos ‘dias, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba; ‘y así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. ‘Pero la suerte fatal que, segun opinion de los que no tienen lumbre ‘de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó ‘que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la ‘cadena, por virtud y locura de Don Quixote se habia escapado, ‘llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon ‘temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte ‘y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quixote y á ‘Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que ‘los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la ‘necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio ‘presente venza á lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni ‘bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no ‘curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada ‘como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, ‘y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado. ‘Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, ‘porque halló[a] menos su rucio; el cual, viéndose sin él, comenzó á ‘hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que ‘Don Quixote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡O ‘hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, ‘regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y ‘finalmente sustentador[b] de la mitad de mi persona, porque con veinte ‘y seis maravedís que ganabas cada dia, mediaba yo mi despensa! ‘Don Quixote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho ‘con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, ‘prometiéndole de darle una cédula de cambio[c], para que le diesen tres ‘en su casa, de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con ‘esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á Don ‘Quixote la merced que le hacia. El cual como entró,’ etc.

---

[a] H^2. porque echó menos. [b] L. sustento. [c] H. cédula de asnos.

DON QUIXOTE

CAPÍTULO XXIV

Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena.

DICE la historia que era grandísima la atencion con que Don Quixote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual, prosiguiendo[a] su plática, dijo: Por cierto, señor, quien quiera que seais (que yo no os conozco), yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado; y quisiera yo hallarme en términos que con más que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa, con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de serviros; tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio; y, si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia[b] posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y plañirla[c] como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habeis amado ó amais, que me digais quién sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ajeno de vos mismo, cual

---

[a] H. H². principiando.
[b] B. L. y (si fuera menester) buscarle con la diligencia.
[c] 2. &c. á plañirla.

lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió Don Quixote, por la órden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto[a], señor, me complaceis, de serviros[b] con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido.

El caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y después que le hubo bien mirado, le dijo: Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den; que después de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.

Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba; y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió[c] en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrompereis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que

[a] 1. que si en esto. [Ediciones modernas om. *que*.]
[b] H. he de serviros.
[c] H. H². se sentó.

PARTE I. CAPÍTULO XXIV Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena

hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo; y mientras menos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas; puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer[a] del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demás: y él, con este seguro, comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía; mi linaje noble, mis padres ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia. Á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que cuando pasaran delante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, y al padre[b] de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque, aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con más libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion más determinada y la lengua más atrevida. ¡Ay, cielos, y cuántos billetes le[c] escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y

[a] 1. para no satisfacer. 2. V. B. 3. &c. para satisfacer.
[b] 1. el amor de entrambos, que al padre. B. M. el amor de entrambos, de modo que al padre. H. H². tanto el amor de entrambos, que al padre.
[c] 1. le. 2 &c. la.

acabar en un punto lo que me pareció que más convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honralle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que, siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer[a] para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dijese: y con este intento, luego, en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal, si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba[b]: que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decia: De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y dá gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noché á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos.[c] Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que más se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que don Fernando me queria y trataba. Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa

---

[a] 3. &c. om. *mujer*. [b] H. H². el Duque estaba.
[c] H². mil juramentos y mil de fiel amor.

secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia, ni más se [a] aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos exemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez[b] de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses; y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que daria[c] al Duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos. Ya cuando él me vino á decir esto, segun después se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor; quiero decir, que así como don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de

[a] C. om. *se*. [b] B. H. H². en ley. [c] H. daria él.

veras procuraba irse por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era; ví yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta, por mi mal, á don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana, por donde los dos solíamos hablarnos; vióla en sayo[a], tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle más el deseo (que á mí me celaba, y al cielo á solas descubria), quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa[b], tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y á recelarme dél[c], porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujese por los cabellos: cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadís de Gaula*[d]. . .

No hubo bien oido Don Quixote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: Con que me dijera vuestra merced al

---

[a] 1668. viola en sazon. H. vióla en signo.

[b] H. H². om. '*pidiéndome que . . . por esposa.*'

[c] 3. &c. y con razon á recelarme dél. [Impertinencia característica de la tercera edición.]

[d] H. aficionada, me escribió un billete pidiéndome que la pidiese á mis padres por esposa, y lo puso, y lo halló luego don Fernando dentro del libro que era el de *Amadis de Gaula.*

principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento ; que con sólo haber entendido su aficion, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo ; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado, junto con Amadís de Gaula, al bueno de Don Rugel de Grecia ; que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta ; y no dura más[a] en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea ; que allí le podré dar más de trescientos[b] libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida ; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber[c] contravenido á lo que prometimos de no interromper su plática ; pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna : así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.

En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo ; y puesto que dos veces le dijo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra ; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo : No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un maja-

---

[a] B. tardará mas. H. durará más. [b] H. H^2. cien. [c] C. de haber.

dero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina Madásima.

Eso no ¡voto á tal! respondió con muchá cólera Don Quixote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy grande malicia, ó bellaquería por mejor decir: la reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como más gusto le diere.

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madásima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acuidó á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las

Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena

barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero : Déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo y no está armado cabellero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano come hombre honrado. Así es, dijo Don Quixote ; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero le[a] habia dicho, que era no saber de cierto su manida ; pero que si anduviese mucho aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPÍTULO XXV

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebrós.

DESPIDIÓSE del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento[b] de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado. Mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo : Señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere ; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas sole-

[a] 2. V. B. 3. &c. om. *le*.

[b] B. om. *con su jumento*.

dades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana[a], y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos[b] y puñadas; y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo.

Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quixote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dále por alzado, y dí lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvoconducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ó ¿qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello[c], pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun más de seis torniscones.

Á fe, Sancho, respondió Don Quixote, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que

---

[a] B. yo con Rozinanto (ya que mi carta ventura no permitio pueda ser con mi jumento).
[b] H. peladillazos. H[2]. morrillazos. [c] H[2]. por ello.

Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que, cuando lo dijo, ya estaba sin juicio.

Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues ¡ montas que no se librara Cardenio por loco!

Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean; cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas; y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio, para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas, todos los que tal pensaren y dijeren.

Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho; allá se lo hayan, con su pan se lo coman; si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; mas ¿quién puede poner puertas al campo? cuanto más que de Dios dijeron.

¡ Válame Dios, dijo Don Quixote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno[a], y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus[b] cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere,

[a] B. entremétete en servir á tu asno.

[b] 3. A[2]. om. *tus*.

va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería; que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

Señor, respondió Sancho, y ¿es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual [a], después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quixote, porque te hago saber que no sólo [b] me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra, y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfecto y famoso á un andante caballero.

Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

No, respondió el de la Triste Figura; puesto que de tal manera podia correr [c] el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

¿En mi diligencia? dijo Sancho.

Sí, dijo Don Quixote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fué uno de los más perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único, el señor [d] de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para Don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asímismo, que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los

---

[a] 1. 2. 3. buscando, aun lo que el qual. V. B. *á un loco*, el qual. C. al cual.
[b] H. H². no tanto.
[c] 2. V. B. 3. &c. accorer.
[d] H². el único, el fénix de todos.

más únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los más oficios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quiere[a] alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolo ni descubriéndolo[b] como ellos fueron, sino como habian de ser, para quedar[c] exemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadís fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare, estará más cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebrós; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mi más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

¿Ya no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan,

---

[a] 3. &c. quisiere.

[b] 1. 2. V. B. 3. pintándolo ni descubriendolo. 1637. pintándolo ni describiendolo. A. pintándolos ni describiéndolos. [c] L. H. dar. A. dejar.

cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y [a] arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias [b] dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadís, que, sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como él que más.

Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano?

Ahí está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar [c] sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco haga esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuánto más, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia, Dulcinea del Toboso; que como ya oiste decir á aquel pastor de marras [d], Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada.

---

[a] R. om. *y*. [b] H. H². violencias. [c] C. en desatinar.
[d] 1. 2. V. B. 3. pastor de Marias. 1647. de Matias. L. A. &c. marras.

Así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, no sintiendo el mal que me aportaras por loco. Pero díme, Sancho, ¿ traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos ; pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.

Á lo cual respondió Sancho : ¡ Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice! y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos ; porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de cuatro dias[a], ¿ qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere[b] tanta gracia, que algun dia me vea con mi mujer é hijos.

Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro, dijo Don Quixote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿ que es posible que en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las[c] vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca

---

[a] H. más de medio dia. H². más de cuatro horas. [b] H. H². hiciere.
[c] 1. 2. V. B. les. 3. &c. las.

bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria [a] por quitármele; pero, como ven que no es más de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle; que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldan que á Amadís [b].

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así, en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar ¡o cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. ¡O vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada; oid las

---

[a] 1. 2. V. 3. perseguira. B. L. persiguiria.

[b] [En este lugar, si tuviésemos el *Quixote* tal cual salió de la mano de Cervantes, se referiría cómo hicieron noche los dos, cómo vino Ginés de Pasamonte, y lo que ya sabemos, y algo más, incluyendo esa lamentación de Sancho (de que sólo se nos dice que era '*cosa buena*') con las pláticas sobre la libranza pollinesca. Después de las palabras '*mas á Roldan que á Amadís,*' H. H². imprimen el trozo que va en el *Apéndice* del cap. xxiii., pág. 211, desde las palabras '*Aquella noche*' hasta '*que le hacia*'; continuando el párrafo de esta manera: 'Y cargando [*sic*] con todo aquello que habia de llevar el Rucio, merced á Ginesillo de Pasamonte, siguió á pie á su amo por donde Rocinante llevaba hasta que en diversas pláticas llegaron al pie de una alta montaña, &c.']

PARTE I. CAPÍTULO XXV Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha

quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura! O vosostras, Napeas y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes; así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas[a], no perturben jamás vuestro dulce soseigo, que me ayudeis a lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canseis de oilla! ¡O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura; así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe! ¡O solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad; dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada[b] mi presencia! O tú, escudero mio, agradable compañero en mis[c] prósperos y adversos sucesos; toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites[d] á la causa total de todo ello! Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te da el que sin ella queda ¡o caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Véte por do quisieres; que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo: ¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio[e]! que á fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué; que á él no le tocaban

---

[a] 1. de quien soy . . . Amadis. 2. &c. de quein soys . . . amadas.
[b] 1. 2. V. 3. desagrade. B. desagrada. [c] 1. 2. V. mas. B. 3. mis.
[d] 1. cuentas y recetes. B. cuentes y relates. A. cuentes y recites.
[e] [La primera noticia en el original de la pérdida del asno.]

las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria; y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar el tiempo á mi ida y vuelta; que si la hago á pie, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolucion soy mal caminante.

Digo, Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

Pues ¿que más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto?

Bien estás en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar.

Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla; se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante.

Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quixote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico, y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme,

pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

Más fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él[a] las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en sólo oirle mentar se me revuelve el alma, no que[b] el estómago. Y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace; que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo Don Quixote: mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea.

Quien ha infierno, respondió Sancho, *nula est retencio*, segun he oido decir.

No entiendo qué quiere decir *retencio*, dijo Don Quixote.

Retencio es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque: con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura: pero ¿qué haremos para escribir la carta?

---

[a] H². respondio Sancho, que si se perdieron sin él.

[b] 1. 2. B. no que. V. quantimas. 3. P. A². quanto y mas [véase cap. xxxiii., pág. 332, 'no que un corazon de carne.']

Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho.

Todo irá inserto [a], dijo Don Quixote; y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacian los antiguos en hojas de árboles [b], ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria donde será bien, y aun más que bien, escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio; y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás.

Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho.

Nunca las cartas de Amadis [c] se firman [d], respondió Don Quixote.

Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar; y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á más que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero más que á la lumbre destos ojos que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces [e], y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales, la han criado.

---

[a] H. Todo era menester. H². Todo era necesario.
[b] H. H². hojas de ciertos arboles. [c] L. cartas de amantes. H. H². de amores. [d] 3. A². se firmaron. [e] H². cuatro veces, y esas de lejos.

Ta, ta, dijo Sancho, ¿ que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo ?

Esa es, dijo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo.

Bien la conozco, dijo Sancho [a], y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo : vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho [b], y que puede sacar la barba del lodo [c] á cualquier caballero andante, ó por andar, que la tuviere por señora. ¡ O hideputa, qué rejo que tiene y qué voz ! Sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre : y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana [d], con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse, y ahorcarse ; que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo : y querria ya verme en camino sólo por vella, que ha muchos dias que no la veo [e], y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quixote ; que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de

[a] H[2]. Bien la conozco, dijo Sancho, puesto que nunca la he visto.
[b] 1. 2. V. B. pelo en pelo. 3. pelo en pecho.
[c] H. H[2]. sacar la zanca del lodo.
[d] V. y lo mejor que tiene la señora Aldonça Lorenço, es, que de ninguna manera es melindrosa, porque es mucho lo que tiene de cortesana.
[e] H. H[2]. muchos dias que lo deseo.

ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero ; pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo (digo, á la señora Dulcinea del Toboso) de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? Porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo ; mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas [a] un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo : alcanzólo á saber su mayor [b], y un dia dijo á la buena viuda, por via de fraternal reprension : Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa [c] tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero ; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura : Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece [d], pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles : así que, Sancho, por lo que yo quiero [e] á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que habran [f] damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas

[a] 1. oyas. 2. &c. oigas.
[b] 1. su mujer. 2. V. B. 3. &c. su mayor.
[c] H. esta ciudad.
[d] H. H². parezca.
[e] V. B. H². para lo que yo quiero.
[f] 1. 2. V. auran. B. L. celebran. 3. A². &c. alaban.

tú que las Amarilis [a], las Filis [b], las Silvias [c], las Dianas, las Galateas, las Alidas [d], y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor parla serlo [e]; y así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en [f] lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos [g].

Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y adiós, que me mudo.

Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta; y en acabándola llamó á Sancho, y le dijo que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso [h] se le perdiese por el camino, porque [i] de su desdicha todo se podia temer.

---

[a] 2. V. Amariles. [b] 2. V. B. 3. Files. [c] 3. Silvas.
[d] B. las Alcidas. 3. om. *las Alidas*. H. H². las Galateas, las Fílidas, y otras tales. [e] H². valor para ser queridos. [f] C. om. *en*.
[g] H. H². juiciosos. [h] H². si por acaso. [i] H. H². que.

Á lo cual respondió Sancho: Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate; que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero con todo eso, dígamela, vuestra merced[a]; que me[b] holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde.

Escucha; que así dice, dijo Don Quixote.

CARTA DE DON QUIXOTE A DULCINEA DEL TOBOSO.

'Soberana y alta señora:

'El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas 'del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la 'salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si 'tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi 'afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal 'podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte, 'es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará 'entera relacion ¡o bella ingrata, amada enemiga mia! del 'modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, 'tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto; que 'con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi 'deseo.

'Tuyo hasta la muerte.
'EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.'

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamás he oido: ¡pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura*! Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

Todo es menester, respondió Don Quixote, para el oficio que yo trayo[c].

Ea, pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra

---

[a] 3. om. *vuestra merced.* [b] 3. om. *me.*
[c] 1. trayo. 2. V. B. 3. &c. traigo.

vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

Que me place, dijo Don Quixote; y habiéndola escrito se la leyó, que decia así:

'Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, 'señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de 'los cinco que dejé en casa y están á cargo de vuestra 'merced: los cuales tres pollinos se los mando librar y 'pagar por otros tantos aquí recibidos de contado; que 'con esta[a] y con su carta de pago serán bien dados. 'Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos[b] 'de Agosto deste presente año.'

Buena está, dijo Sancho; fírmela vuestra merced.

No es menester firmarla, dijo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos y aun para trescientos fuera bastante.

Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que lo ví hacer tantas, que no quiera más.

Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo[c], que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora; porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced; que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren

---

[a] 1. 2. V. que consta. B. 3. &c. con esta.

[b] 3. veinte y siete [enmienda caprichosa, como las que siguen]. H. veinte y nueve. H². treinta.

[c] 3. quiero y digo.

más á cuento. Cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones. Porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una . . .? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso: mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase.

Á fe[a], Sancho, dijo Don Quixote, que, á lo que parece, no estás tú más cuerdo que yo.

No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy más colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores?

No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quixote; porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes[b]. Á Dios, pues; pero ¿sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está de escondido.

Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo[c].

---

[a] 1. Asi, Sancho. 2. &c. A fe, Sancho.
[b] 2. &c. om. *equivalentes*. 2. V. B. 3. &c. otras asperezas. A esto dixo Sancho, sabe, &c.
[c] 1. 2. V. 3. Perseo. B. L. Theseo.

PARTE I. CAPÍTULO XXV Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha

Así lo haré, respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quixote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo habia aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quixote que le viese siquiera hacer dos locuras.

Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

¿No te lo decia yo? dijo Don Quixote: espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones, quédo en carnes y en pañales; y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXVI

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y VOLVIENDO á contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vió solo, dice la historia que, así como Don Quixote acabó de dar las tumbas ó vueltas, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido, sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia

pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era, que ¿cuál seria mejor y le estaria más á cuento? ¿imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las melancólicas? y hablando entre sí mismo decia: Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen ¿qué maravilla? pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie si no era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta[a] del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo[b] del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero, dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fontana[c], y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y[d] paje de Agramante; y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, ¿como puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió[e]; y haríale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzo tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, segun su historia, no fué más de[f] que, por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró[g] á la Peña Pobre en compañia de un ermitaño, y allí se hartó de llorar y de encomendarse á Dios[h], hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad,

---

[a] C. H². M. punta. [b] 3. con Bernardo.
[c] 1. 2. V. 3. fortuna. B. L. floresta. A. fuente. H. H². fontana.
[d] H. H². om. *y*. [e] M. esta hoy como su madre la parió.
[f] B. om. *de*. [g] 1. 2. V. 3. de que se retiró. A. om. *de que*.
[h] 2. V. B. 3. &c. om. *y de encomendarse á Dios*.

PARTE I. CAPÍTULO XXVI
Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena

como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar [a] el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de Dulcinea del Toboso, bástame [b], como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros: mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y encomendarse á Dios: pero ¿qué haré de rosario? que no le tengo. En esto le vino al pensamiento como le haria, y fue que rasgó una gran tira de faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario, el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millon de Ave Marías [c]. Y lo que le fatigaba mucho era, no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y así, se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea del Toboso. Mas lo que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer, después que á él allí le hallaron, no fueron más que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,
Que en aqueste sitio estais,
Tan altos, verdes y tantas,

---

[a] H. H[2]. ni para qué tengo de enturbiar.

[b] 2. V. B. 3. desdeñado de mi Dulcinea, bástame.

[c] 2. V. B. 3. L. A. Bo. A[2]. P. C. 'él hizo fué rezar, y así lo haré yo. Y 'sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, 'de que hizo un diez, y lo que le fatigaba,' &c. H. él hizo fué rezar, y encomendarse á Dios; pero ¿de qué haré rosario? que no le tengo. En esto le vino al pensamiento como le haria, y fué de unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezo un millar de avemarías.

Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque más [a] terrible sea;
Pues por pagaros escote,
Aquí lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
El amador más leal
De su señora se esconde.
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por dónde.
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y así, hasta henchir un pipote,
Aquí lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riscos y entre breñas
Halla [b] el triste desventuras,
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa,
Y en tocándole al [c] cogote,
Aquí lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea porque imaginaron que debió de imaginar Don Quixote, que si en nombrando á Dulcinea no decia tambien el *Toboso*, no se podria entender la copla: y así fué la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha

[a] H. H2. el más. [b] 1. &c. halla. R. halle. [c] 1. 2. V. B. el. 3. al.

PARTE I. CAPÍTULO XXVI Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena

dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco[a], que le respondiesen, consolasen y escuchasen[b], se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia; que si como tardó tres dias[c], tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso[d], y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente; que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: Dígame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote; y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto[e] general de los libros: los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestra amo?

Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así, les

---

a H². dolorosa y tímida Eco.
b H. H². escuchasen, respondiesen y consolasen. c H. H². tardó dos dias.
d 1. en busca del del Toboso [=del camino del Toboso]. 2. &c. en busca del Toboso. e 1. 2. V. B. acto. 3. &c. auto.

respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir, por los ojos que en la cara tenia.

No, no, dijo el barbero, Sancho Panza ; si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venís encima de su caballo ; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso, morena.

No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie ; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo : mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor ; y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido[a], y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba : y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo : pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase : á lo cual dijo el cura que se la mostrase ; que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo, pero no le halló, ni le podia[b] hallar, si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro ; y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba ; y sin más ni más se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas ; y luego, apriesa y sin cesar, se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero,

---

[a] H. las primeras aventuras que con él le habian sucedido. H^2. om. *las aventuras que le habian sucedido.* [b] B. L. pudiera. H^2. podria.

le dijeron que qué le habia sucedido, que tan mal se paraba.

¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido, de una mano á otra, en un estante[a], tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

¿Cómo es eso? replicó el barbero.

He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la[b] carta para Dulcinea y una cédula firmada de mi señor[c], por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa; y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre; porque las que se hacian en libros de memoria jamás se aceptaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar dónde y cuándo quisiesen.

Decidla[d], Sancho, pues, dijo el barbero; que después la trasladaremos.

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: Alta y sobajada señora.

No diria[e], dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana ó soberana señora.

Así es, dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el llego[f] y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy des-

---

[a] 1. 2. V. B. estante. 3. &c. instante. [b] 1. [por descuido] om. *la*.
[c] 1. firmada de su señor. 2. &c. firmada de mi señor.
[d] 1. 2. V. B. 3. Dezildo. [e] 3. &c. dira.
[f] 1. 2. V. llego. B. 3. llagado.

conocida hermosa; y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asímismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho[a] otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asímismo las cosas[b] de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien cómo su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó por lo menos, monarca; que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndole, le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos; y le habia de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos y ínsulas[c], que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de más gusto oir sus necedades; y así, le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo menos arzobispo, ú otra dignidad equivalente. Á lo cual respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese

[a] 2. &c. om. *Sancho.*
[b] H. otras cosas. H^2. las otras cosas.
[c] H. H^2. ínsulas ni ínsulos.

PARTE I. CAPÍTULO XXVI Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena

en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.

Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto.

Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo[a], que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador, y no arzobispo; porque le será más fácil á causa de que él es más valiente que estudiante.

Así me ha parecido á mí, respondió Sancho; aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.

Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos; que él esperaria allí fuera, y que después les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimísmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir

---

[a] B. om. *de*.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena

lo que deseaban, vino el cura[a] en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian; y fué, que dijo al barbero que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella[b] una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho; y que le suplicaba asímismo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quixote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

NO le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba.

[a] H. H². dió el cura. [b] H. H². fingiendo ser el cura.

PARTE I.
CAPÍTULO XXVII
De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia

Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia más que ver: púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba, que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio, como era el que habian emprendido. Mas apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad: y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quixote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que, sin que le diese licion,

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia

él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviesen junto de donde Don Quixote estaba; y así, dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que le aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia; que, magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar[a] dónde habia dejado á su señor; y en reconociéndole, les dijo cómo aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia; y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella; que era cosa que le importaba mucho; porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca; que en lo de ser arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo; porque él tenia para sí que, para hacer mercedes á sus escuderos, más podian los emperadores que los arzobispos andantes. Tambien les dijo, que seria bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora; que ya seria[b] ella bastante á sacarle de aquel lugar,

---

[a] H. H². om. *el lugar*.

[b] 1. 2. V. que ya seria. B. 3. L. quiza seria. [Pero la partícula *ya* á veces equivale 'á dicha' ó 'acaso.' Véase el *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* por Gregorio Garcés (Madrid, 1791), Tomo I, pág. 287.]

sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así, determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacia el sitio más agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando, pues, los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz que, sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba; de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los celos.
Y ¿quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo, en mi dolencia,
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza,
Desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
Y ¿quién mi gloria repuna?
Fortuna.
Y ¿quién consiente mi duelo?
El cielo.

De ese modo, yo recelo
Morir deste mal extraño,
Pues se aunan[a] en mi daño
Amor, fortuna y el cielo.

¿ Quién mejorará mi suerte ?
La muerte.
Y el bien de amor ¿ quién le alcanza ?
Mudanza.
Y sus males ¿ quién los cura ?
Locura.
De ese modo, no es cordura
Querer curar la pasion,
Cuando los remedios son
Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian ; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba ; y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este soneto :

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas, en el cielo
Subiste alegre á las empíreas salas.
Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La justa paz[b] cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, o[c] amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera :
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

[a] 1. aumentan. 2. &c. aunan. [b] H. falsedad. H². falsa faz.
[c] H. H². om. *o*.

PARTE I.
CAPÍTULO XXVII
De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si más se cantaba ; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos ; y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio ; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse, estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos más de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido), se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió [a], que aquella tan miserable vida dejese, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo : y así, viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y más cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo así lo dieron á entender ; y así respondió desta manera :

Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envia, en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte [b]. Pero, como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria, por de ningun juicio ; y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan

[a] H. H^2. rogó y propuso.

[b] H^2. om. *parte.*

intensa y puede tanto en mi perdicion [a], que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento: y vengo á caer en la cuenta desta verdad, cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea; y no sé más que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren; porque, viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos; y si no me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura [b] en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la misma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizá, después de entendido, ahorrareis del trabajo que tomareis [c] en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que [d] él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á Don Quixote y al cabrero, pocos dias atrás, cuando por ocasion del maestro Elisabad y puntualidad de Don Quixote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin; y así, llegando al paso del billete que habia hallado don Fernando entre el libro de *Amadís de Gaula*, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

'Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que 'en más os estime; y [e] así, si quisiéredes sacarme desta deuda sin execu-

[a] H. pobre seso. H². perjuicio. [b] H. H². enojo de mi descompostura.
[c] H. H². tomarais. [d] H. H². de lo que. [e] R. om. *y*.

'tarme en la honra, lo podreis muy bien hacer. Padre tengo, que os 'conoce y que me quiere bien, el cual sin forzar mi voluntad, cum'plirá la que[a] será justo que vos tengais, si es que me estimais como 'decís y como yo creo.'

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este[b] fué por quien quedó Luscinda en la opinion de don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Díjele yo á don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello; no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo desease[c] jamás habia de tener efecto. Á todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡O Mario ambicioso! O Catilina cruel! O Sila[d] facineroso! O Galalon embustero! O Vellido traidor! O Julian vengativo! O Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¿Qué ofensa te hice, qué palabras te dije ó qué consejos te dí, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo? ¡desventurado de mí! pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia? Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo, pues, que pareciéndole á don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en execu-

---

[a] 1. B. la que. 2. V. B. lo que.
[b] H. H². y otro como este.
[c] H. deseaba.
[d] 1. 2. V. B. 3. Quila. 1637. Sila.

cion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿ Pude yo prevenir esta traicion ? ¿ Pude por ventura caer en imaginarla ? No por cierto ; antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria más la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se[a] fué, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamás en ella visto ; porque siempre nos hablábamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia[b] lo concedia, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores : todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora : exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento ; volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que, como á enamorada, le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendia mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia ; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda : pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba : claros indicios que me[c] mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de don Fernando, fuí bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su

---

[a] H². om. *se*. [b] H. H². la buena fortuna á mi diligencia.
[c] 2. V. B. 3. L. A. Bo. A². C. om. *me*.

padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invencion del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Órden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser le que le habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces[a] lo hacia. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino. Díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: Hermano, si sois cristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego, luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo. Y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esta carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana; aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla; y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien; y obligado asímismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla: y en diez y seis horas[b] que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo[c] esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podia sostenerme. En efecto, abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

'La palabra que don Fernando os dió, de hablar á vuestro padre
' para que hablase al mio, la ha cumplido más[d] en su gusto que en
' vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa;

---

[a] H^2. ya pocas veces. [b] 1. diez y seis anos. 2. diez y seis horas.
[c] H^2. el presurado y nuevo correo. [d] 3. &c. ha cumplido mucho mas.

'y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando 'os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aquí 'á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, 'que sólo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cuál 'yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero 'bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. Á Dios 'plega que esta llegue á vuestras manos, ántes que la mia se vea en 'condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe 'que promete.'

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas; pues, casi como en vuelo, otro dia[a] me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia, en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo: mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar más determinadas fuerzas[b], dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque

[a] H. H². como en vuelo, el propio dia.
[b] 1. 2. mas determinadas fuerzas. 3. A². mis determinadas fuerzas. ['Corrección' muy infeliz, rechazada par Pellicer, con muchas otras de la tercera, á pesar de que decía creer que ésta se 'corrigió' por el mismo Cervantes.]

el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podia moverme á parte alguna: pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver; así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacia. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon mientras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice? Que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido; sólo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago; que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso; pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. Á esto le respondió el cura que, no sólo no se cansaban en oirle, sino que les daban[a] mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo, pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia,

[a] 1. 2. &c. daba. C. daban.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia

y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: ¿Quereis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como le manda la santa madre Iglesia? yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¿O, quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: Luscinda, ah Luscinda, mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿qué quieres, qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente, llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello como le tengo para quejarme: en fin, pues fuí entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: Sí quiero; y lo mismo dijo don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo[a] ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el *sí*, que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen, de

---

[a] 1. dissoluble nudo. B. L. indisoluble nudo.

hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después acá me ha faltado: y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos [a] (que, por estar tan sin pensamiento mio, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mi mano [b], y executar en mí la pena que ellos merecian, y aun quizá con más rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena: mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula; hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla; y cuando me ví en el campo solo, y que la oscuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todo de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo le habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien más liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que á no querer recebirle, se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad; cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo que, puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan; pues antes de ofrecérseles don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija: y que bien pudiera ella, antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y concediera [c] con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustendado en mis firmes esperanzas

---

[a] H^2. mis traidores enemigos. [b] B. L. H. H^2. de mí mismo.
[c] 1. 2. V. B. A. concediera. 3. P. condescendiera.

y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche [a], y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia dónde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre, se cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí después acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso [b] ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi más comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falta el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida [c], hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda, y del agravio de don Fernando; que si esto él hace, sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma: que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he

[a] 2. V. B. 3. L. A. Bo. P. A². C. de la noche.
[b] H. H². sin tener otro deseo.
[c] H. H². miserable y extraña vida.

querido ponerle. Esta es, o señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que puede celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto: y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio; porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gustó[a] de ser ajena, siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion; yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad; y será exemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle: y en mí es causa[b] de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte.

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Bengeli.

CAPÍTULO XXVIII[c]

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quixote de la Mancha; pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres

[a] 1. gusto. 2. V. B. 3. L. A. Bo. P. A^2. C. gusta.

[b] 1. 2. 3. y en mas causa. B. á mi es causa. L. en mi causa. A. en mi es causa. M. es mas causa.

[c] [Omitimos, por la razón ya dicha, las palabras '*Quarta parte de la historia del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha.*']

entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia. La cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡ Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡ Ay desdichada! y cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males.

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban; y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado viente pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí habia: y[a] así lo hicieron todos, mirando con

[a] 2. &c. om. *y*.

atencion lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo, de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia asímismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que después afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo dellos; que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió[a] de peine unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en más admiracion y en más deseo de saber quién era, ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las pie-

[a] B. L. sirvieron.

dras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: Detenéos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis sólo tienen intencion de serviros: no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. Á todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa.

Llegaron, pues, á ella, y asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren; señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros; si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo; pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, seria más por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido; puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasion, la pesadumbre, porque no

habeis de hallar remedio[a] para remediarlas ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos; el mayor, heredero de su estado y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que, si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan ricos[b], que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija; y así, por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que

---

[a] H. H². ni medio.

[b] 1. ranciosos, pero tan ricos. 2. V. B. 3. ranciosos, pero tan rancios. H. H². rancios; pero tan ricos.

padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto: y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda. Por mí se recibian y despedian los criados; la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano; de[a] los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas: finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerle. Los ratos que del dia me quedaban, después de haber dado lo que convenia á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en exercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos exercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que tenia yo en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido[b] de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas[c], y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos más tierra de aquella donde ponia los pies; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad, por mejor decir, á quien los de[d] lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de don Fernando, que es este el nombre del hijo menor del Duque que os he contado.

No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de

[a] 1. &c. [por descuido] om. *de*. [b] B. L. H^2. cuan sin culpa he venido.
[c] H^2. de nuestras criadas. [d] H. H^2. del.

cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era: la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo:

Y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas, por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa; dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes; los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle; las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual, no sólo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo[a], y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas. Pero á todo esto se oponia[b] mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, más se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente[c] para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos; pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por des-

[a] H. H². si fuera don Fernando mi mortal enemigo.

[b] 1. 2. V. 3. se opone. B. L. se oponia.

[c] H². en buena manera seguro impedimento.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra

denes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba; la cual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos porque yo tuviese más guardas para guardarme; y esta nueva sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oireis, y fué, que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañia de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro [a], me le hallé delante; cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así, no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo, pobrecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencé, no sé en que modo, á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion menos que buena sus lágrimas y suspiros: y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensé que pudiera tener le dije: Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo que, como quedara con honra, aunque

[a] H. H[2]. en la soledad y silencio deste encierro.

PARTE I. CAPÍTULO XXVIII
Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra

quedara sin gusto, de grado le[a] entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar[b] que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes.

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia; sólo dijo: Que, ¿Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oido yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen.

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que, si alguna cosa de su hacienda[c] sabia, se la dijese luego; porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, á su parecer, ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto.

No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo.

Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras[d] eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido; puesto que antes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana, vasalla suya; que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer por el amor

[a] 1. 2. V. B. 3. L. A. Bo. A^2. C. de grado te. [En la Introducción de su *Nuevo Diccionario de la lengua castellana* (Paris, 1865) dice Vicente Salvá (pág. xxxvi) que la voz 'te' es 'errata manifiesta que nadie ha corregido hasta hoy: ha de leerse *le*.']
[b] H. no esperes. H^2. no hay pensar.
[c] L. negocio.
[d] H. H^2. y con palabras.

que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad pedia[a]; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento; bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí misma: Sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega aficion, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza; pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure más la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin, para con Dios seré su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá[b] dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion; y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdicion[c], los juramentos de don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieron rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me habia dejado: y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venia, aun no tan apriesa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque, después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartase de donde le alcanzaron. Digo esto, porque don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, antes que amane-

[a] 1. 2. 3. calidad podia. B. L. A. calidad pedia.
[b] 1. 2. V. 3. podia. 1637. podrá.
[c] 1. 2. 3. V. mi peticion. B. L. su peticion. 1637. A. mi perdicion.

ciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y, para más confirmacion de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto, él se fué, y yo quedé, ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicíon cometida de encerrar á don Fernando en mi aposento; porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á don Fernando, que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, si no fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa, que los más dias iba á caza, exercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas, bien sé yo que para mi fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprension de su atrevimiento antes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué, porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar, cómo en una ciudad allí cerca se habia casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion.

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo:

Llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho. Mas templóse esta furia

por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. Él, después que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo; luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo menos á decir á don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el [a] primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacian corrillos [b] para contarla por toda ella: díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el sí de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo; y que llegando su esposo [c] á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el sí á don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habia [d] quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron le quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron más, que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres

[a] 1. 2. V. B. 3. &c. al. C. el.
[b] 1. 2. se haze en corrillas. 3. se hazen. H. H^2. se hacian [‘*hace en*’ es evidente errata por hacian.]
[c] H^2. llegando su madre.
[d] H. H^2. habria.

como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio[a] que he dicho. Supe más, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta, donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello; y más hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de casa[b] de sus padres[c] y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella; de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle[d] á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba más obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon, donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad[e], y del mismo traje que traia; y oí decir que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino: cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida[f], sino añadir el con quién, siendo sujeto tan bajo, y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí; porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mio, me requirió de amores y viendo que yo con feas[g] y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos, de quién primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el

[a] L. aquel caballero. [b] A. de en casa. [c] 3. su padre.
[d] H. H^2. para traerle. [e] H. H^2. señas de mi edad. [f] H. H^2. huida.
[g] H. con ásperas. H^2. con fuertes.

justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo. Y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensarlo me han descubierto: pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así, tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas[a]. Digo, pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPÍTULO XXIX

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que habia puesto.[b]

ESTA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio

[a] Madrid. 1864. repulsas. H. discursos. H². despegos.
[b] [En la primera edición se trocaron los epígrafes de los capítulos xxix y xxx, error reproducido en todas las demás hasta que lo corrigió la Real Academia Española en 1780.]

della. Sólo os ruego (lo que con facilidad podreis y debeís hacer) que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan: que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura[a] que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa sólo el pensar[b] que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista[c], que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida.

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron, los que escuchado la habian, tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: En fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo?

Admirado quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así, le dijo: Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.

Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo[d]; soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea[e], soy el que me hallé presente

---

[a] 1. 2. V. no asegura. B. 3. me asegura.
[b] 1. 2. V. 3. A. solo el pensar. B. en pensar. R. al pensar. H. del pensar.
[c] 1. 2. V. B. 3. de ser vista. C. de su vista.
[d] 1. 2. V. esposa. B. esposo.
[e] 1. 2. V. 3. Teodora. B. Dorotea.

PARTE I.
CAPÍTULO XXIX
Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto

á las sinrazones [a] de don Fernando, y el que aguardó á oir el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así, dejé la casa y la paciencia [b], y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto [c] aborrecí como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos; porque, presupuesto que Luscinda no puede [d] casarse con don Fernando por ser mia, ni don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando [e] con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros.

Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea,

---

[a] H. H². presente á los desponsorios.
[b] H². dejé la casa y la ciudad.
[c] 1. 2. V. B. punto. 3. tiempo.
[d] H². Luscinda no pudo.
[e] H². y aun cuando.

y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos, mas no lo consintió Cardenio; y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á don Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y aceptaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fueso bueno para servirles: contó asímismo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de Don Quixote, y cómo aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote habia tenido, y contóla á los demás; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion [a].

En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole [b] por Don Quixote, les dijo como le habia hallado desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que, puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corria peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí, mal que le pesase.

[a] 1. 2. V. B. quistion. 3. question.
[b] 1. V. B. L. A. P. preguntándole. 2. 3. preguntádole.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto

Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quixote, á lo menos para llevarle á su casa; á lo cual dijo Dorotea que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y más, que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento; porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, cuando pedian sus dones á los andantes caballeros.

Pues no es menester más, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio [a], pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó, de manera que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y más dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que más se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y así, preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon, del gran reino de Micomicon [b], la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que en mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo

---

[a] I. 2. V. 3. mio. B. H. nuestro.
[b] H. H². Micomicon de Etiopía.

tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa.

Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazon Sancho Panza; y más si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice; que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma; que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado; y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer é hijos, seria nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre.

Llámase, respondio el cura, la princesa Micomicona: porque, llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo visto á muchas tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda y Diego de Valladolid; y esto mismo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos.

Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del carsarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos: con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador.

Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quixote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocia

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto

al licenciado ni al barbero: porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque[a] no se acordase á Don Quixote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entonces su presencia; y así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como, lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado cuando descubrieron á Don Quixote entre unas intrincadas peñas, ya vestido aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quixote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbardo barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quixote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa: De aquí no me levantaré ¡o valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura, que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quixote, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra.

No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quixote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi

---

[a] H. ellos, Cardenio porque no se le. H[2]. ellos, porque no se le.

patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave.

No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella; y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo:

Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada; sólo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopía.

Sea quien fuere, respondió Don Quixote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo; y volviéndose á la doncella, dijo: La vuestra gran fermosura se levante; que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

Digo que así lo otorgo, respondió Don Quixote; y así podeis, señora, desde hoy más desechar la melancolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á labor [a]; que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las

---

[a] 1. 2. V.B. 3. manos á labor. L. á la obra. A. á la labor.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto

cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo: Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora[a].

Estábase el barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra[b] mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió Don Quixote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida[c] del rucio, con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa y ser por lo menos rey de Micomicon. Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros: á lo cual hizo[d] luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio, con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No, sino dormíos, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil[e] vasallos en dácame esas pajas: par Dios, que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegáos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie.

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el

---

[a] R. favorecer á esta gran señora.
[b] B. om. *otra*.
[c] H². se le renovó el sentimiento.
[d] H. á lo cual halló.
[e] H. tres, seis ó diez mil. H². tres, cinco ó diez mil.

PARTE I.
CAPÍTULO
XXIX
Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto

cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tijeras, que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia [a], y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon; y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron [b], con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della Don Quixote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo; y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos y diciendo á voces: Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota [c] Don Quixote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caballeros andantes; y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quixote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció y quedó como espantado [d] de verle, y hizo grande fuerza por apearse: mas el cura no lo consintió, por lo cual Don Quixote decia: Déjeme vuestra merced, señor licenciado; que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie.

Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura; estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han

---

[a] H². barba á Cardenio; y con esto y con el capotillo pardo de Dorotea que traia, ya quedó tan otro.

[b] H². pasado adelante en tanto que ellos se detuvieron.

[c] 1. 2. V. B. compatriote. 3. &c. compatriota.

[d] H². quedó más espantado.

PARTE I. CAPÍTULO XXIX Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto

visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque; que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

Aun no caia[a] yo en tanto, mi señor licendiado, respondió Don Quixote; y yo sé que mi señora la princesa será servida, por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula; que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero; que él es tan cortés y tan cortesano[b], que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie, pudiendo ir á caballo.

Así es, respondió el barbero; y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal, que al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolás ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en[c] el suelo; y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quixote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, dijo: ¡Vive Dios, que es gran milagro este! las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacia maese Nicolás, dando

---

[a] H. H². aun no sabia. [b] H. H². tan cortés y tan cristiano.

[c] 1. 2. V. cayeron en suelo. 3.ᴾ. A². C. H. H². om. *en el suelo.* B. L. cayeron y quedaron en el suelo.

aun voces todavía; y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quixote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á más que pegar barbas se debia de extender; pues estaba claro que, de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo [a] sanaba, á más que barbas aprovechaba.

Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos [b] leguas de allí.

Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quixote, la princesa y el cura; y los tres á pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quixote dijo á la doncella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde más gusto le diere. Y antes que ella respondiese, dijo el licenciado: ¿Hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo: Sí, señor, hácia ese reino es mi camino.

Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella; porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso, he llegado á ver lo que tanto

[a] H. H². todo esto.
[b] H. H². seis. ['*Dos*' puede ser errata por *diez*; en efecto estaba, á lo menos, una jornada: véase cap. xxvi., xxvii., xxxii.].

deseaba, que es el gran señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puese los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

No más : cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon Don Quixote, porque soy enemigo de todo género de adulacion ; y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas ; lo que yo sé decir, señora mia, que ora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida ; y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga, qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto.

Á eso yo responderé con brevedad, respondió el cura ; porque sabrá vuestra merced, señor Don Quixote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero [a] que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no pasan [b] de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal ; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que, á pesar del comisario y de las guardas, los soltó á todos ; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel [c] : quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos : quiso, digo, quitar á

[a] 1. 2. V. B. 3. &c. cierto dinero. C. ciertos dineros.
[b] 1. 2. V. B. 3. A. pasan. L. pasasen. C. H. H². pasen.
[c] H. H². gallinas, al oso entre la miel.

las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo.

Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quixote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos, pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron; que Dios, por su misericordia, se le perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX

Que trata de la discrecion[a] de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

NO hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: Pues, mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo; y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

Majadero, dijo á esta sazon Don Quixote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias[b]; sólo les[c] toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se

---

[a] 1. la discordia [véase la nota *b*, cap. xxix., pág. 275].
[b] B. L. desgracias . . . les. [c] 1. 2. V. 3. le.

avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballeria, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene: y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion; porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado, le dijo: Señor caballero, miémbresele á la[a] vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera, que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra, que en despecho[b] de vuestra merced redundara.

Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote.

Yo callaré, señora mia, dijo Don Quixote, y reprimiré la justa colera que ya en mi pecho se habia levantado, é iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo, os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha[c] y entera venganza?

Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió Don Quixote; á lo que respondió Dorotea: Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al

---

[a] 1. 2. V. B. 3. L. A. P. la vuestra. A². C. om. *la*.
[b] H. en desprecio. [c] H. debida, satisfactoria. H². debida satisfaccion.

lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea[a]; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado[b] iba con ella como su amo; y ella, después de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman. . . . y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

Así es la verdad, respondió la doncella; y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia. La cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Xaramilla, habia de morir primero que el, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre. Pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés[c], como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira): digo que supo que este gigante, en

---

[a] 3. &c. om. *la discreta Dorotea.*
[b] 1. 2. V. 3. ensañado. B. engañado.
[c] L. al través.

sabiendo mi orfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él: mas, á lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre que después que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si queria excusar la muerte y total destruccion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los mios, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote ó Don Jigote.

Don Quixote diria, señora[a], dijo á esta sazon Sancho Panza; ó por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.

Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo más, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo[b] del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas.

En oyendo esto Don Quixote, dijo á su escudero: Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar; que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.

Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea.

Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quixote.

No hay para qué desnudarse, dijo Sancho; que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

---

[a] 1. 2. señor. V. B. &c. señora.

[b] H². derecho encima.

Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo importa poco ; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne : y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote ; que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha ; pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar.

Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano y dijo : Debe de querer decir la señora princesa que después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.

Eso quise decir, dijo Dorotea.

Y esto lleva camino, dijo el cura ; y prosiga Vuestra Majestad adelante.

No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino ; pues él, por su cortesía y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado : que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre. El cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino, junto con la de mi persona.

¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quixote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.

Eso juro yo, dijo Sancho ; ¡ para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado ! ¡ pues monta que es mala la reina ! así se me vuelvan las pulgas de la cama. Y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal que la recebia por su reina y señora. ¿ Quién no habia de reir, de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado ? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradeciósele Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.

Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia : sólo resta por deciros que, de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino sólo este buen barbado [a] escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto ; y él y yo salimos en dos tablas á tierra, como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habreis [b] notado ; y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento ; que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

Esa no me quitarán á mí ¡ o alta y valerosa señora ! dijo Don Quixote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean : y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta (no quiero decir buena espada, merced á Gines de Pasamonte, que me llevó la mia) [c]. Este dijo entre dientes, y prosiguió diciendo : Y después de habérsela tajado, y pués-

[a] 1. 2. V. buen barbado. B. bien barbado. 3. &c. bien barbudo.
[b] 2. &c. habeis.
[c] H. H². om. '*merced á Ginés de Pasamonte, . . . y prosiguió diciendo.*'

toos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento á[a] aquella . . . y no digo más, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave fénix.

Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alzando la voz, dijo: ¡ Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quixote, cabal juicio! pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿ Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato[b] de la que está delante. Así noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo rey, hágame marques ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo.

Don Quixote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida. ¿ Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penseis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; y ¿ no sabeis vos, gañan[b], faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de

---

[a] 1. 2. V. perdido en entendimiento á. B. rendido el entendimiento por 3. perdido . . . por. L. y rendido. H. H[2]. memoria, perdido el entendimiento, y cautiva la voluntad por.

[b] L. al çapato. [c] 3. P. A[2]. &c. om. *gañan*.

lengua viperina, y ¿quién pensais que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y [a] vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡O hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detrás del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: Dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo; cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto; que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien; puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.

¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo Don Quixote; pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto: pero así á bulto me parece bien.

Ahora te disculpo, dijo Don Quixote; y perdóname el enojo que te he dado; que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

Ya yo lo veo, respondió Sancho; y así, en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene á la lengua.

---

[a] 2. &c. om: *y*.

Con todo eso, dijo Don Quixote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente . . . y no te digo más.

Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quién hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo.

No haya más, dijo Dorotea; corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios; y no digais mal de aquesa señora Tobosa[a], á quien yo no conozco, si no es para servilla; y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un principe.

Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente; y después que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantasen[b] un poco; que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y dijo Don Quixote: Después que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho; que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada: pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo.

¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quixote.

Dígolo, respondió, porque estos palos de ahora más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, sólo por ser cosa de vuestra merced.

No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces,

---

[a] 1. 2. V. B. Tobosa. 3. &c. Toboso. [b] H. H². adelantase.

y bien sabes tú que suele decirse: á pecado nuevo penitencia nueva[a].

En tanto que los dos iban en estas pláticas[b], dijo el cura á Dorotea, que habia andado muy discreta, así en el cuento cómo en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna.

Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

Sí es, dijo Cardenio; y tan rara y nunca vista, que yo no sé si, queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura; que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice, tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo[c]; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quixote con la suya, y dijo á Sancho: Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y díme ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿Qué hacia? qué le dijiste? qué te respondió? qué rostro hizo cuando leia mi carta? quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.

---

[a] [En la segunda edición, después de las palabras '*penitencia nueva*,' sigue el pasaje que va impreso en el *Apéndice* de este capítulo.]
[b] H. H². esta plática.
[c] H. H². claro y capaz de todo.

Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

Así es como tú dices, dijo Don Quixote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias [a] de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.

Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella.

Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quixote.

No, señor, respondió Sancho, porque después que la dí [b], como ví que no habia de ser de más provecho, dí en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura;* y en medio destas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos mios.

APÉNDICE.

[En la segunda edicion, después de las palabras '*penitencia nueva*' (pág. 297), sigue el siguiente pasaje: véase la *Introducción*, páginas xxvi-xlii.]

Mientras esto pasaba vieron venir por el camino, donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte; y por el hilo del gitano, sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre

---

[a] H. H². dos horas.

[b] H. H². la dije.

que Pasamonte venia: el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar, como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle; y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: ¡Ah ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches[a] con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo: huye, puto: auséntate, ladron, y desampara lo que no es tuyo! No fueran[b] menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: ¿Cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto, le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle[c] palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quixote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

CAPÍTULO XXXI

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.

TODO eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo Don Quixote. Llegaste: ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.

No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

Pues haz cuenta, dijo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal ó trechel?

No era sino rubion, respondió Sancho.

Pues yo te aseguro, dijo Don Quixote, que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre

[a] H. H². ensanches. [b] 2. V. B. fueran. 3. fueron. [c] H. responder.

la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó qué hizo?

Cuando yo se la iba á dar, respondío Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte[a] de trigo que tenia en la criba, y díjome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.

Discreta señora, dijo Don Quixote; eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester ¿qué coloquios pasó contigo? qué te preguntó de mí? Y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.

Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba, haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, y sin[b] peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quixote; porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí más de un coto.

Pues ¿cómo, Sancho? dijo Don Quixote; ¿haste medido tú con ella?

Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegandole[c] á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias[d] de alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa; cuando lle-

---

[a] H. H². buena porcion. [b] 1. &c. ni sin. L. C. y sin.
[c] 1. llegándole. 2. &c. llegando.
[d] 1. 2. &c. mil millones y gracias. 1647. mil millones de gracias. H. H². con mil y mil dones y gracias.

gaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre? digo, un tuho ó un tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero?

Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa.

No seria eso, respondió Don Quixote, sino que tú debias de estar romadizado, y te debiste de oler á tí mismo; porque yo sé bien á[a] lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido.

Todo puede ser, respondió Sancho; que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro.

Y bien, prosiguió Don Quixote; he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino: ¿qué hizo cuando leyó la carta?

La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos: y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos[b] matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego, luego[c] en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura: preguntéle si habia ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien; tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno.

---

[a] 1. á lo que. 2. &c. om. *a*. [b] H. H^2. aquestos. [c] R. om. *luego*.

PARTE I. CAPÍTULO XXXI De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos

Todo va bien hasta ahora, dijo Don Quixote; pero díme, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada[a] y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes, dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en[b] agradecimiento de su recado.

Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados; que ahora sólo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, cuando della me despedí, y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

Es liberal en extremo, dijo Don Quixote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas después de pascua; yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas. Por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante; digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia más de mil leguas de donde anocheció. Y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago[c], ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte; y cuando menos[d] me cato, asoma por acullá, encima de una

[a] L. usanza. [b] H. H². y en.
[c] 1. 2. V. B. Lendirago. 3. &c. endriago.
[d] 1. 2. V. B. 3. A. P. &c. cuando no os. 1662. H. H². cuando menos.

nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte ; y á la noche se halla en su posada, cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas ; y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso ; pues, como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volundillas, sin que tú lo sintieses.

Así seria, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos.

Y cómo si llevaba azogue, dijo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? Que, aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora ; por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa ; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante ; y en llegando, le cortaré la cabeza y pondre á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra : á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo.

¡ Ay ! dijo Sancho, ¡ y como está vuestra merced lastimado de esos cascos ! Pues dígame, señor : ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar[a] y perder un

[a] 1. B. pasar. 2. V. 3. P. &c. pisar. [Pellicer, reproduciendo el texto de 1608 que él creyó autorizado, dice que 'en el original del autor se leeria acaso *pasar*.' Indudablemente, y la prueba consta en la primera edición.]

PARTE I. CAPÍTULO XXXI De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos

tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro lincenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y [a] que más vale pájaro en mano que buitre volando; porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja [b] no se venga.

Mira, Sancho, respondió Don Quixote; si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente; porque yo sacaré de adahala antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé, sino á tí?

Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho[c]: y vuestra merced no se cure de ir por ahora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

Dígote, Sancho, dijo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan

---

[a] 2. &c. om. *y*.
[b] H. H². por mal que le enoje.
[c] H. H². lo que yo me he dicho.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos

recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.

Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma[a] de su nombre, que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren[b] se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?

¡O, qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quixote; ¿tu no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pensamientos que á servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de aceptarlos por sus caballeros.

Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena. Aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese.

¡Válate el diablo por villano! dijo Don Quixote, y ¡qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolás, que esperasen un poco; que querian detenerse á beber[c] en una fontecilla[d] que allí estaba. Detúvose Don Quixote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras; porque, puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse

---

[a] 1. 2. V. B. 3. &c. firma. C. firmar.
[b] 1. 2. V. B. 3. &c. fueren. C. fuesen.
[c] H. H2. á comer.
[d] 1. 2. fontecilla. V. B. 3. &c. fuentecilla.

junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian.

Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino; el cual, poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quixote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: ¡ Ay señor mio! ¿ no me conoce vuestra merced? pues míreme bien; que yo soy aquel mozo, Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.

Reconocióle Don Quixote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que después supe que era amo suyo; y así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian más de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. ¿ No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿ No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde; no te turbes

ni dudes en nada; dí lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

¿Cómo al revés? replicó Don Quixote, luego ¿no te pagó el villano?

No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un Sambartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo, descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

El daño estuvo, dijo Don Quixote, en irme yo de allí; que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere[a], si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena.

Así es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada.

Ahora verás si aprovecha, dijo Don Quixote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfre-

---

[a] 1. 2. V. 3. tiene. B. L. diere.

nase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

Así es verdad, respondió Don Quixote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta como vos, señora, decís; que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

No me creo desos juramentos, dijo Andrés; más quisiera tener ahora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para castigo[a], como lo han sido para conmigo.

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: Toma, hermano Andrés; que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

Pues ¿qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés.

Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho; que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura; y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á Don Quixote: Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá

---

[a] 1. 2. V. castigo. B. 3. consigo.

de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuántos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Íbase á levantar Don Quixote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quixote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quixote.

ACABÓSE la buena comida [a], ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron á Don Quixote y á Sancho, le salieron [b] á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso [c], y díjoles [d] que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como la pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria [e] de principes. Don Quixote dijo que sí haria; y así, le aderezaron uno razonable, en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio [f]. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al

[a] H. H[2]. breve comida. [b] H. H[2]. les salieron. [c] H. continente y pausa.
[d] H[2]. continente: y apeándose, díjoles.
[e] B. le pagase mejor . . . le daria.
[f] 1668, &c. falta de sueño. ['Faltos de juicio han estado los que tan arbitraria alteracion han introducido,' según Sr. Máinez.]

barbero, y asiéndole de la barba, dijo: Para mi santiguada, que no se ha aun de [a] aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza: digo el peine, que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quixote que, cuando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba, y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asímismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quixote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haria por entonces el dormir que el comer.

Trataron sobre comida (estando delante el ventero, su mujer, su hija, y Maritornes), todos [b] los pasajeros, de la extraña locura de Don Quixote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dijese que los libros de caballerías que Don Quixote habia leido le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor letrado [c] en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con

---

[a] H. no se ha vuestra merced de.

[b] 2. V. om. *y*. B. L. su hija, Maritornes, y todos.

[c] 1. mejor letrado. 2. &c. mejor letura. H. H². mejor leyenda.

otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe[a] leer; el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir que cuando oigo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias.

Y yo ni más ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer; que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entonces.

Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas; y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero, y que les está una dueña, haciéndoles[b] la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles.

Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo.

Luego ¿bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?

No sé lo que me hiciera, respondió la moza; sólo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias[c]: y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan

---

[a] 1. 2. V. hay algunos que saben. B. L. hay alguno que sabe.
[b] H. H². haciendo.
[c] H. H². otras mil insolencias.

sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

Calla, niña, dijo la ventera; que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.

Como me lo pregunta [a] este señor [b], respondió ella, no pude dejar de respondelle.

Ahora bien, dijo el cura; traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver.

Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abriéndola [c], halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Félixmarte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes.*

Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

No hacen, respondió el barbero; que tambien sé yo llevallos al corral ó á la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

Luego ¿quiere vuestra merced quemar mis libros [d]? dijo el ventero.

No más, dijo el cura, que estos dos: el de *Don Cirongilio* y el de *Félixmarte.*

Pues ¿por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar?

---

[a] 1. &c. pregunta. A². R. H. H². preguntaba. [b] R. esta señora.
[c] H. abriéndola el Cura. H². abriéndola, halló el Cura.
[d] 1. 2. V. 3. mas libros. [El error de imprimir *más* en vez de *mis* sucede á menudo en el *Quijote*, como el error opuesto de *mis* por *más*. Adviértase que el ventero no sabía que el cura había ya quemado los libros del Ingenioso Hidalgo.] B. 1668. mis libros.

Cismáticos quereis[a] decir, amigo, díjo el barbero, que no flemáticos.

Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego García; que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan[b], renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable exército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asímismo[c], con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en su[d] olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes.

Tomáos con mi padre, dijo al dicho el ventero[e]: mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino; por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo[f] de Félixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo exército, donde llevó más[g] de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de Don

---

[a] H. H². querreis. [b] 1. 2. V. B. gran Capitan. 3. &c. el gran Capitan.
[c] 1. &c. asimismo. C. de si mismo. [d] L. A. A². C. M. om. *su*.
[e] 1. el dicho el ventero. 2. V. 3. M. el dicho ventero. B. L. dixo el ventero. H. dijo á lo dicho el ventero. H². dijo al Cura el ventero.
[f] 1. 2. V. leyo Felix Marte. B. se lee en Felix Marte. 3. lei yo en Felix Marte. L. se lee de Felix Marte. M. oí yo de Félix Marte.
[g] 1864. hubo más. H. H². iban más.

Cirongilio de Tracia? que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta [a] que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él, así como la vió, se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambos manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oir. Calle, señor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice.

Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quixote. Así me parece á mí, respondió Cardenio; porque, segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben: y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan; porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque, por Dios, que no soy nada blanco [b]: bueno es que quiera darme

---

[a] H. H². se cuenta.

[b] H. H². nada bobo. [Esto es caso característico de traducción, no de enmienda. *Blanco* quiere decir, en germanía, *necio ó bobo:* véase el *Vocabulario de germanía* de Juan Hidalgo y los dos vocabularios jergales al fin del admirable libro *El delincuente español* (Madrid, 1896), por D. Rafael Salillas.]

vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso, con licencia de los señores del consejo real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio.

Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos ; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener á algunos que ni tienen, ni deben [a], ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad [b], que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos ; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remedi allo ; y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y ¡ quiera Dios que no cojeeis del pie que cojea vuestro huésped, Don Quixote !

Eso no, respondió el ventero : que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras : y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo : y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba [c] de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo.

---

[a] 1. 2. V. 3. &c. ni tienen, ni deben. B. L. no tienen que hacer, ni deben. A. P. H². ni quieren, ni deben.

[b] H. H². creyendo, como es natural.

[c] H. H². determinaria.

PARTE I.
CAPÍTULO XXXII
Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quixote

Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo : Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenia un título grande, que decia: *Novela del Curioso impertinente.* Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo : Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. Á lo que respondió el ventero : Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á[a] algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras ; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo ; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de[b] volver ; que aunque ventero, todavía soy cristiano.

Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura ; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar.

De muy buena gana, respondió el ventero.

Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella : y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

Sí leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon.

Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera ; quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolás á rogarle lo mismo, y Sancho tambien : lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiria, dijo : Pues así es, esténme todos atentos que la novela comienza desta manera :

[a] 1. [por descuido] om. *á*.

[b] R. om. *de*.

DE LA MANCHA

CAPÍTULO XXXIII

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente.

EN Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y autonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen. Bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal [a] y hermosa, de la misma ciudad [b], hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en execucion; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba; y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible: pero, acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de

---

[a] H. H². perdido de amores de Camila, doncella principal.
[b] B. L. misma ciudad, llamada Camila.

los mismos hermanos, cuanto más de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamás lo hubiera hecho; y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamado *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así, le suplicaba [a], si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario, para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estaba [b] en más que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas [c] su mujer conversaba; porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien más satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hubiese [d]; porque suele acontecer que, con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra ó de vituperio; de lo cual, siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; sólo Lotario era este, que con tanta [e] solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar [f] y acortar los dias del concierto del ir á su casa; porque no

[a] 1. su publicaba. 2. &c. le suplicaba. [b] 1. 2. V. 3. estaba. B. L. estimaba. H. H[2]. le estaba. [c] H. como de tener en ver qué amigas. H[2]. como de mirar con qué amigas. [d] 1. 2. V. hiciese. B. hubiese. [e] 1. 2. V. B. 3. toda. L. tanta. [f] H. H[2]. dezmar, sisar.

pareciese mal [a] al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que, puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los más de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que, en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones [b]:

Pensabas, amigo Lotario [c], que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido [d], y sobre al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo [e]. Pues, con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo; porque, no sé qué dias [f] á esta parte, me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este secreto [g], como si de industria procurara decillo á todo el mundo. Y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él [h] y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imagina-

---

[a] 1. mas. 2. &c. mal.

[b] 1. 2. V. 3. las semejantes razones. B. H. las razones siguientes.

[c] 1. 2. V. 3. Bar. Pensabas, amigo Lotario. B. L. Bien sé, amigo Lotario. C. R. Pensarás, amigo Lotario.

[d] 1. 2. V. 3. recebido, y sobre al que me hizo. B. recebido y mucho menos al que me hizo. L. C. H. H². M. recibido, y sobre todo. [Pero la voz '*sobre*' no es adverbio, sino verbo.]

[e] 1. 2. V. 3. deuo, y en el que puedo. C. om. *y*. B. deuo, á lo menos en el que puedo. H. H². debo, sí en el que puedo.

[f] 1. 2. V. 3. no sé qué dias. B. L. no sé de qué dias.

[g] H. con este propósito. H². con este intento.

[h] 1. que con en el.

PARTE I.
CAPÍTULO XXXIII
Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente

cion, qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenia cierto [a] que se podria prometer dél, ó ya consejos para entre ellos [b], ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga, es pensar si Camila [c], mi esposa, es tan buena [d] y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, o amigo, que no es una mujer más buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes. Porqué ¿qué hay que agradecer, decia él [e], que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que, en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Así que, la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento; de modo que, por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella [f] sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vacío [g] de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero ¡ o amigo Lotario! que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada,

---

[a] H. H². tenia por cierto. [b] 1. 2. V. B. M. entre ellos. 3. &c. entretenellos. L. remediallos. H. contenellos. H². contrarrestallos. [c] H. H². el deseo que me fatiga es de ver si Camila. [d] 1. 2. V. estava buena. B. L. es tan buena. 3. esta tan buena. [e] H². om. *decia él.* [f] H. H². poner en él. [g] H. H². colmo el vaso.

recogida y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, á fiar de tí esta tan ardua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á sólo tener por hecho lo que se ha[a] de hacer por buen respeto ; y así, no quedaré yo ofendido más de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio ; que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno, como el de la muerte. Así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado ; y viendo que no decia más, después que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dijo : No me puedo persuadir ¡ o amigo Anselmo ! á que no sean burlas las cosas que me has dicho ; que, á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras ; porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco ; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario : el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser : porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces ; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*, que[b] quiso decir, que no se habia de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿ cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina ? Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues díme tú ahora, Anselmo : ¿ cuál destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides ? Ninguna por cierto ; antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente ; porque, si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto ; y siendo yo el instru-

[a] H. H². lo que no se ha. [Enmienda aprobada por Pellicer, la Academia y Clemencín, y rechazada en el *Cervantes vindicado* de Juan Calderón, páginas 92-96.]
[b] H. H². en que.

mento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo ¿ no vengo [a] á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida ? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo ; que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo : Paréceme ¡ o Anselmo ! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que se les han de traer exemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen : Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales. Y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos ; y aun con todo esto, no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra [b] religion : y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado [c] el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre ; y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo ; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, díme, Anselmo : ¿ tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada ? persuadir á una honesta ? ofrecer á una desinteresada ? servir á una prudente ? Sí que me lo has dicho : pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿ qué buscas ? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá [d] sin duda, ¿ qué mejores títulos piensas darle después, que los que ahora tiene ? ó ¿ qué será más después de lo que es ahora ? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides : si no la tienes por la que dices, ¿ para qué quieres probarla, sino, como á mala, hacer della lo que más te viniere en gusto ? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues después de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que, es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales

[a] 3. A². P. C. &c. tanto mal tuyo, yo vengo.
[b] B. 3. L. A². P. C. nuestra sacra. [c] B. 3. L. A². P. C. malgastado.
[d] H. H². saldria.

antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices, que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque, puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido: porque bastará, para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mismo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las *Lágrimas de San Pedro*, que dice asi:

Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro, cuando el dia se ha mostrado;
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza,
No sólo ha de moverle el ser mirado;
Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor; antes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos: que puesto que aquello sea ficcion

poética, tiene en sí encerrados secretos morales [a], dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: cuanto más, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Díme, Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, y [b] que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿ seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí, á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es [c] tan duro y tan fino como dicen [d]? Y más, si [e] lo pusieses por obra, que [f] puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria más valor ni más fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿ no se perdia todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la ajena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre; pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á más valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedarias sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de tí mismo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿ para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle, los cazadores usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después, ojeándole, le encaminan hácia aquel lugar; y así, como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de

---

[a] H. precetos morales. H². ejemplos morales. [b] C. H. om. *y*. H. y si. [c] H². si era. [d] H². decian. [e] H². que si. [f] H². om. *que*.

otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes; porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que puede por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asímismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y oscurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos, y por entre las verjas de hierro, gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio[a] la mujer,
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podria ser.

Y es más fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
Á peligro de romperse
Lo que no puede soltarse.

Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo;
Que si hay Dánaes en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho ¡ o Anselmo ! ha sido por lo que á tí te toca; y ahora es bien que se oiga algo[b] de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname; que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí, está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito como me pides, cierto está[c] que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago

[a] 3. P. A². &c. vidro. [b] H. H². es bien que te diga algo. [c] H. H². cierto es.

una cosa tan fuera de aquello á[a] que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda; porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada, te toca á tí, como á cosa suya, su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion[b] para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su[c] descuido y poco recato, estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que, no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por que con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme; que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado sinistro, de la cual formó á nuestra madre Eva; y así como Adan despertó y la miró, dijo: Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo: Por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma. Y entonces fué instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace más en los buenos casados; que, aunque tienen dos almas no tienen más de una voluntad; y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque, así como el dolor del pie ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que él lo sepa[d]. Mira, pues, ¡o Anselmo! al peligro

---

[a] 1. &c. om. *á*. C. aquello á.

[b] H². ocasion, con su descuido y poco recato, para que, &c.

[c] H. H² mano, con su.

[d] H². deshonrado, sin que él tenga la culpa.

que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura; que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: Con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de verdadera amistad que alcanzas; y asímismo veo y confieso que, si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has que considerar [a] que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse: así que, es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con sólo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome [b] de no verme sin honra. Y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda: y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada: pues con brevedad, viendo ella [c] la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque más inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con sólo que comiences, daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué más exemplos traerle, ni qué más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á

[a] 1. has que considerar. 2. &c. has de considerar.
[b] H. H². sino preservándome.
[c] B. L. A. &c. viendo en ella.

otro cuenta de su mal deseo; por evitar mayor mal, determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho: y así, le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese más gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como[a] á sus solas pudiese hablar á Camila, y asímismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haria. Á todo se ofreció Lotario, bien con[c] diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado, esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir más de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio: pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila: y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recibido de Camila, la cual le recibia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila, en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario, que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla; y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así

[a] H. H². tiempo en que. [b] H². H. ofrecerla y que darla. [c] H.H². con bien.

le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual, como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que, como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase, para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí; que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió, pues, que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamás podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo; hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla; que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré más pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia que decirse[a] para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo

---

[a] H. H². que hacerse.

dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en más de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira ; y para ver si esto era así, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila. Lotario le[a] respondió que no pensaba más darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡ Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio ! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir ; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿ para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme en tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo ? No dijo más Anselmo, pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario ; el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba : cuanto más, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad más segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausensia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no lejos de la ciudad ; con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. ¡ Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo ! ¿ qué es lo que haces ? ¿ qué es lo que trazas ? ¿ qué es lo que ordenas ? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila ; quieta y sosegadamente la posees ; nadie sobresalta tu gusto ; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa ; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo ; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿ para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que todo venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los

---

[a] R. om. *le*.

debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que[a] busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quien
Jamás espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido
Que, pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella; que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia cómo para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya, llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo, la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces[b] el mandamiento de su señora; antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado: mas la honesta presencia de Camila, la gravedad

[a] I. &c. el que. C. al que. [b] R. todas las veces.

PARTE I. CAPÍTULO XXXIII Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente

de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos porque; si la lengua callaba, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que un corazon[a] de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideracion comenzo poco á poco á dar asalto á los respetos que á[b] Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, é irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más habia[c] sido la locura y confianza de Anselmo, que su poca[d] fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento, sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en más á Camila, la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabia qué hácerse, y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones:

---

[a] 1. 2. V. L. A. Bo. no que un corazon. B. cuanto mas un corazon. 3. P. A[2]. no un corazon. [Enmienda pésima que convierte el buen sentido en sandez. La construcción es muy frecuente en el *Quixote*: v. gr. '*me revuelve el alma no que el estómago*,' en el capítulo xxv. pág. 230.]
[b] R. om. *á*. [c] H[2]. habria. [d] H. que seria su poca.

CAPÍTULO XXXIV

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.

'ASI como suele decirse que parece mal el exército sin su 'general y el castillo sin su castellano, digo yo que 'parece muy peor la mujer casada y moza sin su 'marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. 'Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada 'de no poder sufrir esta ausencia, que si presto 'no venís, me habré de ir á entretener en casa de 'mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra; porque la que dejastes, 'si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que 'por lo que á vos·os toca; y pues sois discreto, no tengo más que 'deciros, ni aun es bien que más os diga.'

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusion que primero; porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia. Pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle pudiese, sin dar más cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian des-

pertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, á él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la auscencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza; y así, acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos[a] se pensaba y más deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro, que nos muestra que sólo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Sólo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que así, acaso y sin pensar y no de propósito, la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenia y más estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa; abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar ¡o amigo Anselmo! dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el comedimiento[b] y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo; que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar á ellos; que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y pues á pie enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que

[a] H. H². triunfar del cuando menos. [b] H. H². entendimiento.

en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero, con todo eso, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento, aunque[a] no se aprovechase de allí adelante[b] de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que sólo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten: díle tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores; que los versos yo los haré, y si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo[c] á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco más desenvoltamente que cuando él estaba en casa, pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario[d] y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas, por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo

---

[a] H. H². y aunque. [b] H. H². de allí adelante con Camila.
[c] 1. 2. 3. Lotario. V. B. Bar. 1637. &c. Anselmo. H². traidor amigo, y Lotario entretuvo al engañado esposo y avisó á la vencida esposa, y vuelto Anselmo.
[d] B. la virtud de Lotario. H². la bondad de Lotario.

que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada; porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobio hace á su buen crédito: pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice asi:

SONETO.

En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto á Camila; pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dijo Camila: ¿Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad? En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario; y así, con el gusto que de sus cosas tenia, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ú otros versos sabia, los dijese. Sí sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, menos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero: y si no soy creido,
Es más cierto el morir, como es más cierto
Verme á tus pies, ¡o bella ingrata! muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡ Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece !

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el [a] primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa [b] su deshonra ; pues cuando más Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba más honrado ; y con esto, todos los escalones que Camila bajaba [c] hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo : Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de estimar [d] mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela ; que no está la monta [e], ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse ; y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda ; con este corre y con aquel va despacio ; á unos entibia y á otros abrasa ; á unos hiere y á otros mata ; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye ; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista [f]. Y siendo así ¿ de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros [g] la ausencia de mi señor ? Y era

---

[a] H. H². hecho con el. [b] L. trazava [c] 1. baja. 2. &c. bajaba.
[d] 1. V. B. 1668. de estimar. 2. V. B. 3. &c. de desestimar.
[e] H. H². que no quita la monta. [f] 1. resistia. 2. &c. resista.
[g] 1. 2. V. B. 3. A, &c. rendirnos. L. rendiros.

PARTE I.
CAPÍTULO
XXXIV
Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente

forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios[a]. Todo esto sé yo muy bien más de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora; que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto más, señora Camila[b], que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que, ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no sólo tiene las cuatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un ABC entero: si no, escúchame, y verás cómo te lo digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido*, *bueno*, *caballero*, *dadivoso*, *enamorado*, *firme*, *gallardo*, *honrado*, *ilustre*, *leal*, *mozo*, *noble*, *onesta*, *principal*, *quantioso*, *rico*, y las *SS* que dicen, y luego *tácito*, *verdadero*: la X no le cuadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la *Z zelador* de tu honra. Rióse Camila del ABC de su doncella, y túvola por más plática en las cosas de amor que ella decia[c]; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad: de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á más que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí pasaban; porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de cojear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila de que por ella habia de perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, después que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre

---

[a] H. H². en los peligrosos. [b] H. H². hermosa Camila. [c] H. H². creia.

otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su [a] Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no sólo no la osaba reñir, más dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos, para que no fuese visto de su marido. Pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: sólo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó, rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos; pues sin hacer alguno [b] que bueno fuese, ni aun razonable, sin más ni más, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dijo: Sábete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que más te encubra. Sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí asímismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero, habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado, sino con pensamiento, y podria ser que, desde este hasta [c] el tiempo de ponerle por obra, se mudase el de Camila,

[a] B. H. H². om. *su*. [b] 1668. sin hacer ninguno.
[c] 1. 2. V. deste este hasta. B. L. desde este hasta. 3. &c. deste hasta.

y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así, ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré[a], para que sin engaño y con medroso advertimiento[b] te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otros veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha comodidad; y[c] entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir; porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir[d] tu consejo: haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán neciamente[e] habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomarse[f] para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin, acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella[g] así como vió que le[h] podia hablar, le dijo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario[i] de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que[j] el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad; y en creyéndola, acabó de

---

[a] 1. 2. &c. dire. 1668. A. P. A². &c. dare.
[b] H. H². y con maduro advertimiento. [c] H. om. *y*. [d] 1668. he seguido.
[e] H. H². cuán necio. [f] H. H². tomar. [g] 1. 2. 3. y alli. V. B. y ella. [h] 3. la.
[i] C. R. secretaria. [j] H. para desmentille con que. H². para mentille que.

estar confuso y arrepentido del todo: pero, con todo esto, respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Díjole asímismo lo que, instigado de la furiosa rabia de los celos habia dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara[a] la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo, y muchas y discretas razones, le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero, como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal más que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que, en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase y que á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera aunque no supiera[b] que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay más que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare: no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia, con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse: que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido, pues, Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique[c] de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo: ¡ Ay Leonela amiga! ¿ no seria mejor que antes que llegase á poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga

---

[a] 1. 2. V. B. 3. &c. á la clara. C. á las claras. [b] H. H². cuando no supiera.
[c] 1 2. V. ibase á pique. B. y se via á pique. L. se iva á pique. C. y se vía á pique. H. y verse á pique. H². y víase á pique. M. veiase á pique.

de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal; que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale; que sin duda alguna él debe de estar [a] en la calle, esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡ Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, y ¿ qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿ Quieres por ventura quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no dés lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en execucion el tuyo, hará él que te estaria más mal que quitarte la vida. ¡ Mal haya mi señor Anselmo, que tanto mano [b] ha querido dar á este desuellacaras en su casa! y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿ qué hemos de hacer dél después de muerto? ¿ Qué, amiga? respondió Camila: dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo [c] el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba; que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese: pero detúvole el deseo de ver en qué paraban tanta gallardía [d] y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente, y á decir: ¡ Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dijo: ¿ Porqué no vas, Leonela, á llamar al más

---

[a] 1. de debe de estar. 2. &c. el debe de estar.
[b] 1. 2. 3. tanto mal. V. Bar. tanto mando. B. L. A. &c. tanto mano.
[c] 1. 2. V. B. 3. descanso. 1668. A^2. descargo. [d] C. tan gallarda.

leal[a] amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina; no se esfogue[b] con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila: porque ya que sea atrevida y simple, á tu parecer, en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa[c] de su desgracia; yo moriré, si muero: pero he de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡Válame Dios! ¿no fuera más acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de[d] que Camila no sólo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle. Mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la apunté[e] á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que, de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese: ni aun yo lo creí después por muchos dias, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. ¡Afuera pues, traidores[f]! ¡aquí, venganzas! entre el falso, venga, llegue, muera, acabe[g], y suceda lo que sucediere. Limpia entré en

---

[a] 1. 2. V. A. [frase irónica] leal. B. 3. &c. desleal amigo de amigos.
[b] 1. 2. V. B. esfogue. 3. &c. desfogue. [que viene á ser lo mismo.]
[c] 1. 2. V. B. 3. la causa. L. A. la culpa.
[d] B. L. om. *de*.
[e] H². ya se la comencé.
[f] L. traydor. H. H². temores.
[g] 2. &c. y acabe.

poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del más falso amigo que vió la amistad en el mundo. Y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detrás de unos tapices, donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le pareciera que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas: y ya quisiera que[a] la prueba de venir Lotario faltara[b], temeroso[c] de algun mal repentino suceso. Y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano, y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches; que después responderás lo que más te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que, desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así, correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así, respondió á Camila desta manera: No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo. Si lo haces por delatarme la prometida merced, desde más lejos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está más cerca de poseello; pero, porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo[d] que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme[e] testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco y tengo en la misma posesion[f] que él te tiene, que á

[a] 2. V. 3. om. *que*. [b] 3. &c. om. *faltara*. [c] 3. aunque temoroso.
[d] 1. 2. V. desso. B. 3. &c. digo.
[e] 1. 2. tu tambien sabes . . . por me hazer. B. tu tan bien sabes . . . por no hazerme. L. tu tambien sabes . . . por no hazerme.
[f] H. H². opinion.

no ser así, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora, por tan poderoso enemigo como el amor, por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿ con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasion le agravias? Pero ya cayo[a] ¡ ay desdichada de mí ! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia ; que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, díme : ¿ cuándo ¡ o traidor ! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿ Cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas[b] y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿ Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia[c], pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado; y así, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece : y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado[d] que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido de[e] huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que más me fatiga, y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria más pública mi culpa ; pero antes que esto hago, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuere, la pena que de la justicia desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria

---

[a] 1. 2. &c. cayo. L. A. &c. caygo.
[b] H. H². desechadas.
[c] H. persistencia. H². pertinacia.
[d] H². con la mayor maldad.
[e] B. L. del.

PARTE I. CAPÍTULO XXXIV Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente

y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad[a], que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre; porque viendo que no podia herir[b] á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario le tenia asida[c], la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, á sacar la daga, y en[d] ver la pequeña herida, salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pedíale asímismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. Él respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; sólo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde[e] gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho[f], la sangre á su señora, que no era más de aquello

---

[a] 1. 2. V. 3. fealdad. B. 1637-62-68. falsedad.

[b] 1. 2. V. 3. auer. B. herir.

[c] H. soltar de la daga la mano de Lotario que la tenia asida. H². soltar la daga de la mano de Lotario que la tenia asida.

[d] 1. 2. &c. en. C. al.

[e] M. donde.

[f] H. H². Leonela tomó, como se la habia dicho.

que bastó para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella, si diria[a] ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo[b], y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dejar de ver; á lo que Leonela respondia[c] que ella, ni aun burlando, no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora; de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es, la podrás[d] encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demás déjalo á mi cargo, y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habian trasformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa é ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él, sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila. Todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna

---

[a] 1. daria. 2. &c. diria.
[b] 1. 2. V. ruego suyo. B. 3. L. &c. riesgo suyo.
[c] H². respondió.
[d] 1. 2. V. la podrá. B. 3. se podra. 1668. la podrás.

alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ser [a] la causa [b] por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y así, entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él; y que, segun esto, no habia de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él; pues por su industria y medio él se veia levantado á las más alta felicidad que acertara desearse [c], y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que el hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacíon, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevó [d] por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebíale Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad, con tanto artificio hasta allí cubierta [e], y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, y da [f] fin á la novela del Curioso impertinente [g].

POCO más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quixote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante, enemigo de la señora

[a] 1. creia ser. 2. &c. creia ya ser.
[b] H. H². om. *la causa.*
[c] H. H². á desearse.
[d] 1. 2. V. 3. lleva. B. L. llevaba.
[e] A². C. &c. encubierta.
[f] 1. &c. se da.
[g] [En la primera edición el epígrafe de este capítulo es '*Donde se da fin á la novela del Curioso impertinente.*' La Academia en 1780 pasó del capítulo xxxvi al xxxv la parte del epígraphe que le corresponde.]

princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo.

¿Qué dices, hermano[a]? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba; ¿estais en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quixote decia á voces: Tente, ladron, malandrin, follon; que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes.

Y dijo Sancho: No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quixote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á Don Quixote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porqué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante. Y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea

[a] 1. 2. Que dices, hermano. V. B. C. Que decis, hermano.

con su enemigo; y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con Don Quixote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quixote; mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento; que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismísimos[a] ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente.

¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este[b] aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?

No sé nada, respondió Sancho; sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el malificio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se

---

[a] 1. M. mismisimos. 2. [y todas las demás.] mismos.
[b] H. H². en que nada este.

habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á Don Quixote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa[a] señora, vivir de hoy más segura, que[b] le pueda hacer mal esta mal nacida criatura, y yo tambien, de hoy más, soy quito de la palabra que os dí, pues con el ayuda[c] del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

¿No lo dije yo? dijo, oyendo esto, Sancho: sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde.

¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, sino el ventero que se daba á Satanás; pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quixote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo[d] de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, ¡que mala ventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo! y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora, por su respeto, vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo

---

[a] 1. 2. V. B. A. famosa. 3. P. A². C. &c. fermosa.
[b] 1. 2. V. B. A. segura que. 3. P. A². C. &c. segura sin que.
[c] 1. el ayuda. 2. V. B. la ayuda. C. con ayuda.
[d] 3. el coste.

romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy.

Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena; que todo se haria bien, y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió, pues, que, por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada; y Camila, de industria, hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de[a] la voluntad que le tenia; y para más confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su

---

[a] H. H². om. *de*.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto

deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que[a] tenia Leonela de verse calificada para con sus amores[b] llegó á tanto, que, sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en execucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: Sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo; antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataria. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: No me mates, señor, que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar. Dílas luego, dijo Anselmo; si no, muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada; déjame hasta mañana; que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así, se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo; porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer), que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no: y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en

[a] 3. A². &c. En esto el gozo que. [Adición impertinente, como casi todas las de la tercera edición cuando no copia servilmente la de Bruselas.]

[b] 1. 2. V. no de con sus amores. B. no con sus amores. 3. no en sus amores. 1637-62. L. para con sus amores. H. H². calificada, aunque no de buena en sus amores.

que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él asímismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, sólo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razon de lo que pedia [a]. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres [b] abiertos, y que dellos faltaban las más de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario. Mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado, á su parecer, del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra; porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros; y allí se estuvo hasta casi que [c] anochecia, y á [d] aquella hora vió que venia un hombre á caballo, de la ciudad, y después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: Las más extrañas que muchos dias ha se han oido en ella; porque se dice públicamente

[a] H. H². dar razon de lo que pasaba.
[b] H. H². om. '*Acertó acaso buscando*' [y pone:] 'Tornó, confuso y atónito, á buscar á Camila, y vió sus cofres.'
[c] 1. 2. V. B. 3. hasta casi que. 1637. L. hasta que casi (véase el capítulo xlvii. pág. 467.)
[d] 1. om. *á*.

qué Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio; sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Á Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas, casi, casi llegó á términos Anselmo no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas[a]. Viéndose, pues, solo, comenzó á cargar[b] tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció que se le iba[c] acabando la vida; y así, ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento; y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, habiéndole llamado primero; y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

'Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas 'de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, 'porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad 'de querer que ella los hiciese; y pues yo fuí el fabricador de mi 'deshonra, no hay para qué . . .'

---

[a] B. la puerta. [b] B. comenzó á cargarle.
[c] 3. P. A.[2] C. R. conoció, por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba. [Otra vez, embutido impertinente del editor de la tercera.]

Hasta aquí escribió Anselmo; por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que, aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec[a] al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual, sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela: pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer algo tiene del imposible[b]; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.[c]

ESTANDO en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos.

¿Qué gente es? dijo Cardenio.

Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo, á la jineta, con lanzas y adargas, y todos con

---

[a] H². Monsieur de Aubeni. [b] 3. P. A.² C. de imposible.

[c] [En el original se lee '*Que trata de la brava, y descomunal batalla que don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron.*' Véase la nota *g*, capítulo xxxv., pág. 348.]

antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer, vestida de blanco, en un sillon, asímismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pie.

¿ Vienen muy cerca ? preguntó el cura.

Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan.

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote, y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la mujer que en el sillon venia ; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna ; sólo que, al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza.

Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba[a], se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba[b], el cual le respondió : Par diez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta ; sólo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto ; y esto dígolo porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de lo que él ordena y manda. Y la señora ¿ quién es ? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma ; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que[c] habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos dias que los acompañamos ; porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía,

---

[a] H.[2] entraba. [b] B. L. lo que saber desseaba. H. H[2]. lo que deseaba.
[c] 1. 2. V. 3. la que. B. lo que. H. H.[2] más de lo que os he dicho.

ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. Y ¿ habeis oido nombrar á alguno dellos ? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima ; y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va ; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo más cierto ; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura ; y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella, y le dijo : ¿ Qué mal sentís, señora mia ? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. Á todo esto callaba la lastimada señora ; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, al[a] que dijo el mozo que los demás obedecian, y dijo á Dorotea : No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamás la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando ; antes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio ; y así, como las oyó, dando una gran voz, dijo : ¡ Válgame Dios ! ¿ qué es esto que oigo ? ¿ Qué voz es esta que ha llegado á mis oidos ? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quién los daba, se levantó en pie y fuése á entrar en el aposento ; lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desa-

[a] 1. &c. om. *al.*

sosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber porqué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas; y por estar tan ocupada en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asímismo la tenia, era su esposo don Fernando; y apenas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ¡ay! se dejó caer de espaldas, desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo.

Acudió luego el cura á quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase, con todo esto, de tener [a] á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro [b] á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asímismo Cardenio el ¡ay! que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido; y lo primero que vió fué á don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos; Dorotea á don Fernando, don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera: Dejadme, señor don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo

[a] L. pero no por esto dexava de tener. H. pero no tanto que dejase. H². pero no bastó para que dejase.
[b] H. H². conocido en sus gritos á Cardenio.

hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas: notad cómo el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis, por mil costosas experiencias[a], que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que, como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que[b] don Fernando aun no la dejaba de sus brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo más que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, y[c] la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta, hasta que, á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querria que cayese en tu imaginacion

---

[a] H². sabeis por mi constante resistencia.
[b] 1. 2. V. 3. que viendo que. B. mas viendo que. L. y viendo que.
[c] 1. 2. B. V. y. 3. &c. om. *y*.

pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido sólo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa, á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio; ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil [a] te será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo menos y admíteme por tu esclava; que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien [b] afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no dés tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, á los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas [c], ó ninguna nobleza, hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto más, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que, quieras ó no quieras, yo soy tu esposa; testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me

[a] 2. &c. om. *te*. [b] R. om. *bien*. [c] 1. pocas. R. poca.

desprecias: testigo será la firma que hiciste[a], y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla don Fernando, sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenian. El cual, lleno de confusion y de espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó don Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de don Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurando[b] á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dijo: Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron[c], cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con

---

[a] H. H². testigo será la prenda que me diste.
[b] 1. 2. V. prosupuesto . . . aventurando. B. 3. &c. pospuesto . . . aventurándose.
[c] H. H². recibieran.

la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan á esta vida, que en la vuestra se sustenta.

Extraño espectáculo fué este para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada; y así, como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible, deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar é igualar[a] á ti mismo á la que, pospuesto[b] todo inconveniente, confirmada[c] en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele; y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos

---

[a] 1. 2. V. B. 3. &c. levantar á igualar. H. H². levantar é igualar. [Véase más adelante, pág. 364: *levantarse é igualarse.*]
[b] 1. 2. V. prosupuesto. B. 3. &c. pospuesto. [c] H. H². confiada.

que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza; y todos rodeaban á don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que, siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso, como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos [a] irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos asímismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto más hacerle ventaja, y [b] que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo, advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada; y que, cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota de [c] menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las leyes fuertes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen

---

[a] 1. 2. V. 3. lazos. B. L. &c. casos. [b] H. H². om. *y*. [c] H. H². nota ni.

parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: Levantáos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que, viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido; pues la misma ocasion y fuerza que me movió para aceptaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y que esto sea [a] verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio; que yo rogaré [b] al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea. Y diciendo esto, la tornó á abrazar y á [c] juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señas [d] de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento proprio y los otros del ajeno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos; y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabia qué responderles; y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con

---

[a] H. Y para conocer que esto sea. H². Y si dudais si esto sea.
[b] 3. P. A². C. R. H. H². yo de rodillas rogaré. [c] C. om. *á*.
[d] 1. &c. señas. C. señales.

breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así, como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido; y que así, se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con más comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se habia ido; y que, en resolucion, al cabo de algunos meses vino á saber cómo estaba en un monasterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio: y que así, como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar, temeroso que, en sabiendo que él estaba allí, habia de haber más guarda en el monasterio; y así, aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio, buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja; y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así, como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así, acompañados de silencio y de lágrimas, habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue[a] *la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras*[b].

TODO esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su dictado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida, y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura, como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses[c] que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con melancólico semblante, entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino; que ya todo está hecho, y concluido.

---

[a] 1. 2. V. 3. Bar. Que trata donde se prosigue. B. L. A. &c. om. *que trata.*
[b] V. Bar. aventuras graciosas.
[c] H. daños y reveses. H². daños y perjuicios.

PARTE I.
CAPÍTULO XXXVII
Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

Eso creo yo bien, respondió Don Quixote; porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida; y de un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua.

Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.

Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó Don Quixote; ¿estás en tu seso?

Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar; y verá á la reina convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar.

No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quixote; porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo.

Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente[a]: y[b] ví yo que el ventero, que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quixote; dáme de vestir, y déjame salir allá fuera; que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el cura á Don Fernando y á los demás[c], las locuras de Don Quixote, y del artificio que

---

[a] H. sino que real y verdaderamente. H². sino real y verdadera.
[b] H. om. *y*.
[c] 3. P. A². &c. y á los demás que allí estaban.

habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asímismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecia, ser el más extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo más el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse[a] Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria[b] la persona de Dorotea. No, dijo don Fernando, no ha de ser así; que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

No está más de dos jornadas de aquí[c].

Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas, á trueco de hacer tan buena obra.

Salió en esto Don Quixote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela[d] y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á don Fernando y á los demás la extraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia; el cual, con mucha gravedad y reposo, puesto los ojos en la hermosa Dorotea, dijo: Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho; porque de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del rey nigromante, de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque, si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí,

[a] H. H². Ofreció. [b] 3. P. A². &c. representaria suficientemente.
[c] L. dos jornadas de aquí, dixo el cura. [d] H. H². su adarga.

hallara á cada paso cómo otros caballeros, de menor fama que la mia, habian acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.

Vístesos[a] vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quixote en ninguna manera; y Don Quixote prosiguió diciendo: Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno[b]; porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias.

No dijo más Don Quixote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quixote, con mucho donaire y gravedad le respondió: Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invulnerable[c] brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para

---

[a] C. R. visteos.
[b] H. no le deis consentimiento. H². no le hagais caso.
[c] 1. 2. V. Bar. invenerable. B. 3. L. P. A². C. M. invencible. 1637-68. invenerable. H. H². invulnerable.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea; y en oyéndolo Don Quixote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: díme, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir[a] ahora, que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto . . . (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo.

Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho; que bien podrá ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño ¡vive Dios! porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá; quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demás de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino.

Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta.

Basta, dijo don Fernando, y no se hable más en esto; y

[a] H. H[2]. no me acabas tú de decir.

PARTE I. CAPÍTULO XXXVII Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quixote; porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva.

Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quixote; y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun más, si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quixote y don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asímismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros á los pies la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle[a], de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre; y llegándose á la que en el traje parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo:

[a] H. airoso talle. H[2]. aventajado talle.

No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta[a], pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero, con todo esto, si gustáredes de pasar[b] con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: Señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado.

No se le pregunta otra cosa ninguna[c], respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve.

Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida; que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.

Decidme, señor, dijo Dorotea: esta señora ¿es cristiana, ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

---

[a] H. H². incomodidad y falta de regalo que aquí hay. M. incomodidad de regalo que aqui hay.
[b] 1. 2. V. B. passar. 3. &c. posar. [Véase *Lazarillo de Tormes* (el capítulo que nos dice *Cómo Lázaro se asentó con un Escudero, y de lo que acaeció con él*): 'pásate como pudieres': 'pasemos como podamos'.]
[c] H. H². No era preguntarle cosa ninguna.

Mora es en el traje y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.

Luego ¿no es bautizada? replicó Luscinda.

No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, después que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mio. Estas razones pusieron[a] gana, en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era más para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano, y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian, y lo que ella haria. Él en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así, se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que á Luscinda, y Luscinda por más hermosa que á Dorotea: y todos los circunstantes conocieron, que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le[b] aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos el deseo de servir y acariciar[c] á la hermosa mora. Preguntó don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoraida; y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: No, no Zoraida: María, María, dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida. Estas palabras, y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las

[a] 1. 2. V. 3. Estas razones puso. B. L. Estas razones pusieron. A. Con estas razones puso. [b] 1. &c. le. C. H. H². la. [c] H. H². agasajar.

mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: Sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: Sí, sí, María: Zoraida *macange*, que quiere decir *no*. Ya en esto llegaba la noche[a], y por órden de los que venian con don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar[b] lo mejor á él le fué posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quixote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles más viendo que, dejando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera[c], que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora, que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se han de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen

---

[a] 1. 2. V. Ya en esto llegaba la noche. B. L. Ya en esto seria las quatro de la tarde.
[b] B. L. merendar [Adviértase que '*ya en esto llegaba la noche*', y que, por consiguiente, sería un tanto tarde para la merienda.]
[c] 1. viere.

PARTE I. CAPÍTULO XXXVII
Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto, que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para executallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un exército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y[a] conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó del guerrero, trabaja más; y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina; porque aquella intencion se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este, ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas; que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;* y la salutacion que el mejor Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus

[a] 1. &c. saber y. H. H². saber ó.

PARTE I. CAPÍTULO XXXVII Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

allegados y favoridos[a] fué decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijesen : *Paz sea en esta casa.* Y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros;* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quixote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; antes, como todos los más eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto[b] que entre ellos llaman andar á la sopa: y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea, que, si no calienta, á lo menos entibie su frio, y en fin, la noche duermen[c] debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose

[a] 1. favoridos. 2. V. B. 3. A. L. Bo. P. A². C. R. H. H². favorecidos.
[b] 1. 2. V. 3. este. B. &c. esto. [c] 3. P. A². C. &c. duermen muy bien.

acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud; pero, contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote, de las armas y las letras.

PROSIGUIENDO Don Quixote, dijo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atendido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su exercicio; lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la

borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo[a], podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme[b], señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse; así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es más fácil premiar á dos mil[c] letrados que á treinta mil[d] soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven: y esta imposibilidad fortifica más la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan[e] los mares de cosarios; y finalmente,

---

[a] H. H². sano y bueno.
[b] H. H². Porque decidme.
[c] H. H². doscientos.
[d] H. H². om. *mil.*
[e] 3. P. A². C. H. despojan. [Véase cap. xiv. pág. 116, '*hasta que hubiese despejado las sierras.*']

si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razon averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al [a] estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse [b] quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece [c] pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria [d] á visitar los profundos senos de Neptuno, y [e] con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que apenas uno ha

[a] I. &c. á el. [b] H. estése. [c] H. H². Y si este parece no.
[d] H. H². irá. [e] H. H². om. *y*.

caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes; valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería! á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que [a] un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero; y que sin saber cómo ó por donde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este exercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido, por el valor de mí brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Todo este largo preámbulo [b] dijo Don Quixote en tanto que los demás cenaban [c], olvidándose de llevar bocado á la boca; puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase [d]; que después habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima de ver que hombre que, al parecer, tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra

[a] H. H². á que.
[b] H. H². discurso.
[c] B. L. merendavan.
[d] B. L. que comiesse.

PARTE I.
CAPÍTULO XXXVIII
Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote, de las armas y las letras

y pizmienta caballeria. El cura le dijo que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar [a], levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zoraida : á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que sólo temia que el cuento no habia de ser tal, que le diese el gusto que él deseaba ; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El cura y todos los demás se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron ; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza ; y así, estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio ; y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna ; aunque, en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió [b] de haber sido soldado los años de su juventud ;

[a] B. L. acabaron de merendar.

[b] H. procedia.

que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alexandro pareciera estrecho; y así, llamándonos un dia á todos tres á solas, en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de eligir exercicio tal, que cuando mayores os honre y aproveche; y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida: pero querria que, después que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré [a]. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia; y el que yo digo, dice [b]: Iglesia, ó mar, ó casa real, como si más claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga ó la Iglesia, ó navegue exercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: Más vale migaja de rey, que merced de señor. Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle [c] en su casa; que, ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto. Y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, después de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese

[a] V. Bar. diere. [b] L. y es este que yo os diré. [c] H. H². servir.

su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, á lo que yo creo, el más discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido ; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre ; y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi exemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil [a] en dineros, y más tres mil que, á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio, que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímosselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave genovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos, nueva alguna ; y lo que en este discurso de tiempo he [b] pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tuvo nueva de la liga que la santidad del papa Pio

[a] 1. 2. V. B. cuatro mil. 3. cuatro mil ducados. [b] L. me he.

Quinto, de felice recordacion, habia hecho con Venecia[a] y con España contra el enemigo comun, que es el turco, el cual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos[b]: pérdida[c] lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi promesas[d] ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar á Génova; que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mecina. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte más que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban[e], creyendo que los turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así, me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin, me rindieron, lleno de heridas, y como ya habreis[f], señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al

---

[a] 1. 2. con. Venencia. V. convenencia. B. 3. &c. con Venecia.
[b] H. H². de los venecianos. [c] 1. y pérdida [desliz del impresor].
[d] 1. &c. promesas. C. H. H². premisas.
[e] H². el mundo del error en que todas las naciones estaban. [f] 2. &c. aueys.

remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selim hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca; porque todos los levantes y genízaros que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *la Presa*, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barbaroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *la Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitan don Álvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *la Presa*. Era tan cruel el hijo de Barbaroja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron bocados [a], que á poco más que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos y puesto en posesion dél á Muley [b] Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley [c] Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos [d], que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta, y al fuerte que junto á Túnez habia

---

[a] B. A. A². tantos bocados.

[b] L. Huley.

[c] L. Huley.

[d] H. H². con los venecianos.

dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, y sin esperanza de libertad alguna: á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África, más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena; porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas; y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándolos á caballero, ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen, hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y ¿cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos, muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, en permitir[a] que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaba, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberlo ganado la felicísima del invictísimo[b] Carlos Quinto, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trescientos[c] que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un

---

[a] H. H^2. el permitir.

[b] H. la majestad del invictísimo. H^2. la feliz diestra del invictísimo.

[c] V. Bar. Ninguno de los soldados cautivaron sano de trecientos.

pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué[a] posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que, de pesar, murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron asímismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea[b] de Oria; y lo que más hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á manos de unos alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los genoveses que se exercitan en la pesquería del coral; los cuales alárabes le cortaron la cabeza, y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece; y así, se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre.

En el punto que el cautivo nombró á don Pedro de Aguilar, don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese don Pedro de Aguilar que ha dicho.

Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaute, con un griego espía; y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año ví yo al

[a] 1. &c. cuanto fué. A². cuanto le fué.

[b] 1. 2. V. B. Juan de Andrea. 3. om. *de*.

griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.

Pues lo fué [a], respondió el caballero, porque ese don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos.

¡Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo! porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.

Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.

Dígalos, pues, vuestra merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.

Que me place, respondió el caballero; y el de la Goleta decia así:

CAPÍTULO XL

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas, por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
Á lo más alto y lo mejor del cielo,
Y ardiendo en ira y en honroso celo,
De los cuerpos la fuerza exercitastes,
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino y arenoso suelo:
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que, muriendo,
Con ser vencidos llevan la victoria:
Y esta vuestra mortal, triste caida,
Entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

---

[a] 1. 2. V. Pues no fue. B. L. Pues vino á España. 1668. M. Bueno fue. C. Pues así que. H. Pues eso fue. H². Pues yo lo sé.

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo.

Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO

De entre esta tierra estéril, derribada[a],
Destos terrones[b] por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas[c] á mejor morada;
Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:
Mas no más justas, de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dijo:—

Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra; y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir, en lengua turquesca, el renegado tiñoso, porque lo era; y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya; y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienden de la casa otomana[d], y los demás, como tengo dicho, toman nombre y

[a] H. H². desdichada. [b] 1. 2. V. B. terrones. 3. &c. torreones.
[c] H. H². libres.
[d] B. L. linajes que contienden en nobleza con la casa otomana.

apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y á más de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe: y fué tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y después á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil; los cuales después de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los más hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los más regalados garzones suyos, y él vino á ser el más cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azan Agá[a], y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando, en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego, sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace, y en otros oficios: y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos[b] baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sino es cuando se tarda su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar é ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate;

[a] H. H². Azan Bajá.

[b] H. H². Á estos.

que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella; y así, pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo [a], empalaba á este, desorejaba á aquel; y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida [b] de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual [c], con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado; y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo, pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal; las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció, pues, que un dia, estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demás cristianos habian salido á trabajar), alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó, alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran no con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis pies, dentro

---

[a] 1. &c. el suyo. L. al uno.
[b] H². enemigo.
[c] 1. &c. el cual. B. al cual.

del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo; pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé[a] mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano que la abria y cerraba muy apriesa. Con esto entendimos ó imaginamos que alguna mujer, que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos, hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en más que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso; y así, todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agi Morato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando más descuidados estábamos de que por allí habian de llover más cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido; y esto fué á tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno, primero que yo, de los mismos tres que estábamos[b]; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí; porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres

[a] H. H². Tomé y besé. [b] H. H². tres que estuvieron conmigo.

PARTE I. CAPÍTULO XL Donde se prosigue la historia del cautivo

con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, cómo el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion; otros se sirven dellas á caso[a] y de industria, que[b] viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño; y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que antes erran. Otros hay que usan destos papeles y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible: y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo[c], y no solamente hablarlo sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando, dijo: Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Marien*, quiere decir: *nuestra Señora la Virgen María.* Leimos el papel, y decia así:

'Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava la cual en mi 'lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de 'Lela Marien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, 'sino con Alá, porque después la ví dos veces, y me dijo que me 'fuese á tierra de cristianos á ver á Lela Marien, que me queria

---

[a] 1. 2. V. 3. Bar. L. A. á caso (= *á propósito* ó *á prevención*). 1637. &c. acaso.
[b] H. H². dellas usando de industria; porque.
[c] H. H². el arábigo.

'mucho. No sé yo como vaya: muchos cristianos he visto por esta 'ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy 'hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: 'mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido, 'si quisieres, y si no quisieres; no se me dará nada, que Lela Marien 'me dará con quien me case. Yo escribí esto; mira á quien lo das á 'leer, no te fies de ningun moro[a], porque son todos marfuces. 'Desto tengo mucha pena; que quisiera que no te descubrieras á 'nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo, y 'me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo; ata allí la 'respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, 'que Lela Marien hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y 'esa cruz, que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la 'cautiva.'

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y así, nos rogó que, si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos; que él aventuraria su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adivinaba que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia, su madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso; y así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informase quién en ella vivia[b]. Acordamos asímismo que seria bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria,

---

[a] V. Bar. no te fies por ninguna via de Moro.
[b] 1. 2. V. venia. B. 3. &c. vivia.

ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió fué esto:

'El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita 'Marien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha 'puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te 'quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo 'podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que 'sí hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que están 'conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos, hasta 'morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer; 'que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un 'cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien, 'como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo nos puedes 'avisar de todo lo que quisieres. Á lo que dices, que si fueres á 'tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te lo prometo 'como buen cristiano; y sabe que los cristianos cumplen lo que 'prometen, mejor que los moros. Alá y Marien, su madre, sean en 'tu guarda, señora mia.'

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo, como solia, y luego salí al paso[a] acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver quién la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo[b], y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agi Morato[c], riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería; y que muchos de los vireyes que allí venian, la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué órden

---

[a] 1. &c. paso. H. H². M. paseo. [b] 1. alce yo. 2. &c. alcela yo.
[c] 1. 2. V. B. 3. L. Agui Morato. A. Bo. &c. Agimorato.

se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos; y en fin, se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Después que quedámos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena; que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí él renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestra rancho, el cual dijo que así decia:

'Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos á España, ni 'Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo 'que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos 'dineros de oro; rescatáos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya 'uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por 'los demás; y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á 'la puerta de Babazon, junto á la marina, donde tengo de estar todo 'este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me 'podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de 'ser mi marido, porque si no, yo pediré á Marien que te castigue. 'Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y vé; que 'yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. 'Procura saber el jardin, y cuando te pasees por ahí, sabré que está 'solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.'

Esto decia y contenia el segundo papel: lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad [a], hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto; porque la [b] libertad alcanzada, y el temor de no volver á perderla, les borraban [c] de la memoria todas las obligaciones

[a] 1. &c. de libertad. H. H². M. en libertad.
[b] 1. 2. V. 3. porque de la. B. L. porque la.
[c] 1. &c. borraua. C. &c. borraban.

del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el más extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos[a] del baño y embarcarlos[b] á todos. Cuanto más que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos[c] á todos, que estando libres, era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era, que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino[d] fuese á la parte con él en la compañía de la barca[e] y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien[f] como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecímele[g] de nuevo de ser su esposo; y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer *jumá*, que es el viernes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese nos daria más dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos; que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos[h] que no lo echaria menos, cuanto más que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo,

---

[a] H. H². sacarnos. [b] H. H². embarcarnos. [c] H. H². rescatarnos.
[d] 1. tangerino. A. tagarino. [e] H. H². con él en la compra de la barca.
[f] 1. advertido tambien. 2. advertido tan bien.
[g] H². Ofrecíle. [h] H. H². tanto.

dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerías, lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves, antes del viernes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron órden[a] en que los tres compañeros nuestros[b] se rescatasen por facilitar la salida del baño, y porque, viéndome á mì rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que haciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que, puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar deste temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura; y así, los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto por el peligro que habia.

CAPÍTULO XLI

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

NO se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llamaba[c] Sargel, que está treinta[d] leguas de Argel, hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéjares*, y en el reino de Fez llaman á los mudéjares

[a] H. H². dióse órden.
[b] H. H². compañeros mios.
[c] 1. 2. V. B. llamava. 3. llama.
[d] 1. &c. treynta. H. H². veinte.

elches, los cuales son la gente de quien aquel rey más se sirve en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba; y allí, muy de propósito, se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas[a] á lo que pensaba hacer de veras; y así se iba al jardin de Zoraida y le[b] pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle. Y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él después me dijo, y decille que él era el que, por órden mia, la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun más de aquello que seria razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado; que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que le ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia; el cual viendo, cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuándo y cómo y adónde queria, y que el tagarino su compañero no tenia más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuales queria traer conmigo fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de[c] remo, y de aquellos que más libremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran si no fuera que su amo se quedo aquel verano sin ir en corso, á acabar una galeota que tenia en astillero[d]: á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agi Morato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella

---

[a] 1. 2. and 3. ó á como por ensayarse de burlas. B. ó á ensayarse, como de burlas. 1668. ó á ensayarse de burlas. H. H^2. ó ya á ensayarse.
[b] 1. le. 2. &c. la. [c] 1. del. 2. &c. de.
[d] 1. 2. V. 3. arstillero. 1637. astillero.

podia imaginar que la barca de cristianos podia volver. Y así, determiné de ir al jardin y ver si podria hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia, antes de mi partida, fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla[a] entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos; digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto; y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho[b], no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego[c] cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: sólo diré, que más perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman[d] las manillas ó ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo después que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarria de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así, hay mas perlas y aljófar entre moros[e], que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asímismo más de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debian de ser en las prosperidades; porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las

[a] 1. 2. V. 3. halla. B. L. &c. habla.
[b] H. cristianos, ni los moros tampoco se lo estorban, como ya he dicho. H². cristianos, como ya he dicho, ni las moras tampoco lo estorban.
[c] H². y áun luego. [d] 1.2.V.3. llamaban. B.L. llaman. [e] R. los moros.

pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las más veces la destruyen. Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo las más que hasta entonces habia visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua cómo yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos *zoltanís*: á lo cual ella respondió: En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí; mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. Y ¿cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme en él[a]. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España é irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo; aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer? No soy, respondí yo, casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quién se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que, para encarecella y decirte la verdad, se[b] parece á tí mucho. Desto se rió mucho de veras su padre, y dijo: Gualá, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; si no, mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino; que, aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, más declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y

---

[a] R. con él. [b] 1. 2. V. B. 3. te. 1637. &c. se.

andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida: Hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y véte en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado: pero apenas él se encubrió con las árboles del jardin, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *¿ Amexí*[a], cristiano, *amexí*[a] *?* que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: Señora, sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primer jumá[b] me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas; que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más á mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo asímismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: Sin duda alguna que, con el sobresalto de la entrada destos canes, se ha desmayado; y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: *Amexí*, cristiano, *amexí*: véte, cristiano, véte. Á lo que su padre respondió: No importa, hija, que el cristiano se vaya[c]; que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que puede darte pesadumbre: pues, como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas, pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester,

[a] A. A². tamexí. [b] A. el primero juma.
[c] H. H². el cristiano no se vaya.

PARTE I. CAPÍTULO XLI
Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

por yerbas á este jardin; que, segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas[a] las que quisieres podrás volver, respondió Agi Morato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban[b] sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y sé llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viernes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, nuestro renegado[c] al anochecer dió fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos, que ¿en qué nos deteníamos? que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los más dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro

[a] H. H². Por todas.

[b] 1. enjoaban. 2. &c. enojaban. 1647-62-68. enojaron. H. H². enojan.

[c] 1. 2. V. 3. Morrenago. B. L. H². Morrenago, que así se llamaba el renegado. A. M. el renegado. P. mi renegado. H. nuestro renegado. [Enmienda muy sensata. Se supone que habia en el original algo así: '*Nº rreneg°*', que fácilmente puede representar *Morrenago* á los ojos del cajista. En todo caso, una enmienda es imperativa.]

alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos más, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arráez, quedáronse espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asímismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agi Morato, y quiso la buena suerte que, llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y así, con gran quietud y silencio, llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana; y así, como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos nizarani, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demás, que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos; que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros y todo aquello que tiene de valor en [a] este hermoso jardin. No, dijo ella; á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos; y esperáos [b] un poco, y lo vereis; y diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia [c] cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre des-

[a] 1. om. *en*.
[b] 1. esperaros. 2. &c. esperaos.
[c] 1. ya que volvia. 2. &c. ya volvia.

PARTE I. CAPÍTULO XLI
Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

pertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: ¡Cristianos, cristianos! ¡ladrones, ladrones! por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temorosa confusion; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agi Morato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros; que yo no osé desamparar á la Zoraida[a], que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agi Morato, trayéndole, atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entonces, siendo más necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca; que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra; que le quitarian la vida. Él, cómo vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella, sin defenderse, quejarse[b] ni esquivarse se estaba queda; pero, con todo esto, callaba, porque no se pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre; porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarnos[c] con algunas fragatas ligeras, y nos[d] tomasen la tierra y la mar de manera, que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á

[a] 1. 2. V. B. 3. 1668. á la Zoraida. L. &c. om. *la*.
[b] 1. 2. V. defenderse, quejarse. 3. &c. defenderse, ni quejarse.
[c] 1. 2. V. 3. buscallos. B. L. buscarnos. [d] 1. 2. V. 3. les. B. L. nos.

quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero, á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta [a] millas de Argel; y asímismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario vienen [b] con mercancía de Tetuan; aunque cada uno por sí y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero, con todo eso, nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno; que les diesen de comer los [c] que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á izar luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así, á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos [d], y el renegado les consoló, diciéndoles cómo no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término ¡o cristianos! mas el darme libertad no me tengais por tan simple que lo imagine; que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo y el interese que

[a] 3. no mas que sesenta.
[b] 1. vienen. &c. 2. venian.
[c] 1. comer los. 2. comer á los.
[d] 1. 2. V. 3. vagarmos. A. &c. bagarinos.

PARTE I.
CAPÍTULO XLI
Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

se os puede seguir de dármela; el[a] cual interese si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos les acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿ Qué es esto, hija ? que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te ví con tus ordinarios y caseros vestidos; y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre[b] de solemnizalla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura más favorable. Respóndeme á esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó más confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. Á lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: No te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas; y así, quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿ Es verdad lo que este dice, hija ? dijo el moro. Así es, respondió Zoraida. ¿ Qué, en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos ? Á lo cual respondió Zoraida: La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. Y ¿ qué bien es el que te has hecho, hija ? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Marien, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo[c]. Apenas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el

[a] H. H². al.
[b] H. H². nueva digna.
[c] 1. 2. V. B. que no yo. 3. mejor que yo.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así, acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido; de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cava rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer[a] cristiana; y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir mujer mala, y rumia, cristiana; y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella; puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden, á suplicacion de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demás moros que allí atados venian; porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo; que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿Por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿Pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará[b] mi presencia cuando quiera poner en execucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra. Y volviéndose

---

[a] H². mujer cristiana porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala, y rumía, cristiana*; y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava por quien se perdió España, y aun tienen &c.
[b] H. H². le hará.

á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: ¡O infame moza y mal aconsejada muchacha! ¿adónde vas, ciega y desatinada, en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado! Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando, por habernos hecho á la vela, no pudimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo: mas una vez esforzó la voz de tal manera, que pudimos entender que decia: Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: Plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues, aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta, que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos; y así, consolando yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España. Mas, como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado (que siempre se han de temer de qualquier padre que sean) quiso, digo, que, estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo[a], frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asímismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto al bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adonde navegábamos, y de dónde veníamos; pero, por preguntarnos esto en lengua

[a] 1. 2. V. B. 3. de alto baxo. L. A. &c. de alto abaxo.

francesa, dijo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra; y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba sotavento[a], de improviso soltaron dos piezas de artillería; y, á lo que parecia, ambas venian[b] con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar; y al momento, disparando otra pieza, vino á dar la bala[c] en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otra mal alguno; pero, como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro[d]: y viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que, por haber usado la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales, después de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valia y ella más estimaba. Pero los deseos de aquella gente no se extienden á más que al dinero, y desto jamás se ve harta su codicia, la cual entonces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar, envueltos en una vela; porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos, serian castigados, siendo descubierto su hurto: mas el capitan, que era el que habia[e] despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, é irse á la

---

[a] 1. 2. V. 3. quedaba sotavento. B. quedaba á sotavento.
[b] H. H.[2] y, á lo que pareció, las balas venian.
[c] 1. dar la vela [repetición mecánica de la voz *vela* en el renglón anterior.] 2. &c. bala.
[d] H.[2] á la nuestra.
[e] V. Bar. mas el capitan que deuia de ser mas piadaso, pues lo mostro en aquella ocasion, y era el que auia.

PARTE I. CAPÍTULO XLI

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

Rochela[a] de donde habia salido. Y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otra dia y á vista de tierra de España; con la cual vista[b] todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no[c] hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de mediodía podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel[d], dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos más agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco antes de la media noche seria, cuando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos á tierra[e] y besamos el suelo, y con lágrimas de muy[f] alegrísimo contento[g], dimos todos gracias á Dios, Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia hecho[h]. Sacamos de la barca los basti-

[a] 1. 2. V. B. A. sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese y irse á la Rochela. 3. P. A². &c. sino irse luego á camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, hasta la Rochela. H. H². sino irse luego al Océano, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta La Rochela.

[b] 3. P. A². &c. vista y alegria.

[c] 3. P. A². &c. si propiamente no. [ambas adiciones impertinentes.]

[d] B. batel.

[e] 2. V. B. 3. &c. salimos todos á tierra.

[f] 3. P. A². &c. om. *muy*.

[g] H. lágrimas de dulcísimo contento. H². muchas lágrimas de alegría y contento.

[h] 2. hecho en nuestro viaje.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

mentos que tenia, tirámosla en tierra, y subímonos[a] un grandísimo trecho en la montaña; porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció más tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero, aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della. Pero lo que á mí más me fatigaba era el ver ir á pie á Zoraida por aquellas asperezas; que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo; y así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se[b] parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie, y, á lo que después supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: ¡Moros, moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma! Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero, considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de[c] turco, y se vistiese un gilecuelco[d] ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dio luego, aunque se quedó en camisa; y así, encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa. Y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venian: y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos

[a] 1. subimonos. 2. subimos. [b] 1. le. 2. se.
[c] 1. del. [d] 1. 2. V. B. L. A. gilequelco. 3. &c. gileco.

PARTE I. CAPÍTULO XLI Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por qué un pastor habia apellidado al[a] arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al jinete que nos habia hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir más palabra: Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido; porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo, diciéndole: Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, ya te he llorado por muerto yo y[b] mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios[c] ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y los de todos los desta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le habia sacado al rostro tales colores, que, si no es que la aficion entonces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida; y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Marien. Dijímosle que eran imágenes suyas; y, como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una della la misma Lela Marien qué la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado,

[a] 3. &c. om. *al.* [b] H. om. *y.* [c] H. H². que Dios.

á Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros, en casa[a] de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse, por medio de la Santa Inquisicion, al gremio santísimo de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo, con sólo los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mia; puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida; puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérosla contado más brevemente, puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII

Que trata de lo que más sucedió[b] *en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.*

CALLÓ, en diciendo esto, el cautivo, á quien don Fernando dijo: Por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que

[a] I. y en casa.

[b] H. H². además sucedió.

hemos recibido en escuchalle, que, aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, don Antonio[a] y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció don Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la noche[b], y al cerrar[c] della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron[d] posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues, aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. Á este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella

---

[a] 1. 2. V. 3. A. Bo. P. A². H. H². Antonio. B. L. Cardenio. M. el cura. [La mejor enmienda sería '*Fernando,*' que hizo los ofrecimientos '*en diciendo esto.*'] [b] H. H². la media noche. [c] H. H². mediar.
[d] H. H². y pidieron.

difícilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quixote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo: Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que, á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla; pero don Fernando, Cardenio y el cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la apostura de Don Quixote le desatinaban; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado; que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda: y así, fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor, le dió saltos el corazon y

barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, como se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre ; y alborozado y contento, llamando aparte á don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado, como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de México : supo tambien cómo aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que, con la hija, se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si, después de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ó le recibia [a] con buenas entrañas.

Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura ; cuanto más, que no hay pensar sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recibido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.

Con todo eso, dijo el capitan, yo querria no de improviso, sino por rodeos, dármele á conocer.

Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.

Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, excepto el cautivo y las señoras que cenaron de por sí en su aposento [b]. En la mitad de la cena dijo el cura : Del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo

[a] 1. 2. V. B. L. A. se afrentaba ó le recebia. 3. P. A2. C. R. H. H2. se afrentaria ó le receberia.

[b] H.H2. Ya en esto estaba aderezada la cena para el Oidor y su hija y los dos se sentaron á la mesa ; el Cautivo se devió á un lado, y las señoras se retiraron á su aposento.

algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado.

Y ¿cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor.

Llamábase, respondió el cura, Ruy Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon; el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido[a], que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego; porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y sé yo decir, que el que él escogió, de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y después, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vine á Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta[b] contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. Á todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Sólo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado: de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia.

---

[a] H². que con su padre á el y á sus hermanos les habia sucedido.
[b] H². brevedad discreta.

Todo lo que el cura decia, estaba escuchando, algo de allí desviado, el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el cual, viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡O señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que, contra toda mi discrecion y recato, me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decís, es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno exercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada en la conseja que, á vuestro parecer, le oisteis. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Perú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural, y yo asímismo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo: del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre; que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo[a], es de pensar si aquellos franceses le[b] habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será[c] que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quién supiera ahora

---

[a] H. H². agora me lastimo. [b] H. H². no le.
[c] H. H². Esta duda hará. M. Este todo será parte.

dónde estabas[a], que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡O, quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Bertería, que de allí te sacaran sus[b] riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡O Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un[c] hermano hiciste! ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo, pues, el cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos más tiempo tristes; y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor[d]. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que, tomándole á él asímismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demás caballeros[e] estaban, y dijo: Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis, es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso anchas manos[f] en los pechos por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de

---

[a] 1. 2. V. B. L. A. &c. estabas. 3. &c. estas. [b] 1. 2. V. B. tus. 3. sus.
[c] 1. 2. V. un. B. mi. [d] H. H². *om.* y la hija del Oidor.
[e] H. con entrambos á dos se fué donde el Oidor y su hija y los demás caballeros. H². con entrambos á dos fué donde el Oidor y su hija y los demás caballeros.
[f] 1. 2. V. anchas manos. B. A. ambas manos. 3. las manos. [Pero *anchas*=extendidas, y es más dramático.]

los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quixote estaba atento sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo[a] y libertad, para que, como pudiese, viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que della les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ú otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote, de que no poca gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demás acomodádose[b] como menos mal pudieron, Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió, pues, que faltando poco para venir[c] el alba, llegó á

[a] V. Bar. auisassen á su padre, haziendole saber de su hallazgo.
[b] 1. 2. V. B. acomodadose. 3. &c. acomodandose.
[c] 1. 2. V. B. por venir. 3. para venir.

los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: Quien no duerme, escuche; que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos [a].

Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego, sin esperanza
De llegar á puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella
Que desde lejos descubro,
Mas bella y resplandeciente
Que cuantas vió Palinuro.

Yo no sé adónde me guia,
Y así, navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.

---

[a] [El título falta en la primera edición, aunque está impreso en la tabla al fin del tomo.]

Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren,
Cuando más verla procuro.

¡ O clara y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro !
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz; y así, moviéndola á una y otra parte, la despertó, diciéndole: Perdóname, niña, que te despierto [a], pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar [b], ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara: pero apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea [c], le dijo: ¡ Ay, señora de mi alma y de mi vida ! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á ese desdichado músico.

¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas.

No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que le tiene en mi alma [d] con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente.

Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dijo:

---

[a] H. H². despierte.
[b] H. H². y húboselo de preguntar.
[c] 1. 2. V. Teodora. B. 3. Dorotea. [Error de imprenta que se veía antes en el capítulo xxix., pág. 276.]
[d] 1. B. y el que le tiene en mi alma. 2. V. 3. L. A. &c. y el que él tiene en mi alma.

Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaráos más, y decidme ¿qué es lo que decís de alma y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora; que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta; que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual, estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian desta manera:

Dulce esperanza mia,
Que, rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tú misma te finges y aderezas:
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni victoria alguna:
Ni pueden ser dichosos
Los que, no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo:
Pues no hay más rica prenda
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y así, aunque con las mias
Sigo de amor las más dificultosas,
No por eso recelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos [a] Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro; y así, le volvió á preguntar, qué era lo que le queria decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no [b] la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo:

Este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre, no sabia con quién comunicallo; y así, lo dejé estar sin dalle otro favor sino era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así, el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dél siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar, una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson puesto, en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de

[a] H. H[2]. vivos sollozos. [b] L. om. *no*.

mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran[a] estudiante y poeta: y hay más, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado; que en sola ella echareis bien de ver que no es mozo de mulas como decís, sino señor de almas y lugares, como ya os he dicho[b].

No digais más, señora doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais más, digo, y esperad que venga el nuevo dia; que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.

¡Ay, señora! dijo doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto más esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dejase: quizá con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo: aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez

---

[a] 3. P. A². C. R. grande.

[b] 1. 2. V. B. ya os he dicho. 3. &c. yo os he dicho.

y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo.

No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, á quien dijo: Reposemos, señora, lo poco que creo que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritornes, su criada; las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quixote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo haciendo la guardia, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es, pues, el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quixote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cado uno se le arrancaba el alma. Y asímismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ¡O mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! ¿y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dáme tú nuevas della, ¡o luminaria de las tres caras! quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero

guárdate que, al verla y saludarla, no le des paz en el rostro; que tendré más celos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo [a], que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces, celoso y enamorado. Á este punto llegaba entonces [b] Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle : Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quixote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta. Y luego en el instante se le representó, en su loca imaginacion, que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, hija de la señora [c] de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle ; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo : Lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza ; de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante [d] caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogéos en vuestro aposento, y no querais, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido ; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela ; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol, encerrados en una redoma.

No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes.

---

[a] H. H². del Peneo.
[b] H. H². om. *entonces*.
[c] H. H². los senores.
[d] L. amante.

Pues ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quixote.

Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desahogar [a] con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.

Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quixote ; pero él se guardará bien deso [b], si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.

Parecióle á Maritornes que sin duda Don Quixote daria la mano que le habia [c] pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero, y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que Don Quixote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dijo : Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo : tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo : Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano : no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo : mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas

[a] 1. 2. V. B. deshogar. 3. &c. desfogar. 1668. desahogar.
[b] H. H². dello.
[c] 1. 2. V. B. habia. 3. habian.

estas razonas de Don Quixote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron, muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro, habia de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quixote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su brazo [a] por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pie ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno [b]; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que

---

[a] H. H[2]. su lazo.
[b] 1. 2. V. 3. fuerza de encantamento alguno. B. &c. om. *de*.

lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado; y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio encantador le desencantase.

Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por Don Quixote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: Caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo; que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo; desviáos afuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo ó no que os abran.

¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran; que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quixote.

No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.

Castillo es, replicó Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la

cabeza y la corona en la mano : y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.

Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante.

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia ; y fué de modo, que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban ; y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió, en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor ; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias ; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo : cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba ; porque él quedó tan cerca del suelo [a], que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra ; que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba [b] para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo ; bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca : que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que, con poco más que se estiren, llegarán al suelo.

---

[a] H. H². arrancaba ; creyó ademas haber quedado tan cerca del suelo.
[b] H. H². porque, entendiendo que le faltaba poco.

DON QUIXOTE

CAPÍTULO XLIV

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

EN efecto, fueron tantas las voces que Don Quixote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes [a] de las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles qué [b] era Don Quixote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de doña Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero, habiendo visto uno dellos el coche

[a] H². quedaron los cuatro caminantes.
[b] 1. 2. V. 3. L. que. B. C. H. H². quien. [No hacía al caso quién, sino qué, era Don Quixote.]

donde habia venido el oidor, dijo: Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédase uno de nosotros á la puerta, y entren los demás á buscarle; y aun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales.

Así se hará, respondió uno dellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta; todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado.

Ya á esta sazon aclaraba el dia, y así por esto, como por el ruido que Don Quixote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea; que la una con el sobresalto de tener cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso dél, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos y les hiciera responder, mal de su grado; pero, por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes; uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dijo: Por cierto, señor don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró de espacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió, diciendo: Aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sino prestar paciencia,

y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo; porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.

¿Pues cómo supo mi padre, dijo don Luis, que yo venia este camino[a] y en este traje?

Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó menos; y así, despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, más contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren.

Eso será como yo quisiere, ó como el cielo lo[b] ordenare, respondió don Luis.

¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa.

Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á don Fernando y á Cardenio y á los demás, que ya vestido se habian; á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de *don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria. Y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente quién era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer; y así, se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia[c] en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara toda turbada, y llamando[d] Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados

---

[a] H. H². venia por este camino.
[b] 3. &c. om. *lo*.
[c] 1. 2. V. B. L. A. salia. 3. &c. salió.
[d] 1. llamado. 2. &c. llamando.

de su padre : y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oir Clara [a], de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á don Luis dentro de la venta y rodeados dél [b], persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma.

Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él y que le llevarian, quisiese ó no quisiese. Esto no hareis vosotros, replicó don Luis, sino es llevándome muerto; aunque, de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los más que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y don Quixote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar más el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian, que qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho.

Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que, por la ausencia deste caballero, queda á peligro de perderla.

Á esto dijo don Luis : No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas; yo soy libre, y volveré si me diere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.

Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos qué es esto de raíz, dijo á este tiempo el oidor.

Pero el hombre, que le [c] conoció, como vecino de su casa, respondió : ¿No conoce vuestra merced, señor oidor, á

---

[a] 3. &c. dejase de oir Doña Clara. [b] H. H[2]. rodeados á el.
[c] 1. &c. lo. 1647. le.

este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver?

Miróle entonces el oidor más atentamente, y conocióle, y abrazándole, dijo: ¿Qué niñerías son estas, señor don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra. El oidor dijo á los cuatro[a] que se sosegasen, que todo se haria bien; y tomando por la mano á don Luis, le apartó á una parte, y le preguntó qué venida habio sida aquella.

Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta; y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado á[b] irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia más á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así, le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro más desocupado para poder socorrerle que á Don Quixote, á quien la hija de la ventera díjo: Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. Á lo cual respondió Don Quixote muy de espacio y con mucha flema: Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto. Mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred, y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo

[a] 1. 2. V. 3. palabra al oidor á los cuatro. B. L. C. H. palabra al oidor el cual dixo á los cuatro. H². palabra. El oidor dijo.
[b] 1668. L. A². C. R. H. H². om. *á*.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta

pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡ Pecadora de mí! dijo á esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga; ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis más que medianamente satisfechas. Y sin decir más, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavia traian los dos huéspedes á maltraer al ventero: pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que ¿en qué se detenia? que socorriese á su señor y marido.

Deténgome, dijo Don Quixote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho; que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no, sufra y calle el que se atreve á más de á[a] lo que sus fuerzas le prometen[b], y volvámonos atrás cincuenta pasos á ver qué fué lo que don Luis respondió al oidor, que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil traje vestido. Á lo cual el mozo, asiéndole

[a] H. H². om. *á*.

[b] 1. &c. prometen. C. H. H². permiten.

fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: Señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese á mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad ; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos más de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y cómo yo soy su único heredero : si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo ; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló, en diciendo esto, el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio : y así, no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza don Luis, y aun se las bañó con lágrimas ; cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no sólo el del oidor, que, como discreto, ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio ; puesto que, si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo.

Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero; pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, más que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del

oidor y la resolucion de su amo; cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quién Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda; y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: ¡Ah, don ladron, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes! Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia; y decia: Aquí del rey y de la justicia; que, sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladron, salteador de caminos. Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos; que en buena guerra ganó mi señor Don Quixote estos despojos. Ya estaba Don Quixote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armalle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: Señores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame. Y hay más, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo.

Aquí no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese[a] de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: Porque[b] vean vuestras mercedes

[a] H. H². porque la tuviesen.

[b] H. H². om. *porque.*

clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo[a] de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion. En lo del albarda no me entremeto; que en lo que en ello sabré decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon sino es la ordinaria: que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo[b] que este buen hombre dice ser bacía.

Par diez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Malino[c] como el jaez deste buen hombre albarda.

Haz lo que te mando, replicó Don Quixote: que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.

Sancho fué á do estaba la bacia, y la trujo[d], y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras[e] mercedes ¡con qué cara podia[f] decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho! Y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo lo quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna[g].

En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho; porque desde que mi señor le ganó hasta ahora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

---

[a] 1. 2. V. sera yelmo. B. 3. &c. el yelmo.

[b] V. Bar. saca aquí con presteza delante de todos estos caualleros el yelmo.

[c] 1. Malino ['por errata en la edición primera,' según Máinez: pero Sancho no estuvo al corriente de la pronunciación]. 2. &c. Mambrino.

[d] V. Bar. Sancho fue a do estuvo la bazia o yelmo de Mambrino como su amo dezia, y la truxo.

[e] V. Bar. las vuestras.

[f] 1. 2. V. B. 3. podia. A². C. &c. podrá.

[g] V. Bar. ni quitado de ninguna suerte cosa alguna.

DE LA MANCHA

CAPÍTULO XLV

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿QUÉ les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfían[a] que esta no es bacía, sino yelmo?

Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quixote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.

Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero: Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo, más ha de veinte años, carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y, ni más ni menos, fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados: y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira: tambien digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

No por cierto, dijo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera.

Así es, dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero. Y lo mismo confirmó Cardenio, don

[a] 1. porfia. 2. &c. porfian.

PARTE I. CAPÍTULO XLV Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda

Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires.

¡ Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado, ¿ que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo? Cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad, por discreta que sea. ¡ Basta! si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

Á mí albarda me parece, dijo Don Quixote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor Don Quixote; que, en estas cosas de la caballería, todos estos señores y yo le damos la ventaja.

Por Dios, señores mios, dijo Don Quixote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que, acerca de lo que en él se contiene, se preguntare; porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado [a] deste brazo casi dos horas; sin saber cómo ni cómo no, vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva; sólo lo dejo al bien parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecian [b].

No hay duda, respondió á esto don Fernando, sino que

---

[a] H. H². cogido.

[b] 1. &c. parecian. 1668. parecen.

el señor Don Quixote ha dicho muy bien hoy[a], que á nosotros toca la definicion deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores: y de lo que resultare, daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los[b] que le[c] ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de don Luis, y á don Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran. Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí, delante de sus ojos, se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda, pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos[d] al oido, para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dijo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres; porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo: y así, habreis de tener paciencia, porque, á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero[e], si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda y no jaez; pero allá van leyes, &c., y no digo más: y en verdad que no estoy borracho; que no me he desayunado, si de pecar no.

No menos causaban risa las necedades que decia el barbero que los disparates de Don Quixote, el cual á esta sazon dijo:

---

a B. om. *hoy*. b H. H². á los. c 1. le. 2. V. B. 3. la.
d 3. H². hablando. H. y hablando.
e 1. 2. V. 3. sobrebarbero. B. barbero burlado. L. burlado barbero. M. sug. *sobredicho barbero*.

Aquí no hay más que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

Uno de los cuatro[a] dijo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento, como son ó parecen, todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas, como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque ¡voto á tal! (y arrojóle redondo), que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno.

Bien podria ser de borrica, dijo el cura.

Tanto monta, dijo el criado: que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen.

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho uva.

Mentís como bellaco villano, respondió Don Quixote; y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luis rodearon á don Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quixote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros: don Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á Don Quixote y á Cardenio y á don Fernando, que todos favorecian á Don Quixote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su

[a] H. H². cuatro criados.

hija se afligia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho; Sancho molia al barbero; don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendia; don Fernando tenia debajo de sus pies á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que todo la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre. Y en la mitad deste cáos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quixote que se veia [a] metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legion [b] de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual, quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí, y trasladado entre nosotros, la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo [c], acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga, pues, vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y pónganos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frasis de Don Quixote, y se veian malparados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian

[a] 1. se vaya. V. Bar. se vehia. B. se via. 3. que yua. L. veya.
[b] 1. 2. 3. L. region. B. legion. V. Bar. No os acordays que os dixe yo señores que este castillo era encantado, y que alguna grandissima region de demonios.
[c] H. H². jaez. [H. dice que no había allí cuestión de caballo alguno. Claro que no, allí: pero sí en el campo de Agramante donde había cuestión del caballo Frontino.]

PARTE I.
CAPÍTULO XLV
Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda

sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda: Sancho, á la más mínima voz de su amo, obedeció como buen criado: los cuatro criados de don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo: sólo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote.

Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con don Fernando, Cardenio y el cura, qué debia hacer en aquel casó, contándoselo [a] con las razones que don Luis le habia dicho. En fin, fué acordado que don Fernando dijese á los criados de don Luis quién él era, y cómo era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués seria estimado [b] como el valor de don Luis merecia; porque, desta [c] manera, se sabia de la intencion de don Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida pues de [d] los cuatro la calidad de don Fernando y la intencion de don Luis, determinaron [e] entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á don Luis, y á no dejalle, hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba.

Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino: pero, viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y

---

[a] 1. 2. V. B. contandoseles. 3. contándoselo. [b] H. H². hospedado.
[c] H. H². de otra. [d] H. H². y creyeron que entendida de.
[e] H. H². determinarian.

PARTE I. CAPÍTULO XLV Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda

desasosiegos. Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron, por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que, de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla ; pero á uno dellos [a], que fué el que fué molido y pateado por don Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delincuentes, traia uno contra Don Quixote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y [b] como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas, que de Don Quixote traia, venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó [c] con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia, ponia los ojos en Don Quixote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote; y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó [d] el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia : Favor á la Santa Hermandad ; y para que se vea que lo pido de veras [e], léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas [f] con Don Quixote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asio al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida antes que Don Quixote la presa. El ventero, que por fuerza habia de

---

[a] 1. 2. V. 3. pero uno dellos. B. L. pero á uno dellos.
[b] B. &c. om. *y*. [c] H. H². pergamino doblado, con papeles dentro, topó.
[d] 1. 2. V. 3. y quiza tomo. B. L. teniendo en la mano yzquierda. A. &c. pergamino, en la izquierda tomó. H. H². con la izquierda mostró.
[e] 3. &c. que lo que pido es de veras.
[f] 1. &c. con las señas con. B. L. convenian las señas con. H. H². en las señas con.

favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor[a] le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban.

Sancho dijo, viendo lo que pasaba: Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él.

Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones Don Quixote, y con mucho sosiego dijo:

Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en[b] la caballeria andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia[c] de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad: decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay executoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega

---

[a] 1. temor. 2. &c. tenor. [b] 1. 2. V. encierra á. B. 3. encierra en.
[c] R. existencia.

al duro exercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI

De la notable aventura[a] *de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.*

EN tanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante; pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas.

Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote; y así, tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian[b] con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos,

[a] B. L. En que se da fin a la notable aventura.

[b] 1668. L. insistian.

PARTE I. CAPÍTULO XLVI De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote

como miembros de justicia, mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura, á socapa y sin que Don Quixote lo entendiese, le dió por [a] la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amen.

Sosegados, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde don Fernando le queria llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas [b], y á facilitar dificultades en favor de los amantes [c] de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso; porque los criados se contentaron de cuanto don Luis queria, de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto [d] la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de Don Quixote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó don Fernando; puesto que el oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga. Y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote habia dicho, sino

---

[a] H. H². le dió al Barbero por.

[b] H. H². lazos.

[c] 1. 2. V. en saber de los amantes. B. L. en favor de los amantes.

[d] 1. 2. V. se le pagó por alto. B. 3. se le passo por alto. P. C. &c. no se le paso por alto.

la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano; de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de don Fernando. Viéndose, pues, Don Quixote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecella, se puso en pié y le dijo:

Es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero, en ningunas cosas se muestra más esta verdad[a] que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si, por ocultas espías y diligentes, habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar el tiempo, se fortificase[b] en algun inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura; que no está demás de tenerla vuestra grandeza como desea[c], de cuanto yo tarde de verme[d] con vuestro contrario.

Calló, y no dijo más Don Quixote, y esperó con mucho

---

[a] 1. 2. se muestra esta verdad. V. Bar. L. se muestra mas esta verdad. B. se muestra mejor esta verdad. 3. se muestra estad verdad mas.

[b] H. H². lugar, le tendra de fortificarse.

[c] 1. V. tenerla vuestra grandeza como dessea. 2. tener la vuestra grandeza como dessea. B. tenerla la vuestra grandeza como dessea. 3. tener la vuestra grandeza lo que dessea.

[d] 1. en verme. 2. &c. de verme.

PARTE I. CAPÍTULO XLVI
De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote

sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual, con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quixote, le respondió desta manera: Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer á los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante; que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

Á la mano de Dios, dijo Don Quixote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo, y al camino, lo que[a] suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto.

Sancho, que á todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza á una parte y á otra: ¡Ay señor, señor, y cómo hay más mal en el aldehuela que se suena, con perdon sea dicho de las tocadas[b] honradas!

¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano?

Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir[c] lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado, decir á su señor.

Dí lo que quisieres, replicó Don Quixote, como tus

---

[a] 1. H. H². al deseo y al camino lo que. 2. &c. el deseo y el camino porque. [b] 1. tocadas. 2. &c. tocas.
[c] 1. 2. dejare decir. V. B. 3. &c. dejare de decir.

palabras no se encaminen á ponerme miedo: que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

No es eso ¡pecador fuí yo á Dios! respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es más que mi madre; porque, á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta.

Paróse colorada, con las razones de Sancho, Dorotea, porque era verdad que su esposo don Ferdinando alguna vez, á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos (lo cual habia visto Sancho, pareciéndole[a] que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino); y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren: pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.

¡O válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

¡O bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante[b], infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las

[a] 1. 2. V. 3. 1637. pareciéndole. B. y le auia parecido. A. parecidole. [Hay que leer '*y pareciòle*' ú omitir la '*y*.']
[b] 1. descompuesto, ygnorante. 2. descompuesto é ignorante.

reales personas: véte, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira.

Y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. Á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dijo para templarle la ira: No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió, tan en ofensa de mi honestidad.

¡ Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera! que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.

Así es y así será, dijo don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quixote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacasen de juicio.

Don Quixote respondió que él le perdonaba; y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas, pidió la mano á su amo, y él se la dió, y después de habérsela dejado besar, le echó la bendicion diciendo: Ahora acabarás de conocer, Sancho, hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento.

Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria.

No lo creas, respondió Don Quixote; que si así fuera, yo te vengara entonces y aun ahora: pero ni entonces ni ahora pude, ni ví en quien tomar venganza de tu agravio.

Desearon saber todos [a] qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento; puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta [b], y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con Don Quixote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quixote; y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quixote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente, le ataron muy

---

[a] H. H². saber algunos.

[b] H. H². Dos dias eran ya pasados, desde que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta.

bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes; y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura, trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia: que fué, que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos[a] tan fuertemente, que no se pudieron romper á dos tirones.

Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda sino el otro, que decia: ¡O Caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchado[b], con la blanca paloma Tobosina yoguieren[c] en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco. De cuyo inaudito consorcio saldrán á la[d] luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rampantes[e] garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas á[f] la visita de las lucientes

---

[a] H. H². dos maderos.
[b] 1. 2. V. B. 3. manchado. 1668. L. Bo. Manchego.
[c] 1. 2. V. yogiren. B. L. se unieren. 3. se yacieran. 1668. se junten. A. yoguieren.
[d] H. H². om. *la*.
[e] 1. 2. V. B. rumpantes. 3. A. P. rapantes.
[f] A. om. *á*.

imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, ¡ o el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la caballería andante; que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor! Y asegúrote, de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad: que yo me vuelvo adonde yo me sé. Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla después con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian.

Quedó Don Quixote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: ¡ O tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder, que no me dejará, en buena ni en mal suerte; porque, cuando no suceda, por la suya ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho,

dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron[a] la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII

Del extraño modo con que fué encantado[b] Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

CUANDO Don Quixote se vió de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dijo: Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes, pero jamás he leido ni visto ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, ¡ vive Dios que me pone en confusion ! Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos ; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado exercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar á los encantados. ¿ Qué te parece desto, Sancho, hijo ?

No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes ;

---

[a] H. H². sacaron.

[b] H. fué conducido encantado. H². fué llevado encantado.

pero, con todo eso, osaria afirmar y jurar que estas visiones, que por aquí andan, que no son del todo católicas.

¿Católicas? ¡mi padre! respondió Don Quixote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten[a] más de en la apariencia.

Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo, que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios: porque, segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por don Fernando, que, como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia.

No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quixote; porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte, con hacer que no le tengas por demonio.

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo[b] con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon

---

[a] 1. 2. V. B. L. consiste. 3. Bo. consisten.

[b] H. H². y lo hizo.

de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas [a]. Pero antes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija [b] y Maritornes á despedirse de Don Quixote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia; á quien Don Quixote dijo: No lloreis, mis buenas señoras; que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado, por descuido mio, os he fecho, que, de voluntad y á sabiendas, jamás le dí [c] á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto; que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quixote, el cura y el barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda.

Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba Don Quixote; asegurándole que no habria cosa que más gusto le diese que saberlo, y que él asímismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo

---

[a] H. H². ballestas. [b] H. H². con su. [c] H. H². jamas le hice.

de Zoraida, y suceso de don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta, donde se halló la novela del *Curioso impertinente*, y que pues su dueño no habia vuelto más por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego, vió que al principio del escrito decia : *Novela de Rinconete y Cortadillo* ; por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del *Curioso impertinente* habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así, la guardó con presupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero con sus antifaces[a], porque no fuesen luego conocidos de Don Quixote ; y pusiéronse á caminar tras el carro. Y la órden que llevaban era esta : iba primero el carro, guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas ; seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda[b] á Rocinante ; detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quixote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y así, con aquel espacio y silencio, caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes ; y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco más, porque él sabia que detrás[c] de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y así,

---

[a] H. ambos con sus antifaces. [b] H. H². de la rienda.
[c] 1. 2. V. 3. L. el sabia detras. B. el sabia que detras.

tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos, y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que menos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortésmente; y uno de los que venian, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y más á Don Quixote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador ú otro delincuente, cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quién fué hecha la pregunta, respondió así: Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quixote la plática, y dijo: ¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos[a] en esto de la caballería andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decillas; y á este tiempo ya habian llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quixote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo, á lo que Don Quixote dijo, respondió: En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando; así que, si no está más que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes.

Á la mano de Dios, replicó Don Quixote; pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos

[a] 1. 2. 3. perictos. V. B. peritos.

nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, gimnosofistas la Etiopia, han[a] de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de exemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.

Dice verdad el señor Don Quixote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura; que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos[b] en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en oscurecerlos y la malicia en ocultarlos.

Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz, de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo: Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quixote como mi madre; [c]él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demás hombres y como las hacia ayer, antes que le enjaulasen. Siendo esto así[c], ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura, prosiguió diciendo: ¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensaba[d] vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa

[a] 1. ha. C. han. [b] 1. 2. escritas. B. 3. escritos.
[c] H². om. 'el tiene su entero juicio . . . siendo esto así.'
[d] 1. 2. V. L. Pensaba. B. Piensa. 3. &c. Pensará.

que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza, la liberalidad. ¡ Mal haya el diablo ! que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa así de la bondad de mi señor, el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios ; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa ; pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor se le hace [a], y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quixote deja de hacer en este tiempo que está preso.

Adóbame esos candiles, dijo á este punto el barbero : ¿ tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo ? ¡ Vive el Señor ! que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais.

Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuese ; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie ; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores ; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puede venir á ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más, pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero; que no es todo hacer

---

[a] 1. se le hace. 2. &c. om. *se* [pero el mal tratamiento no fue del cura solo].

barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo.

No quiso responder el barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir; y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el canónigo, y adelantóse[a] con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quixote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si, por algun medio, hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de Don Quixote, y en acabándola de oir, dijo:

Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido[b], llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo; porque me parece que, cual más, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel ni estotro que el otro. Y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo como puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la

[a] H. H². adelantándose.
[b] 1. 2. y aunque el oydo. V. B. 3. aunque he leydo.

imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla después[a] de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de competientes[b]? Como sea contra ellos el señor del libro[c], forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la victoria por sólo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce[d] en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Que ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse, leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanezca[e] en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las descubrió[f] Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así, no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera; y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas[g], suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías

---

[a] H. H². y después.
[b] 1. competientes. 2. V. compitientes. B. 3. &c. combatientes.
[c] H. H². el héroe del libro. [d] H. H². se confia.
[e] 1. 2 V. B. 3. &c. amanezca. A. amanece. [f] A². describió.
[g] H. H². allanando los tropiezos.

que haga un cuerpo de fábula entera con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura porporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil.

El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y así, le dijo que, por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos[a] los de Don Quixote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos; porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, descubriendo[b] naufragios, tormentas, rencuentros, batallas[c]: pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya

[a] H. H[2]. quemado casi todos.
[b] 1. 2. V. descubriendo. B. 3. describiendo.
[c] 2. &c. y batallas.

cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alexandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos. Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo más que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos[a] tejida, que, después de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica tambien puede escribirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

ASÍ es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura; y por esta causa son más dignos de reprension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.

[a] 1. &c. lazos. C. lizos.

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

Yo, á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, los he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes que sólo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion: pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesion, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes; y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado[a] de los muchos necios, ni quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien, por la mayor parte, toca leer semejantes libros. Pero lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle[b], fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo. Y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio; y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos; deste modo vendrá á ser mi[c] libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores que se engañan en tener la opinion que

---

[a] H. vitoreado. H². laureado.
[b] H. H². el de acabarle.
[c] 1. 2. V. 3. un libro. B. A. L. mi libro. H. H². este mismo vendrá á ser de mi libro.

PARTE I. CAPÍTULO XLVIII
Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

tienen, y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte[a], que no con las disparatadas, ya están[b] tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á uno destos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el actor[c] que digo, que debe de decir vuestra merced por la *Isabela*, la *Filis* y la *Alexandra?* Por esas digo, le repliqué yo; y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así que, no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La ingratitud vengada*, ni le tuvo la *Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni menos en *La enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadí á estas, con que, á mi parecer, le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque, habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, é imágen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, é imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor dis-

---

[a] 1. 2. V. B. hagan el arte. 3. sigan el arte.
[b] 1. 2. V. disparatadas, y estan. B. disparatadas, estan. 3. disparatadas, ya estan.
[c] 1. &c. autor. [Pero debe ser 'actor,' puesto que fué uno de los '*pertinaces*.']

parate puede ser, en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena[a] del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapan y una princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y así[b] fuera de cuatro jornadas, la cuarta acababa[c] en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que, fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlomagno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verosímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan[d] que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gullurías. Pues ¿qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros falsos[e] fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman[f], para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo[g] esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los ex-

---

[a] 1. cena. 2. &c. scena.
[b] 1. y ansi. 2. &c. y aun si.
[c] 1. acababa. 2. &c. acabara.
[d] B. L. dizen.
[e] 3. &c. om. *falsos*.
[f] H. H². lo llaman.
[g] H. y todo.

PARTE I. CAPÍTULO XLVIII
Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

tranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no seria bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad ; y que, pues este se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues, como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo cual responderia yo que este fin se conseguiria mucho mejor, sin comparacion alguna, con las comedias buenas que con las no tales ; porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los exemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud : que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea ; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer ; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez ; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama ; y

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, después de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen; no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representallas, y aquellos que las componen mirarian con más cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende. Y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicísimamente[a] lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se oscureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados; pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda[b] sustentar sin alguna lícita recreacion.

Á este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando adelantándose el barbero, llegó á ellos y dijo al cura: Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno

[a] B. facilissimamente.

[b] H. H^2. se puede.

PARTE I. CAPÍTULO XLVIII
Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el cura; y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia. Y así, por gozar dél, como de la conversacion del cura, de quien ya iba[a] aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de Don Quixote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar[b] de la venta más que cebada. Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila[c].

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: Señor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento; y es, que aquestos dos que vienen aquí, cubiertos[d] los rostros, son el cura de nuestro lugar y el barbero; y imagino han dado esta traza de llevalle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual, le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio.

Pregunta lo que quisieres, hijo, Sancho, respondió Don Quixote; que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el cura y el barbero nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna

[a] 1. M. ya iua. 2. &c. ya se iua.
[b] 1. 2. V. no obligar á no tomar. B. 3. no obligar á tomar.
[c] H. el acémila.
[d] 1. M. cubiertos. 2. &c. encubiertos.

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño: porque, si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices; porque así son ellos como yo soy turco; y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí; que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana.

¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea, cuando menos se[a] piense.

Acaba de conjurarme, dijo Don Quixote, y pregunta lo que quisieres; que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos

---

[a] P. A². C. om. *se*.

que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes.

Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quixote; acaba ya de preguntar; que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

Digo, que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso después que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse?

No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate más si quieres que te responda derechamente.

¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa?

Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame deste peligro; que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XLIX

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote.

¡AH! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida[a]. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad: no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen

[a] H. H². con el alma y con la vida.

las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde [a] á todo aquello que le preguntan.

Verdad dices, Sancho, respondió Don Quixote: pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo [b] para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

Pues con todo eso, replicó Sanchó, digo que, para mayor abundancia y satisfaccion, seria bien que vuestra merced probase á salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun á [c] sacarle dello, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de melancólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la cual prometo, á la ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere merced tan desdichado, ó yo [d] tan simple, que no acierte vuestra á salir con lo que digo.

Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho, hermano, replicó Don Quixote; y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el

---

[a] B. beben cuando se lo dan, y comen cuando lo tienen, y responden.
[b] H. H². ó tengo.
[c] 2. &c. om. *á*.
[d] H. H². y yo.

mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quixote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, é irse donde jamás gentes le viesen.

Yo le fio de la fuga, respondió Sancho.

Y yo y todo, dijo el canónigo, y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

Sí doy, respondió Don Quixote, que todo lo estaba escuchando; cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que, pues esto era así, bien podian soltalle, y más siendo tan en provecho de todos; y del no soltalle les protestaba que no podia dejar de fatigalles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon [a], de que él se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo: y diciendo esto Don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde

[a] H. H². desataron.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote

vino más aliviado y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballería[a]. Y así movido de compasion, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo[b]: ¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio, de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y[c] aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente tantas y tan disparatados casos[d] como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á[e] merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y a[f] tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevi-

[a] 1. B. caballeria. 2. V. 3. &c. caballerias.
[b] M. sug. *él dijo.*
[c] R. om. *y.*
[d] 3. tantos [*sic*] y tan disparatadas cosas.
[e] H. H². om. *á.*
[f] 2. &c. om. *á.*

miento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar, para ganar con él, dejando que le vean. Ea, señor Don Quixote, duélase de sí mismo, y redúzcase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavía, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alexandro, Grecia; un conde Fernan Gonzalez, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernandez, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garcia Perez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de Leon, Sevilla; cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será[a] lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quixote mio; de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía[b], y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, segun he sabido, trae vuestra merced su principio y orígen.

Atentísimamente estuvo Don Quixote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender, que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos,

[a] R. seria.

[b] H. H². cuerdo sin cobardía.

dañadores é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y más mal en imitarlos habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan: negándome que no ha habido en el mundo Amadises ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazon el canónigo.

Á lo cual respondió Don Quixote: Añadió tambien vuestra merced, diciendo, que me habian hecho mucho daños tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de lectura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

Así es, dijo el canónigo.

Pues yo, replicó Don Quixote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie, que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta: porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Guy de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno? Que ¡voto á tal! que es tanta verdad como es ahora de dia; y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor ni Aquíles, ni la guerra de Troya, ni los doce pares de Francia, ni el rey Artús de Ingalaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la Demanda del Santo Grial, y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la reina Yseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas

PARTE I. CAPÍTULO XLIX
Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote

que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de partes[a] de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes[b], destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Pierres, y después en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las[c] aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada [d](de cuya alcurnia yo desciendo por línea recta de varon)[d], venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asímismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorje, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones del Paso; las empresas de Mosen Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que

---

[a] 1. 2. V. B. 3. partes. 1836. parte.
[b] H². que hubo Cid, y Bernardo del Carpio, y otros caballeros semejantes.
[c] H. H². ni las.
[d] H². om. 'de cuya . . . varon.'

torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso.

Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que Don Quixote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería; y así, le respondió: No puedo yo negar, señor Don Quixote, que no sé verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asímismo quiero conceder que hubo doce pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron pares, por ser todas iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo ménos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan, de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce pares, porque no [a] fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la armeria de los reyes, confieso mi pecado; que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

Pues allí esta sin duda alguna, replicó Don Quixote; y por más señas dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho.

Todo puede ser, respondió el canónigo; pero por las órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto; mas,

---

[a] 1. &c. porque no fueron doce iguales. A. &c. om. *no*. [El argumento del canónigo es que '*pares*' era un título, y que en la constitución del orden los doce fueron iguales, aunque no lo eran en la realidad.]

puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

BUENO está eso, respondió Don Quixote: los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y dia por dia, que el caballero hizo, ó caballeros[a] hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí[b] ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: Tú, caballero, quien

[a] H. H². ó tales caballeros.

[b] H. H². que aquí.

quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negregura yacen? ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más nueva[a]: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra, á lo brutesco adornada[b], adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas, blancas y amarillas, del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor: de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimacion su hechura; y ¿hay más que

---

[a] H. H². claridad más viva. [b] 1. M. adornada. 2. V. B. 3. &c. ordenada.

ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar; y tomar luego, la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, á llevarle[a] sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun más? ¿Qué es ver, pues, cuanto nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir todas[b] las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿Cuál será[c] oir la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, ¡quedarse el caballero recostado sobre la silla, y[d] quizá mondándose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia! No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cual-

---

[a] H. H. y llevarle.

[b] H. H². servir de todas. [En una nota dice que 'en las otras ediciones falta la preposicion *de*; se ha puesto en la presente; pero quizá no sea necesaria.' Así es.]

[c] H. H². deba alargar la mano, á cuál no. ¿Qué oir . . . &c.?

[d] H. H². om. *y*.

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos

quiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que, después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que, mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado[a].

Casi estas últimas[b] palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: Trabaje vuestra merced, señor Don Quixote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque y allá se lo hayan.

Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha

---

[a] H². su estado así. [b] H. Casi todas estas últimas. H². Estas ultimas.

de atender[a] el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juício, y principalmente la buena intencion de acertar ; que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines ; así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.

No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle ; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabóse : y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro.

No son[b] malas filosofías esas, como tú dices, Sancho[c] ; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados[d].

Á lo cual replicó Don Quixote[e] : Yo no sé que haya más[f] que decir, sólo me guio por el exemplo[g] que me da el grande Amadís[h] de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Ínsula Firme, y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates[i] que Don Quixote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras[j] de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido.

Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta

---

[a] 1. M. atender. 2. &c. entender.
[b] H. Á lo cual replicó Don Quijote : no son.
[c] L. Bo. Sancho, dixo el canónigo.
[d] [H. H². atribuyen á Sancho las palabras '*pero con todo . . . condados.*']
[e] H. om. *Á lo cual . . . Quixote.* [f] H. H². om. *más.* [g] [Véase el apéndice.]
[h] 3. &c. ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis.
[i] 3. &c. disparates (si disparates sufren concierto).
[j] H. pegajosas mentiras. H². pérfidas mentiras.

habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba; y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: ¡ Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada! y ¿cómo andais vos estos dias de pie cojo [a]? ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me direis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser? sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada; que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga; que, si no tan contenta, á lo menos estareis más [b] segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras; que si vos, que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que, pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto por más que vos os pongais [c] á estorbarlo. Tomad este [d] bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno.

Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: No querria que, por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre

[a] H^2. pie inquieto. [b] 3. &c. om. *más*. [c] R. opongais. [d] H. H^2. ese.

simple; que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

Eso creo yo muy bien, dijo el cura; que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

Á lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia.

Á esto respondió Don Quixote: Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo; que todos escucharemos.

Saco la mia, dijo Sancho; que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quixote que el escudero de caballero andante ha de comer, cuando se le ofreciere, hasta no poder más, á causa que se le suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada, que no aciertan á salir della en seis dias; y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.

Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quixote; véte adonde quisieres y come lo que pudieres; que yo ya estoy satisfecho, y sólo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre.

Así la daremos todos á las nuestras, dijo el canónigo; y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: Recuéstate junto á mí, manchada; que tiempo nos queda para volver á nuestro apero.

Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

APÉNDICE

[Después de las palabras '*más que decir*' intercala la tercera edición el pasaje siguiente :]

Sólo mé guio por muchos y diversos exemplos, que podria traer á este proposito, de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recibido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades é ínsulas : y cual hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿ para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne exemplo el grande, y nunca bien albado Amadis, &c. ?

CAPÍTULO LI

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quixote.

TRES leguas de este valle está una aldea, que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba. Mas lo que le hacia más dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas : ¿ qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que, como á cosa rara ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian ? Guardábala su padre y guardábase ella ; que no hay candados, guardas ni

cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; sólo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente; pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa[a], hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan que con su compañia por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar[b], es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que habia hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes[c]: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta

[a] 3. &c. Roca.
[b] H. H². dándole el caso lugar.
[c] 1. 2. V. B. plumages. 3. &c. plumas.

historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos, la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, segun él decia, que Gante y Luna [a], Diego García de Paredes y otros mil que nombraba: y de todos habia salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y facciones. Finalmente, con una no vista arrogancia, llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa [b], este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados; llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido; y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciese presuncion de solicitalla. Y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella le tenia cumplido [c], habiendo dejado la casa de su querido y amado padre [d] que madre no la tiene, y ausentádose [e] de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos; tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre,

[a] H. H². que Garcilaso. [b] 3. &c. Roca.
[c] 1. B. ya ella le tenia cumplido. 2. V. ya ella tenia cumplido. 3. &c. ya ella teníale cumplido.
[d] H. H². casa de su honrado y amante padre. [e] R. ausentándose.

PARTE I. CAPÍTULO LI

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quixote

preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Rosa[a] la habia engañado, y debajo de su palabra[b] de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la más rica y más viciosa[c] ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró[d] en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien cómo el soldado sin quitalle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Duro se nos hizo[e] de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deje esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada ó mal compuesta[f]. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento le diese[g]; los mios en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase. Con la ausencia de Leandra crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos y á solas, comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra[h] otros

---

[a] 1. 2. 3. &c. Roca. V. B. 1637, Rosa.

[b] 1. &c. de su palabra. A². C. om. *su*. H. H². de la palabra.

[c] H. H². vistosa.

[d] H. H². escondió.

[e] 1. 2. Dino señor hizo. V. 3. M. Dificil, señor, se hizo. B. 1637-47-68. Duro se nos hizo. H. H². Dura se nos hizo.

[f] H. H². mal dispuesta.

[g] 1. 2. &c. le diese. A. P. &c. les diese.

[h] 1. 2. V. querellas a imitacion nuestra. B. querellas. Otros muchos . . . se han venido a imitacion nuestra. 3. querellas. A imitacion nuestra, otros muchos.

muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmo[a] de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justicia[b] y vitupera; uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion; y en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie: porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y más juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y á mi parecer, el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trate, de sus promesas muertas[c], de su fe rompida, y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones[d]; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.

---

[a] 1. 2. V. B. colmo. 3. &c. colmado.

[b] 1. 2. V. B. justicia. 3. A. justifica. [Palabra sin sentido en este lugar. '*Justicia*,' según Clemencín, es 'manifiesto error': sería más exacto decir que es la forma antigua de *ajusticiar*.]

[c] H. H². promesas inciertas.

[d] 1. 2. V. B. intenciones que tienen. 3. &c. om. *que tienen*.

DON QUIXOTE

CAPÍTULO LII

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian. Especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que más se mostró liberal en esto fué Don Quixote, que le dijo: Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que, luego luego, me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena; que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa[a] y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando pero[b] las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho[c] desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios, nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador, mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer[d] á los desvalidos y menesterosos.

Miróle el cabrero, y como vió á Don Quixote de tan mal

---

[a] 1. de la Abadesa. 2. V. B. 3. del Abadesa. [b] L. H. empero.
[c] 1. 2. V. B. 3. se le sea fecho. 1668. H. H². om. *se*.
[d] 1. sino es favorecer. 2. &c. sino de favorecer.

PARTE I. CAPÍTULO LII De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes

pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

¿Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?

Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon Don Quixote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió. Y diciendo y haciendo[a], arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quixote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábanselo[b] el canónigo y el cura; mas el barbero[c] hizo de suerte, que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quixote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban

---

[a] 1. 2. 3. L. A. diciendo y hablando. B. P. A^2. diciendo y haciendo.
[b] 1. 2. V. B. A. estorbabanselo. 3. L. P. A^2. estorbaronselo. 1668. estuvosele.
[c] H. mas un cuadrillero.

PARTE I.
CAPÍTULO LII
De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes

los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase.

En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué Don Quixote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y más que medianamente molido, le dijo: Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no más de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y Don Quixote se puso en pie, volviendo asímismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de disciplinantes.

Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quixote, que vió los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla: y confirmóle más esta imaginacion, pensar que una imágen que traian, cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó; y pidiendo á Sancho su espada, subió

sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: Ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes; y en diciendo esto apretó los muslos[a] á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué á encontrar con los disciplinantes: bien que fueron el cura y el canónigo y barbero á detenelle. Mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: ¿Adónde va, señor Don Quixote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta ¡mal haya yo! que aquella es procesion de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe[b]. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera, si el rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo[c] de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías[d], viendo la extraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quixote, le respondió diciendo: Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos

---

[a] H. apretó los talones. H². apretó las suelas.
[b] H. H². decir que no se lo sabe. [Á Clemencín le pareció que 'están trastrocadas estas últimas palabras, y que su verdadero órden es: *que no sabe lo que es.*' Véase la refutación convincente de Calderón en la página 114 de su *Cervantes vindicado.*]
[c] H. harto deseo.
[d] 1. Dedanias. 2. V. B. 3. Ledanias. L. A. letanías.

abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.

En una lo diré, replicó Don Quixote, y es esta: que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.

En estas[a] razones cayeron todos los que las oyeron que Don Quixote debia ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quixote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quixote, enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quixote, con que se la hizo dos partes[b], con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quixote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir la adarga contra villana fuerza[c], que el pobre Don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que ijadeando[d] le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida. Mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie ni mano; y así, creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaron[e] todos los de la compañía de Don

---

[a] H. H². Con estas. [b] H. H². tres partes.
[c] 1. 2. V. B. L. A. contra villana fuerza. 3. P. A². &c. contra la villana fuerza.
[d] 1. 2. V. B. 3. hijadeando. 1668. H. H². jadeando. [e] H. H². llegaban.

Quixote adonde él estaba; mas los[a] de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales[b], esperaban el asalto, con determinacion de defenderse y aun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quixote; y así él como toda la turba de los disciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡O flor de la caballería, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡O honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses[c] de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡O humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa[d], imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que decirse puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quixote, y la primera palabra que dijo fué: El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

---

[a] 1. 2. V. 3. y mas los. B. A. &c. om. *y*.
[b] H.² y los acólitos los ciriales.
[c] H. un mes. H². once dias.
[d] H. H². enamorado sin tacha.

PARTE I. CAPÍTULO LII

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes

Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea[a] en compañía destos señores que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

Bien dices[b], Sancho, respondió Don Quixote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre.

El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia, y así, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quixote en el carro como antes venia; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia; el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de Don Quixote, si sanaba de la locura ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y partieron, quedando solos el cura y barbero, Don Quixote y Panza, y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quixote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso; y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quixote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia; y cuando conocieron á su compatrioto quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina[c] de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quixote por sus puertas. Á las nuevas desta venida[d] de Don Quixote acudió la mujer de

[a] H. H². nuestra aldea.
[b] 1. Bien dices. 2 &c. Bien dezis.
[c] H. H². al ama y á la sobrina.
[d] H. H². de la venida.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes

Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno; Sancho respondió que venia mejor que su amo.

Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana me traeis á mí? ¿Qué zapaticos á vuestros hijos?

No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia; aunque traigo otras cosas de más momento y consideracion.

Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de más consideracion y más momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza; y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

¡Quiéralo así el cielo! marido mio; que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo.

No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos.

¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza[a]; que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

No te acucies, Juana[b], por saber todo esto tan apriesa; basta que te digo verdad, y cose la boca: sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se

---

[a] 1. &c. respondio Iuana Pança. L. replicó Teresa Pança. H. H². respondió Teresa Panza.
[b] L. H. H². Teresa.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes

hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas [a] he salido manteado, y de otras molido ; pero con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana [b] Panza su mujer, en tanto que el ama y sobrina de Don Quixote le recibieron y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué [c] como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, á lo menos por escrituras auténticas : sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quixote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron [d], y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento [e] pudo alcanzar cosa alguna, ni la

[a] H. H². alguna.

[b] L. H². Teresa.

[c] 1. 2. V. 3. si fue. B. 1637-47 asi fue.

[d] 1. 2. V. en aquella ciudad hicieron. B. 3. &c. en aquella ciudad se hicieron.

[e] 1. B. 3. acabamiento. 2. acamiento. V. acatamiento. 1668. L. acaecimiento.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes

alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que, segun él dijo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos, escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quixote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir[a] y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion[b] y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el[c] pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, Á LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE.

EPITAFIO.

El calvatrueno que ordenó á la Mancha
De más despojos que Jason de Creta[d];
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha;

[a] 1. inquerir. 2. &c. inquirir.
[b] H. H². buscar otros, si no tan verdaderos, á lo menos de tanta instruccion.
[c] H. H². en un.
[d] 1. 2. V. decreta. B. 3. &c. de Creta. H. H². á Creta.

El brazo que su fuerza[a] tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta;
La musa más horrenda[b] y más discreta
Que grabó versos en broncínea plancha.
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría;
El que hizo callar los Belianises;
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAUDEM DULCINEAE DEL TOBOSO.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quixote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso[c]
Llano de Aranjuez, á pie y cansado:
Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO[d].

En el soberbio trono diamantino[e],
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenético) el manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.

---

[a] H. H^2. su fama. [b] H. H^2. La musa más honrada.
[c] 1. 2. 3. hasta el Eruolo. V. hasta en Heruoroso. B. hasta el Eruoso.
[d] [¡Soneto que tiene diez y siete versos!]
[e] 1. V. Bar. H. H^2. trono. 2. B. 3. L. A. P. A^2. tronco.

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo paladino.
Y si de su Amadís se precia Gaula,
Por cuyos bravos[a] descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy á Quixote le corona el aula
Do Belona[b] preside, y dél se precia
Más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha;
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, Á SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor, ¡milagro extraño!
Escudero el más simple y sin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante, y tras su dueño.
¡O vanas esperanzas de la gente,
Cómo pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
Á quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.

---

[a] R. brazos.
[b] 1. 2. B. 3. &c. De Belona. V. Bar. A. P. A². Do Belona. 1668. Que Belona. L. De Belona valiente.

Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Escudero el más fiel,
Que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea.
Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
Del gran Quixote fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer : los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza[a] de la tercera salida de Don Quixote.

Forse altri canterà con miglior plettro[b].

---

[a] R. la esperanza.
[b] 1. Forsi altro cantera con miglior plectio. V. B. plicteo. [La última linea de la Primera Parte ha sido muy mal tratada por los impresores. Hay seis vocablos y cinco erratas, sin contar tres otras en las ediciones que se publicaron después. Lope de Vega ya había citado este verso de Ariosto en el prólogo de la *Hermosura de Angélica.*]

FINIS.



